

¿Te perdiste una edición previa?

- CONCIENCIA
- CONTRACULTURA
- DESCOLONIZACIÓN
- DOLOR
- LA NOCHE
- EL CARIBE
- EL DOBLE
- TRABAJO
- IMPERIALISMOS
- FIESTA
- FAMILIAS
- MAGIA
- COMIDA
- DESIERTO
- PLANTAS
- COREA

Hoy las violencias en México son muy complejas, porque en ellas participa una pluralidad de actores, ajenos al Estado o sin vínculos aparentes con funcionarios públicos municipales, estatales o federales: grandes cárteles de droga, grupos o pequeñas bandas criminales que operan localmente y grupos paramilitares.

CENTRO DE INVESTIGACIÓN DE CRÍMENES ATROCES

Quienes defienden el medio ambiente contradicen los presupuestos básicos que subyacen a las ideas de civilización, desarrollo y progreso occidental, de ahí la violencia exacerbada con la que se les ataca.

YÁSNAYA ELENA A. GIL

Registrar el daño, contabilizar el trastocamiento del mundo, pero renombrar también las cosas para des-trastocarlas. Esto no solo implica que documentemos los estragos de la violencia, debemos también documentar lo que persiste y cómo persiste.

MARINA AZAHUA

Si queremos comprender y encarar la violencia extrema hay que prestar más atención a los testimonios de hombres y mujeres concretos. Y que una nueva crítica de la violencia pasa por escuchar también a los perpetradores, por más que nos duela e indigne.

ENRIQUE DÍAZ ÁLVAREZ

¿Cómo aterrizan en nuestras pantallas los mensajes más agresivos y los contenidos más tóxicos sin buscarlos? ¿Estamos viendo lo que queremos ver o lo que un algoritmo decide mostrarnos? Una cosa es la violencia, su origen. Y otra, su difusión.

CRISTINA MARCANO

Una tarea básica para reproducirnos en la noviolencia consiste en la construcción teórica y práctica de cuerpos e identidades sociales capaces de desobedecer toda orden deshumanizante.

PIETRO AMEGLIO

VIOLENCIA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 888, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

VIOLENCIA

¿Cuáles son las causas profundas de la violencia? ¿Qué narrativas pueden explicarla? ¿Qué agresiones sutiles se ejercen en la vida cotidiana? ¿En qué consisten la cultura y las prácticas de la noviolencia?

Yásnaya Elena A. Gil • Guillermo Alonso Meneses • Luigi Amara
Pietro Ameglio • Marina Azahua
Pablo Berthely Araiza • Enrique Díaz Álvarez • Ileana Diéguez
Guillermo Fernández-Vázquez
Rocío García • S. Juliana Granados
Ethel Krauze • Belén López Peiró
Vania Macias Osorno • Cristina Marcano • Mayra Martell
Mariano V. Osnaya • Javier Sicilia
Wisława Szymborska • Claudia Rankine • Daniela Rea • Félix Recillas • Rossana Reguillo
Elena Reina • Daniel Saldaña París
Trino • Marcela Turati

ENTREVISTA
CON RODRIGO
REY ROSA
MAURO LIBERTELLA

TESOROS EN
EL DESIERTO
ADRIÁN ROMÁN

LAS NARRATIVAS
DE LAS
VIOLENCIAS
CENTRO DE INVESTIGACIÓN
DE CRÍMENES ATROCES

FRANCIS DARWIN
MARÍA DEL CARMEN TOSTADO

¡Te la enviamos!
suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:
www.revistadelauniversidad.mx

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM





VIOLENCIA

NÚM. 888, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



 culturaUNAM



RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magali Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julietta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

COORDINADORA EDITORIAL

Dra. Nayeli García Sánchez

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFE DE REDACCIÓN

Dario Alemán

CUIDADO EDITORIAL

Francisco Carrillo

EDITOR DE ARTE

Vania Macías Osorno

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Monserrat Ilescas

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Andrés Villalobos

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: ©ALEJANDRO GALVÁN, *PERRO* (DETALLES), DE LA SERIE *CARNE DE ATAÚD*, 2022. CORTESÍA DEL ARTISTA
Viñetas del número por Kitzia Sámano Valencia

Consulta nuestro Aviso de privacidad en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.

Laboratorio de Iniciativas Culturales UNAM

CONVOCATORIA 2023

Imaginar y construir
para la sostenibilidad



Creación artística, comunicación y gestión cultural
al 24 de septiembre 2022
BASES: piso16.cultura.unam.mx

*Ante las atrocidades tenemos que
tomar partido. El silencio estimula
al verdugo.*

ELI WIESEL

ÍNDICE

4 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

7 LAS NARRATIVAS DE LAS VIOLENCIAS

Centro de Investigación de Crímenes Atroces

14 FIN Y PRINCIPIO

Wisława Szymborska

16 LOS CONFINES MÁS OSCUROS

Enrique Díaz Álvarez

24 DEFENDER LA TIERRA

Yásnaya Elena A. Gil

31 LA NOVIOLENCIA: UNA CULTURA Y PRÁCTICA TAN ANTIGUA COMO LAS MONTAÑAS

Pietro Ameglio

39 CATARSIS

Elena Reina

47 POEMAS

Javier Sicilia

50 NOTAS PARA REVERTIR EL TRASTOCAMIENTO

Marina Azahua

56 CIUDADANA

Claudia Rankine

62 LOS CALCETINES SOLITARIOS

Luigi Amara y Trino

70 EL ALGORITMO DE LA VIOLENCIA

Cristina Marcano

77 “LO FRÁGIL E IMPREDECIBLE DE UN MUNDO QUE AÚN ESTÁ POR HACERSE”

Daniela Rea y Mariano V. Osnaya

84 VIOLENCIAS, PERFORMATIVIDADES Y AFECTOS

Ileana Diéguez

90 VIDAS EN URGENCIA: CUERPOS, TERRITORIOS Y VIOLENCIAS

Rossana Reguillo

99 LOS JESUITAS ASESINADOS. REFLECTORES DE LA VIOLENCIA EN LA TARAHUMARA

Marcela Turati

ARTE

106 MAYRA MARTELL

RESISTIR AL OLVIDO

Vania Macias Osorno

PANÓPTICO

EL OFICIO

116 DE LO REGIONAL A LO PLANETARIO

ENTREVISTA CON
RODRIGO REY ROSA
Mauro Libertella

EN CAMINO

121 LOS CAMINOS LETALES DEL SUEÑO AMERICANO Y EUROPEO

Guillermo Alonso Meneses

ALAMBIQUE

125 MÁS ALLÁ DE LA GENÉTICA: LA EPIGENÉTICA

Félix Recillas y Rocío García

ÁGORA

129 ¿HA CERRADO FRANCIA SU CICLO POLÍTICO?

Guillermo Fernández-Vázquez

PERSONAJES SECUNDARIOS

133 FRANCIS DARWIN: EL ARTE DE CONOCER

María del Carmen Tostado

OTROS MUNDOS

137 TESOROS EN EL DESIERTO

Adrián Román

CRÍTICA

142 EL ATREVIMIENTO DE NARRAR LO ÍNTIMO

Belén López Peiró

146 CEREMONIA

FELIPE RESTREPO
S. Juliana Granados

149 CENIZA ROJA

SOCORRO VENEGAS
Daniel Saldaña París

153 AYER

AGOTA KRISTOF
Pablo Berthely Araiza

156 LAS VESTIDURAS DEL PALACIO

ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN
Ethel Krauze

161 NUESTROS AUTORES

EDITORIAL

Cualquier mexicano que haya nacido antes del nuevo milenio atesora el recuerdo de un país en el que era posible vivir sin miedo, viajar con sus hijos de noche por cualquier carretera sin la amenaza de ser asesinado o de encontrarse en medio de un tiroteo, un país en el que los nombres de Tierra Caliente o Ecatepec no eran sinónimos de horror o de ignominia. Desde la Revolución Mexicana, nuestro país no había conocido nunca una época más oscura y sangrienta que aquella que comenzó en el 2006 y todavía no termina. No se trata únicamente de la hidra del narcotráfico, sino de una gran cantidad de delincuencias, de una nueva cultura en la que las vidas humanas son del todo prescindibles y en donde la tortura y la saña se han convertido en prácticas corrientes.

Los once feminicidios por día que reconocen las cifras oficiales y la impunidad que los cobija son un ejemplo clarísimo de lo deteriorada que está nuestra sociedad. Otro ejemplo son los asesinatos de periodistas y defensores de la naturaleza. Existe una sensación generalizada de que el sistema de justicia o bien es completamente inservible o bien está en contubernio con los grandes grupos de delincuencia.

Las descripciones del ambiente criminal que aqueja a nuestro país son cotidianas en la prensa. Mucho menos frecuentes son los intentos por entenderlo en su complejidad. Al dedicar un número al tema de la violencia, la *Revista de la Universidad de México* no pretende abundar más en esas descripciones, sino animar un diálogo al respecto, una reflexión constructiva que no solo denuncie, sino que busque explicaciones y sobre todo puertas de salida para la realidad insoportable en la que vivimos.

¿Cuáles son las causas profundas y los diversos actores de este clima de inseguridad? ¿Qué diferentes intereses sostienen la situación actual? ¿Cómo revertir semejante trastocamiento? Son algunas de las preguntas a las que nuestros autores intentan responder.

Hay tantos sectores de la sociedad permeados por la violencia que resulta imposible abarcarlos todos. Esta edición abre con un panorama que ofrece el Centro de Investigación de Crímenes Atroces, en el que se intenta establecer una nueva narrativa que difiera de las explicaciones oficiales. En su sorprendente ensayo "Defender la Tierra", Yásnaya Elena A. Gil reflexiona acerca de la violencia ejercida contra la tierra, los pueblos originarios y los defensores del medio ambiente, constantemente asesinados. La periodista Elena Reina se adentra en los crímenes de género y más específicamente en los cometidos en Ecatepec, pero también en la furia y las acciones radicales que estos suscitan. Cristina Marcano aborda las agresiones cotidianas que se practican en las redes sociales, mientras que Claudia Rankine describe las microagresiones racistas que sufre la población negra en Estados Unidos. En "Los confines más oscuros", el filósofo Enrique Díaz Álvarez alumbró el tema, de la mano de Hannah Arendt, con la claridad que otorga la perspectiva histórica. Los poemas de Javier Sicilia y Wisława Szymborska acompañan perfectamente estas páginas con su deslumbrante precisión.

Textos como los de Marina Azahua, Pietro Ameglio, Daniela Rea y Mariano V. Osnaya se enfocan en la resistencia y la reconstrucción. Son autores que conocen profundamente la situación que vive nuestro país, que han convivido con las víctimas y con las madres buscadoras, han abierto fosas y acompañado a familias de desaparecidos. Sus textos, bellos y sanadores, abren rendijas de luz en un panorama que de otra manera sería totalmente desesperanzado.

Se trata en fin de un número duro, pero necesario. Lejos de deprimir o desalentar a los lectores, nuestra intención es presentar nuevas narrativas que quizás —eso esperamos— abran otras posibilidades para salir de este infierno y para, poco a poco, volver a generar la paz y el tejido social que nos merecemos.

Guadalupe Nettel



©Miriam Salado, del proyecto *Armas Salvajes*, 2021. Cortesía de la artista



LAS NARRATIVAS DE LAS VIOLENCIAS

Centro de Investigación de Crímenes Atroces

Nombrar es un compromiso con el intelecto y con la opinión pública, contar muertos es una estrategia que apunta hacia el suceso sin comprometerse.

Rossana Reguillo

La “guerra contra el narcotráfico” declarada por el expresidente de México Felipe Calderón Hinojosa en diciembre de 2006, y el posterior despliegue militar a lo largo y ancho del país, ha producido un dramático incremento de la violencia, generada por agentes del Estado, por grupos criminales o por ambos cuando actúan de manera coordinada.

México fabricó una guerra y se lanzó a enfrentar militarmente a un enemigo difuso (y tal vez irreconocible, ya que se confunde con el Estado), sin un diagnóstico previo sobre qué tan involucradas estaban las autoridades con la entidad a perseguir, cuáles era los vínculos entre cárteles delictivos y empresas formales, el grado de penetración de la cultura delincencial en la vida de las personas, la capacidad armamentista de los grupos a los que supuestamente combatiría, la resiliencia de las organizaciones criminales ante la destitución de sus líderes, y mucho menos la habilidad de las instituciones estatales para cooperar entre sí y superar los retos que esta guerra exigiría.

Lo anterior no solo implica un desconocimiento de las capacidades del Estado de derecho, de las fuerzas armadas y las policías de todos los

México carece de una narrativa que permita comprender los sustratos sociales, económicos y políticos de las violencias.

niveles de gobierno, sino de las formas y dimensiones en las que los políticos y la delincuencia están articulados. Simplemente se engañó a la ciudadanía con la narrativa —aún imperante— de que la fuerza militar terminaría con la violencia de las organizaciones criminales.

En el fondo, bajo esta guerra subyace un relato simplista que parte de la idea de que hay vidas “superfluas”. Sobre todo, las de aquellas personas que son responsabilizadas por el horror y que “deben ser asesinadas” para restablecer un supuesto orden social.

Escondido en una presunta “política de seguridad” (de alcance nacional, interior y pública), ese conflicto armado ha implicado el despliegue de la fuerza del Estado (representada por ejército, marina, policías federales, estatales y municipales) con la libertad para actuar de cualquier manera con tal de cumplir los objetivos de dicha política. Además del derroche de enormes cantidades de presupuesto y recursos públicos invertidos en esta cuestión, los agentes del Estado torturan, asesinan, desaparecen y enfrentan armadamente a sus “adversarios” sin que autoridad alguna fiscalice esas operaciones, sin rendición de cuentas.

Entre los objetivos oficiales de la “política de seguridad” figura el descabezamiento de las organizaciones criminales mediante el asesinato o la detención de sus líderes. Eso ha llevado a que estas se multipliquen o se fragmenten, y a un despliegue de violencia entre ellas para ocupar el liderazgo, controlar mercados y dominar territorios.

En el marco de este conflicto armado, las cifras de los crímenes atroces registrados oficialmente son alarmantes: hay más de treinta

mil casos de tortura reconocidos por las fiscalías del país, más de cien mil personas que continúan desaparecidas y más de 350 mil asesinatos en los que no está clara la participación del Estado. Las fuerzas armadas han reportado más de cinco mil enfrentamientos, en los cuales ha muerto al menos una persona por cada evento. Es imposible saber si en efecto fallecieron durante los enfrentamientos o si fueron ejecutadas extrajudicialmente.

A esta crisis violenta, caracterizada por graves violaciones a los derechos humanos, se suman la incapacidad y la indiferencia de las autoridades para garantizar que las innumerables víctimas puedan acceder a la justicia y que toda la sociedad ejerza su derecho a la verdad. Las fiscalías estatales y la federal, además, han sido cooptadas —y en algunos casos amenazadas— por una triada de intereses criminales, políticos y económicos. Se encuentran en el abandono y no hay voluntad política por cambiarlas.

Los niveles de impunidad activa o selectiva también son alarmantes. Del número de atrocidades mencionadas solo se cuenta con alrededor de 43 sentencias condenatorias por tortura, cincuenta por desaparición y cuarenta por homicidio cometido por servidores públicos en ejercicio de sus funciones o fuera de ellas. En este pequeño universo de casos únicamente se fincaron responsabilidades a algunos autores materiales y se dejó impunes a los altos mandos, creadores de este tipo de políticas, y a los funcionarios que dieron las órdenes, fomentaron o toleraron que sus subordinados cometieran los crímenes. No se abrieron investigaciones al respecto de lo que hicieron y, por supuesto, tampoco los sancionaron.

Los pocos procesos legales iniciados sobre agentes del Estado se han construido bajo la



©Alejandro Galván, *P E R R O R* (detalle), de la serie *Carne de ataúd*, 2022. Cortesía del artista

lógica del caso aislado o de la “manzana podrida”. Se pretende colmar los reclamos sociales de justicia con algunos casos emblemáticos que, incluso si son investigados y sancionados, no implican un análisis de los fenómenos y de la sistematicidad de las violencias. Por otro lado, tampoco se investigan los crímenes que, según se alega, fueron cometidos por integrantes de la delincuencia organizada.

El control político de la justicia —que trae como resultado su aplicación selectiva y sin sentencias— no solo impide comprender las atrocidades y desarticular las estructuras criminales que actúan dentro y fuera del Estado, también cancela la posibilidad de una pedagogía institucional que las explique. Esto permite la repetición de crímenes tanto en México como en los países hacia donde se hayan extendido las operaciones ilícitas.

LA NARRATIVA PREDOMINANTE

México carece de una narrativa que permita comprender los sustratos sociales, económicos y políticos de las violencias, sus detonantes, así

como las responsabilidades institucionales del deterioro que ha llevado al país a vivir una de las crisis más sangrientas de América Latina de los últimos años.

Las narrativas dominantes sobre las violencias son simplistas, cortas o sesgadas. Desde el control político del discurso se ha desviado la atención de las verdaderas causas de este problema, lo cual mantiene la impunidad e impide una articulación social. Todo esto hace que las violencias sean difíciles de contener y vuelve prácticamente imposible la rendición de cuentas, en particular de los más altos responsables de las atrocidades cometidas.

La explicación singular que se suele dar a la violencia armada es el enfrentamiento entre grupos criminales (principalmente grandes organizaciones del narcotráfico) para controlar territorios por donde pasa el trasiego de la droga. Esos asesinatos no se investigan, a nadie le importa el deceso de un criminal que se enfrenta a otro. En los casos en los que organizaciones criminales chocan con las fuerzas del Estado, la versión oficial insiste en que es

tas únicamente respondieron a las agresiones armadas. Bajo este supuesto, los decesos son presentados como los de delincuentes armados que murieron debido a la legítima defensa de los agentes del orden. Estos hechos tampoco se investigan, la narrativa oficial es la que prevalece.

A fuerza de repetición, la sociedad ha tomado este relato como un hecho. De manera que no es de extrañar que la indignación social solo se detone cada tanto y con casos emblemáticos. Ante ellos la respuesta oficial promete siempre que no habrá impunidad. Sin embargo, una vez que se despresuriza el caso se diluye la escucha social y también la posible articulación entre las demandas. Salvo algunas excepciones, en las que las víctimas se movilizan de forma coordinada (como en su momento el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad), lo que se observa son miles de personas que reclaman justicia solo para casos específicos. La narrativa fragmentada impide la empatía e incluso alienta la idea de que se requieren fuerzas militares para contener la violencia. Siguiendo esta lógica, la sociedad reclama una mano dura y valida la política de otorgar funciones de seguridad a las fuerzas armadas, lo cual debilita la posibilidad de construir una seguridad más estable por la vía civil.

La opción militar es consecuencia del abandono histórico de las policías. La militarización se sustenta en la aparente urgencia por mantener el orden y garantizar la seguridad, pero lo que en realidad implica es un Estado de Excepción de facto con el pretexto de combatir el crimen. La sobreexposición social a escenas de terror ha favorecido esta estrategia. Una dependencia cada vez mayor de las fuerzas armadas ha hecho que su presencia en la vida política sea más frecuente y desempeñe fun-



©Miriam Salado, del proyecto *Armas Salvajes*, 2021.

ciones que, en una democracia sana, deberían estar a cargo de los civiles. El paradigma se basa en la pregunta de cuánta fuerza se requiere para acabar con la violencia y no qué tipo de Estado se necesita para garantizar derechos sociales en los territorios nacionales y cuánta justicia se le debe a la sociedad y a las víctimas de las violencias.

Cuando no omite el tema, el discurso oficial fluctúa entre decir que "en algo andaban los civiles muertos en enfrentamientos", "las muertes ciudadanas son daños colaterales", "se acabaron las masacres" o "ya no hay impunidad". Por otro lado, gran parte de los medios de comunicación se ha ocupado de hacer reportajes de eventos violentos, señalar cifras sin contexto, centrando su atención en un puñado de casos notorios. Abordar la crisis de violencia desde una perspectiva de "nota roja" ha gene-



Cortesía de la artista

rado desgaste y miedo en una sociedad que prefiere ya no escuchar más. La misma naturaleza de los consorcios mediáticos hace que las explicaciones complejas a las violencias queden fuera de la discusión pública. Por su parte, los gobiernos explican las muertes de supuestos integrantes de grupos delictivos como un indicador de éxito y de avance en el proceso de "pacificación": "la guerra se está ganando".

En conjunto, este paraguas narrativo oficial y la impunidad sistémica hacen que se desconozca quiénes son los máximos responsables en la cadena de mando, cuáles son los patrones de comportamiento criminal, qué estructura garantiza que no se imparta justicia. Incluso hace falta una explicación sobre la escala de los crímenes, su sistematicidad y lo generalizado del fenómeno. La simplificación del relato omite, además, particularidades regionales

y temporales. Solo desde algunos nichos que no alcanzan al público general se genera material de análisis sobre las violencias en México.

Por lo anterior, resulta indispensable generar nuevas narrativas que expliquen la naturaleza de las violencias y su relación con redes económicas lícitas e ilícitas, la corrupción, la protección política, la militarización, la colusión y los crímenes sistémicos que tienen manifestaciones distintas según la geografía y el calendario.

NUEVAS NARRATIVAS

A diferencia de lo que pasó con la violencia de la llamada "guerra sucia" o de otras experiencias análogas en la región, en la actualidad no estamos ante actores violentos con intenciones claras ni con víctimas identificadas con grupos políticos, étnicos o nacionales particulares. Las nuevas narrativas y su pedagogía social no solo permitirían el entendimiento y la reflexión, sino que podrían generar empatía, responsabilidad colectiva y articulación social.

Hoy las violencias en México son muy complejas, porque en ellas participa una pluralidad de actores, ajenos al Estado o sin vínculos aparentes con funcionarios públicos municipales, estatales o federales: grandes cárteles de droga, grupos o pequeñas bandas criminales que operan localmente y grupos paramilitares. A ellos se agregan agentes del Estado: el ejército y la marina, la extinta Policía Federal y la Guardia Nacional, las policías estatales y municipales, así como las fiscalías estatales y la federal. Adicionalmente, se suman al escenario actores políticos (presidentes municipales, gobernadores, secretarios de Estado) y económicos: empresas que lavan dinero, financieras, extractivistas y de energías renovables, entre otras. Todas ellas operan de forma aislada o en

alianzas que incluyen vínculos entre grupos estatales y no estatales.

No existe una sola y monolítica explicación para las violencias. Estas se gestionan desde lo local por actores estatales y no estatales, actores económicos y políticos interesados en controlar territorios, recursos materiales y mercados lícitos e ilícitos. En este panorama intrincado, las violencias se utilizan para extraer dinero público y expoliar a la sociedad. De aquí se explica, por ejemplo, la violencia electoral centrada en los puestos de control municipal.

En México, la “transición democrática” a inicios del siglo XXI fragmentó las redes de protección y por consiguiente la relación entre el crimen y la política, a pesar de su antigüedad.

Es importante recalcar que no estamos ante actores aislados sino ante diversas redes de macrocriminalidad interconectadas, que cuentan con estructuras compuestas por personas que no siempre forman parte de las instituciones de gobierno, grupos y redes empresariales, ni pertenecen a partidos políticos. Para lograr sus fines, estas redes requieren impunidad y opacidad, así como el uso de fuerzas del Estado para garantizar el control del territorio y los mercados. Esto acaba generando una gobernanza criminal que pone en riesgo la viabilidad democrática. El Estado y sus instituciones se encuentran capturados por estos intereses.

Los mercados que se pretende controlar son muy variados y dependen de las riquezas de cada región. Evidentemente, entre ellos se encuentran el tráfico de drogas y el narcomenuedo, pero también la venta de alcohol, el robo de autos y autopartes, la venta y el robo de gasolina y gas, la producción agrícola, el control del agua, la tala de bosques, la minería y otros mercados extractivistas, así como los megaproyectos de infraestructura. También el tráfico de migrantes, la trata de personas con fines de explotación sexual y de esclavitud, la extorsión, el secuestro, el cobro de piso, el lavado de dinero, así como el tráfico de órganos y armas, entre muchos otros.

Los fenómenos violentos también son múltiples: asesinatos, ejecuciones extrajudiciales, desapariciones forzadas (aunque en el entorno mexicano es factible que todas las desapariciones sean forzadas, por la imbricada relación entre grupos criminales y agentes del Estado), trata con fines de explotación sexual o esclavitud, reclutamiento forzado de menores de edad, tráfico de migrantes, desplazamiento forzado, apropiación de tierra y territorio, extorsión, co-



©Miriam Salado, del proyecto *Armas Salvajes*, 2021.
Cortesía de la artista



©Alejandro Galván, *Soñé que íbamos a Acapulco*, de la serie *Carne de ataúd*, 2022. Cortesía del artista

bro de piso y secuestro. Como parte de la simulación de justicia, a esta lista se añaden encarcelaciones, otras privaciones graves de la libertad, y la tortura como metodologías para “encontrar culpables” sin llevar a cabo investigaciones.

La impunidad generalizada, casi absoluta, también ha hecho que exploten fenómenos de violencia de género, como los feminicidios y los asesinatos contra la comunidad LGTBTTIQ+, así como las violaciones y otras formas de violencia sexual. De igual manera, aumentan las agresiones y los asesinatos contra periodistas y personas defensoras de derechos humanos, incluidas de la tierra y el territorio. Actualmente, México es de los países más peligrosos para ejercer esas profesiones.¹

¹Véase Reporteros Sin Fronteras, *Bajo Riesgo: Cómo superar las deficiencias de los programas de protección de periodistas en América Latina (Brasil, Colombia, Honduras y México)*. Disponible en https://rsf.org/sites/default/files/relatorio_esp_final.pdf

Diversos trabajos de investigación han permitido ir colocando las distintas piezas del rompecabezas que desde hace tiempo va tomando forma. Consolidar un nuevo paraguas narrativo y continuar armando el rompecabezas toma tiempo, pero eventualmente van emergiendo los contornos y las motivaciones de las violencias desde lo local. La narrativa no se construye de inmediato, requiere de tiempo e insistencia. Sin una masa crítica social, difícilmente se podrán iniciar los cambios necesarios para consolidar un sistema democrático que se aleje de los aberrantes índices de violencia e impunidad que soportamos desde hace más de una década. Con este ensayo pretendemos abonar a la discusión y empezar una articulación social que promueva soluciones al desafío de la impunidad imperante en el país, para que las atrocidades no se vuelvan a cometer. **U**

POEMA

FIN Y PRINCIPIO

Wisława Szymborska

Traducción de Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia

Después de cada guerra
alguien tiene que limpiar.
No se van a ordenar solas las cosas,
digo yo.

Alguien debe echar los escombros
a la cuneta
para que puedan pasar
los carros llenos de cadáveres.

Alguien debe meterse
entre el barro, las cenizas,
los muelles de los sofás,
las astillas de cristal
y los trapos sangrientos.

Alguien tiene que arrastrar una viga
para apuntalar un muro,
alguien poner un vidrio en la ventana
y la puerta en sus goznes.

Eso de fotogénico tiene poco
y requiere años.
Todas las cámaras se han ido ya
a otra guerra.

A reconstruir puentes
y estaciones de nuevo.
Las mangas quedarán hechas jirones
de tanto arremangarse.

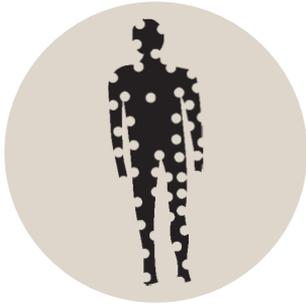
Alguien con la escoba en las manos
recordará todavía cómo fue.
Alguien escuchará
asintiendo con la cabeza en su sitio.
Pero a su alrededor
empezará a haber algunos
a quienes les aburra.

Todavía habrá quien a veces
encuentre entre hierbajos
argumentos mordidos por la herrumbre,
y los lleve al montón de la basura.

Aquellos que sabían
de qué iba aquí la cosa
tendrán que dejar su lugar
a los que saben poco.
Y menos que poco.
E incluso prácticamente nada.

En la hierba que cubra
causas y consecuencias
seguro que habrá alguien tumbado,
con una espiga entre los dientes,
mirando las nubes.

Tomado de *Poesía no completa*, FCE, CDMX, 2014.



LOS CONFINES MÁS OSCUROS

Enrique Díaz Álvarez

1

En el verano de 1960 Hannah Arendt pasaba sus vacaciones en los Catskills, al sureste de Nueva York. En esas montañas preparaba un seminario sobre Platón, nadaba, jugaba ajedrez con Heinrich Blucher y por las tardes quedaba con otros amigos refugiados en un bar que tenía mesas de billar. Sus charlas solían alargarse en torno a una noticia que apareció meses antes y Arendt no podía sacarse de la cabeza: la captura y secuestro de Adolf Eichmann en Argentina por parte de agentes israelíes.

En cuanto se confirmó que ese criminal nazi sería juzgado en Jerusalén, Arendt llamó a William Shawn para ofrecerle ir a cubrirlo como reportera. El mítico editor del *The New Yorker* —el mismo que años atrás había publicado *Hiroshima*, de John Hersey— aceptó la propuesta de inmediato. Arendt aplazó los seminarios y conferencias que tenía programados en la universidad, así como una beca que le había otorgado la Rockefeller Foundation. En las cartas en que notificaba su decisión se leía: “Creo que entenderán ustedes mi deseo de cubrir este proceso; me perdí los juicios de Nuremberg, nunca vi a esa gente en persona, y esta es, probablemente, mi única oportunidad”.¹

Arendt asistiría al juicio porque tenía “una obligación contraída con su pasado”. Simplemente no podía dejar pasar la oportunidad de ver a Eich-

¹ Elisabeth Youg-Bruehl, *Hannah Arendt. Una biografía*, Manuel Lloris Valdés (trad.), Barcelona, Paidós, 2006, p. 414.

mann "en carne y hueso". Nada más llegar, le irritó toda la puesta en escena del juicio y la clara afición del fiscal a la espectacularidad. Su crítica demoledora ante las diversas "irregularidades y anomalías" que encontró en el proceso de Jerusalén son conocidas. Para Arendt era claro que la sala del juzgado se había diseñado tomando como modelo un gran teatro y que no se llegaron a plantear las interrogantes de mayor trascendencia. La cuestión es que, al alzar el telón, dentro de la aparatosa cabina de cristal no se sentó a un villano al uso. Apareció un hombre de traje, algo calvo, un burócrata de vista corta que permaneció insoportablemente impávido a lo largo del juicio.

Un escalofrío invadió a Arendt al ver y escuchar a Eichmann: los actos cometidos eran totalmente monstruosos, pero aquel sujeto no era un ser demoniaco ni un sádico dominado por una perversa e insaciable necesidad de matar. Si había una característica que llamaba su atención era su *incapacidad para pensar*. A lo largo del juicio, Arendt comprendió que estaba frente a un hombre aterradoramente normal que jamás cuestionó una orden, repetía frases hechas y era absolutamente incapaz de distinguir el bien del mal. Supo entonces que en esa superficialidad y falta de discernimiento moral radicaba el principal dilema que ponía sobre la mesa aquel proceso.



El acusado, Adolf Eichmann, toma notas durante su juicio en Jerusalén, 1961. United States Holocaust Memorial Museum/ Israel Government Press Office ©

Es significativo que, tras identificar esa anomalía, Arendt se haya volcado a investigar y reconstruir la biografía del acusado. Describe a un estudiante mediocre, un tipo sin carisma ni grandes convicciones que va acumulando fracasos "ante su familia y ante sí mismo". Al hilar su historia, relucía todavía más que su defecto principal era la "incapacidad casi total para considerar cualquier cosa desde el punto de vista de su interlocutor". Ese hombre que coordinó las deportaciones masivas de judíos a los campos de exterminio admitía sus crímenes, pero no su responsabilidad. Eichmann repetía que él no odiaba a los judíos, sino que había recibido una orden, que en el Tercer Reich la orden era ley —aseguró que hubiera matado a su propio padre en caso de que se lo hubieran ordenado— y que esta debía cumplirse ordenada y eficazmente.

Al convertir sus informes en libro en 1963, Arendt opta por poner uno de los subtítulos más polémicos e influyentes de la historia del pensamiento contemporáneo: *Sobre la banalidad del mal*. La filósofa sabía que dicho concepto podía malinterpretarse, pero no sospechaba el grado de controversia y acusaciones que le provocaría. No solo fue calificada de insensible o desleal por parte de miembros y organizaciones importantes de la comunidad judía a la que pertenecía, sino que incluso perdió viejas amistades que le recriminaban lo que decía y la manera en que lo decía.

Con la expresión "la banalidad del mal" Arendt no pretendía edificar una teoría o una doctrina, se trataba más bien de un llamado a repensar el fenómeno del mal a contrapelo de la forma tradicional en que había sido abordada



©Carlos Francisco Jackson, *Arrival (Braceros undergoing inspection before being sprayed with DDT, 1958)*, 2010. Smithsonian American Art Museum

La lección es clara: hay tiempos que exigen desobedecer y en los que la indiferencia también es perversa.

2

do desde la filosofía, la teología y la literatura.² A la distancia, ese carismático concepto le funcionó estupendamente para enfatizar la gran lección de aquel juicio: Eichmann no era Yago, Macbeth, Ricardo III o Barba Azul. El daño y el asesinato no le producía, como a los libertinos de Sade o los asesinos seriales, ningún placer. Carecía de grandes motivos. Lo que movía a ese hombre gris no era el odio, la envidia o el resentimiento, sino la inercia que favorece la “pura y simple irreflexión”.

No es casual que tras asistir al juicio de Eichmann la propia Arendt renunciara a hablar de *mal radical* —la noción kantiana que años antes había empleado para abordar el terror de la experiencia totalitaria— y optara por acuñar ese *mal banal* que ya no gira en torno a una naturaleza perversa o demoniaca, sino a la apatía moral. Ni Platón, ni Aristóteles, ni San Agustín, ni Kant conocieron y teorizaron sobre esta flagrante incapacidad para juzgar e imaginar “ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes”.³

Entre otras cosas, lo revolucionario de este desplazamiento conceptual arendtiano es que ya no centra la atención en un nuevo ángel exterminador o psicópata, sino en la relación o dinámica social que favorece que incontables hombres y mujeres pierdan la capacidad de afectarse y pensar críticamente la violencia que les envuelve, al grado de caer en la deshumanización. La lección es clara: hay tiempos que exigen desobedecer y en los que la indiferencia también es perversa.

Tras la condena a Adolf Eichmann, Stanley Milgram llevó a cabo un experimento en el elegante Interaction Laboratory de la Universidad de Yale. Su objetivo era analizar el acto de obediencia a la autoridad. La mecánica era sencilla: dos sujetos entran al laboratorio de la mano de un científico para tomar parte en una “investigación de memoria y aprendizaje”. El centro del experimento lo constituye “el educador”, un hombre común —cartero, oficinista, obrero, profesor de escuela, comerciante— que había sido reclutado a través de un anuncio en el periódico. El científico le explica, junto al segundo sujeto, “el aprendiz”, que busca medir los efectos del castigo en el aprendizaje. Acto seguido, se sienta al aprendiz en una silla con los brazos atados con correas y un electrodo pegado a su muñeca. Ahí se le indica que debe memorizar una lista de parejas de palabras y que cada vez que cometa un error será castigado por el educador con una descarga eléctrica de intensidad creciente. Finalmente se conduce al educador a una habitación contigua para sentarlo delante de un impresionante generador de descargas que contiene una línea horizontal de treinta conmutadores acompañados por pequeños letreros que van desde *DESCARGA LIGERA* hasta *PELIGRO DESCARGA VIOLENTA*.

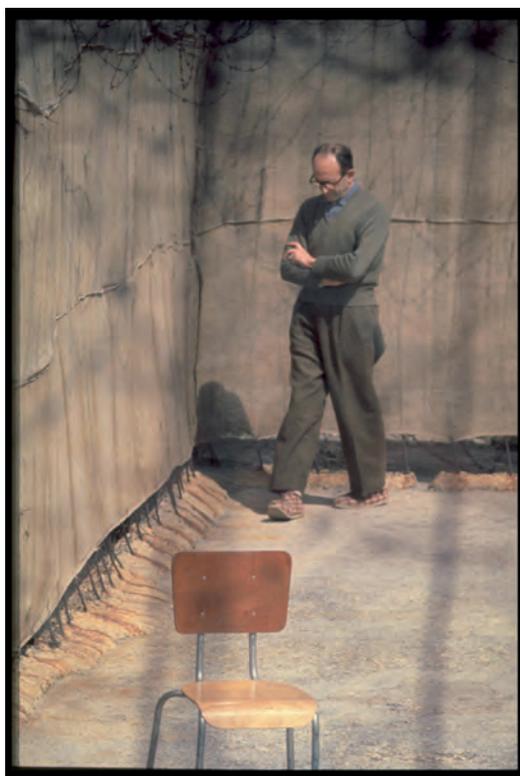
La cuestión es que, a diferencia del administrador del dolor, el sujeto que recibirá las descargas —la víctima— es en realidad un actor bien adiestrado por Milgram y su equipo. El experimento comienza y lo que ahí sucede impresiona a la fecha. En la gran mayoría de los casos, el enseñante de turno, amparado por

² Hannah Arendt, *La vida del espíritu*, Josefina Birulés Bertrán y Carmen Corral Santos (trads.), Buenos Aires, Paidós, 2002, pp. 29-31.

³ Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, Carlos Ribalta (trad.), Debolsillo, Barcelona, 2014, p. 368.

la orden que recibió de una autoridad legítima, continúa proporcionando descargas aun cuando observa que la víctima va pasando de claros signos de dolor al grito desesperado de quien pide parar un tormento. Cuando el conflicto moral del educador-verdugo resultaba patente, el científico le ordenaba proseguir. Muchos de ellos lo hacían hasta proporcionar la última carga del generador, algo que en circunstancias reales hubiera sido letal.

Desconsuela comprobar hasta dónde llegan individuos comunes y corrientes cuando se sienten amparados por la orden de una autoridad. Lo complicado y extraordinario que es desobedecer —y con ello anteponer la propia



Adolf Eichmann camina en el patio de su celda en la prisión de Ramla, 1961. Fotografía de Milli John. Flickr/Government Press Office ©

conciencia y el juicio— cuando se saben tan solo eslabones de una cadena. Entre otras cosas, Milgram concluye que el problema de la obediencia no es algo exclusivamente psicológico, sino que también es inherente a la naturaleza misma de la sociedad:

Todo individuo posee una conciencia que en mayor o menor grado le ayuda a frenar el flujo de impulsos destructores de otra persona. Pero cuando funde su personalidad en una estructura organizativa, una nueva criatura reemplaza al hombre autónomo.⁴

Justo una década después de que Milgram desvelara sus resultados, Philip Zimbardo llevó a cabo el también polémico experimento de la prisión de Stanford. Se trata de un estudio muy detallado sobre la transformación que sufrieron una serie de estudiantes universitarios, quienes desempeñaron el papel de guardias y reclusos en una cárcel ficticia, cuya dinámica acabó siendo peligrosamente real. La violencia y el sadismo de los vigilantes, así como la depresión, sumisión y ataques de ansiedad de los estudiantes presos, obligaron a interrumpir el experimento antes de tiempo. Zimbardo denominó *el efecto Lucifer* a ese cambio radical de conducta que acontece cuando “una multitud de variables situacionales puede imponerse a la voluntad de resistirse a esta influencia”.⁵

3

A finales de 1973, Marina Abramovic fue a Roma para participar en una exposición en la que conocería a Joan Jonas, Simone Forti y otros im-

⁴ Stanley Milgram, *Obediencia a la autoridad. El experimento Milgram*, Javier Goitia (trad.), Capitán Swing, Madrid, 2016, p. 250.

⁵ Philip Zimbardo, *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*, Genis Sánchez Barberan (trad.), Paidós, Barcelona, 2018.

portantes artistas del performance. Ahí supo que quería hacer su arte "más visceral" y que eso "implicaba usar el cuerpo". Decidió entonces presentar *Rhythm 10*; una especie de juego en el que extendía la mano para empezar a dar golpes rítmicos con veinte cuchillos que iba pasando entre sus dedos. Al regresar a Belgrado hace *Rhythm 5*, una pieza en la que perdió la conciencia tras permanecer dentro de una estrella de madera de cinco picos a la que le había prendido fuego. Y *Rhythm 2*, en la que Abramovic ingiere dos pastillas que había conseguido en un hospital: una hacía moverse a los catatónicos y la otra calmaba a los esquizofrénicos. Tras un par de minutos, vio cómo su cuerpo se agitaba sin que ella pudiera impedirlo.

Las críticas a esta serie de obras fueron negativas. Los periódicos de su ciudad la acusaron de masoquista y exhibicionista. Fue entonces que Abramovic decidió hacer su pieza más arriesgada y polémica hasta la fecha. La idea era simple: "¿Y si en vez de hacerme algo a mí misma, permitía que el público decidiera qué hacerme?"⁶ La oportunidad llegó pronto con una invitación de Studio Morra, en Nápoles. Su plan consistió en quedarse de pie, vestida de negro, tras una mesa que tenía 72 objetos. Entre ellos había un martillo, una sierra, una campana, tijeras, un sombrero de bombín, miel, agujas, un espejo, un cuchillo, una cámara Polaroid, un hueso de cordero, un chal y una pistola junto a una bala.

Al entrar a la sala, el público encontró las siguientes instrucciones:

Yacen en la mesa 72 objetos que uno puede utilizar sobre mí como lo desee. [...] Yo soy el objeto.

⁶ Marina Abramovic, *Derribando muros*, Santiago González (trad.), Malpaso, Barcelona, 2020, p. 70.



Marina Abramovic durante el performance *Rhythm 0*, Nápoles, 1975. Fondazione Morra

Durante todo este tiempo asumo la responsabilidad absoluta. Duración 6 horas (8pm-2 am).

En las primeras horas el público se mostró tímido; le dieron una rosa, le colgaron el chal, recibió un beso. Pero al entrar la noche todo se fue volviendo más intenso. Un tipo le cortó la blusa y se la quitó. Las personas le movían la cabeza de arriba abajo y Abramovic, como un títere, se dejaba manipular. Estaba ahí de pie, inmóvil, con el torso ya desnudo. Alguien le escribió con un lápiz labial la palabra "fin" en la frente. Alguien le derramó un vaso de agua sobre la cabeza. Alguien le hizo un corte en el cuello y le chupó la sangre. Alguien le clavó unos alfileres.

Ya de madrugada un hombre pequeño se pegó a ella y comenzó a respirarle profundamente. Después de un rato, ese mismo tipo metió la bala en la pistola y la colocó en la mano derecha de Abramovic. Después movió el arma



René Beeh, *Soldados escoceses muertos en el campo de batalla cerca de Ypres, 1916* ©

hacia su cuello y tocó el gatillo. Hubo un gran murmullo. Una persona del público lo agarró y se armó una pelea. Lo echaron de la sala y la pieza continuó con los espectadores cada vez más animados. A la artista le parecía que “habían entrado en un trance”. Finalmente, el galerista se le acercó para decirle que ya eran las dos de la mañana. Abramovic dejó de mirar al vacío y puso sus ojos directamente sobre el público. Medio desnuda, sangrando, con el cabello empapado, empezó a caminar hacia ellos. En ese momento, sucedió algo extraño: la gente le tuvo miedo y salió huyendo de ahí.

Al regresar al hotel, Abramovic empezó a sentir los dolores provocados por los cortes y pinchazos de los alfileres. También se sintió muy sola. No podía sacudirse el miedo al imbécil de la pistola. A la mañana siguiente se vio en el espejo. Le había salido todo un mechón de cabello gris. Fue entonces cuando se dio cuenta de “que el público es capaz de matarte”. Durante días posteriores la galería de Nápoles re-

cibió docenas de llamadas de teléfono de gente que había participado en el performance. Todos decían que lo “lamentaban muchísimo”; que “no entendían lo que les había ocurrido cuando estaban ahí”; que simplemente “no sabían qué se había apoderado de ellos”.

4

Los genocidios y masacres contemporáneas exigen tomar distancia de las viejas especulaciones en torno al problema del mal. Dejar parte de la reflexión sobre la conducta y la predisposición humana a la violencia a los estudios y hallazgos de neurocientíficos, psicólogos y artistas temerarios. Desmarcarse de Hobbes —y otros ilustres pesimistas antropológicos— para reconocer el peso que tiene el contexto, las emociones y toda una serie de factores sociales, económicos y culturales a la hora de ejercer y normalizar la violencia. Entre ellos el ansia de poder y dominación o ese impulso de pertenencia que llevan al individuo a disolverse

en un grupo. Sin pasar por alto la pobreza lacera y las formas estructurales de discriminación y racismo que convierten de facto a un amplio número de personas en seres dañables o prescindibles.

Desde que Hannah Arendt devino en reportera sabemos que si queremos comprender y encarar la violencia extrema hay que prestar más atención a los testimonios de hombres y mujeres concretos. Y que una nueva crítica de la violencia pasa por escuchar también a los perpetradores, por más que nos duela e indigna. Aquel impulso que llevó a Arendt a viajar a Jerusalén para ver en persona a Eichmann se ha replicado en muchos otros periodistas, escritores, artistas e investigadores que se han aproximado a genocidas, sicarios y excombatientes en los últimos años. No con la idea de justificar, sino de dar cuenta de la crueldad, la tortura, la desaparición, la muerte horripalante.

Pienso en cómo documentó Jean Hatzfeld el genocidio de Ruanda. Al acabar de entrevistar a los supervivientes tutsis, el periodista francés se dirigió a la prisión de Rilima, donde estaban detenidos los asesinos que habían nombrado las mujeres y hombres tutsis con los que había conversado antes. El testimonio que obtuvo de una banda de amigos hutus le llevó a escribir *Una temporada de machetes*. Resultan conmovedoras por la violencia y la idiotez moral ahí expuestas; el tono monocorde y seguro con el que esos presos describen actos abyectos, lo poco que les quita el sueño aquella larga cacería en los pantanos.

Pienso en cómo Rithy Panh regresó a Camboya para entrevistar a Duch, el temible responsable del centro de tortura y ejecución S21 durante el régimen de los jemereros rojos. El cineasta superviviente —de niño fue arrancado de su familia— necesitaba encarar a ese hom-

bre. Más que la verdad, Panh buscaba la palabra. Literalmente quería hacer hablar a un tipo que cometió el mal. Y lo consiguió a costa de que ese criminal metódico y doctrinario jugara también con su propia debilidad, con su propio dolor. En un momento dado, Duch le dice riéndose que cualquiera puede ser verdugo. Que bajo los jemereros rojos él mismo podría haber estado en su lugar y haber sido un buen director del S21. Al escucharlo, Panh alcanza a decir “No”. Duch vuelve a reírse.⁷

Pienso, sobre todo, en Rita Segato, Karina García, Rossana Reguillo, Óscar Martínez, Everardo González, Daniela Rea, Juan Miguel Álvarez y otros autores que últimamente se han visto orillados a dar voz a los victimarios en México y Latinoamérica. Uno percibe ese compromiso por partir de experiencias singulares y concretas para desvelar la vulnerabilidad y comprender lo inconcebible. Es como si supieran que la forma de recomponer un *tejido social* deshecho por guerras irregulares pasara por alojar, acompañar y visibilizar el sufrimiento y las demandas de justicia de las víctimas de la violencia. Pero también por arriesgarse a penetrar —lejos de cualquier excusa biológica o esencialismo binario— en la cabeza e historia de vida de sujetos cruentos que se asumen como desechables. Sujetos que, aunque suele obviarse, forman parte de este entramado. Si nos negamos a escuchar sus testimonios estaremos más lejos de identificar y esclarecer ciertos patrones que nos permitan explicar algunas causas de las violencias. Hablo de pensar las condiciones de posibilidad del horror más allá de recibir una orden criminal. Y hacernos cargo. **U**

⁷ Rithy Panh y Christophe Bataille, *La eliminación*, Rimbau Möller (trad.), Anagrama, Barcelona, 2013, p. 192.



DEFENDER LA TIERRA

Yásnaya Elena A. Gil

En el año 2005 Isidro Baldenegro recibió el prestigioso Premio Goldman que distingue la labor de quienes luchan por la naturaleza y el medio ambiente. Se trata del premio internacional más importante en su tipo, también conocido como el Nobel del ambientalismo. A Isidro, un defensor rarámuri de Chihuahua, se lo otorgaron por defender los bosques de la Sierra Madre Oriental, amenazados por una tala devastadora. Años antes, en 1986, su padre, Julio Baldenegro, fue asesinado después de denunciar la tala que ponía en peligro el territorio que históricamente habitan los pueblos rarámuris. Después de esa trágica muerte, Isidro continuó con la lucha y fundó una organización para defender los bosques, pero en 2003 fue encarcelado por cargos de los que más de un año después fue absuelto. El 15 de enero de 2017, y aunque había tomado ciertas medidas de protección por las múltiples amenazas de muerte, Isidro Baldenegro fue asesinado por seis impactos de arma de fuego. La visibilidad que había adquirido después de recibir el Premio Goldman no fue suficiente para protegerlo. El 7 de marzo de 2022 su hermano, José Trinidad Baldenegro, quien junto a su familia continuaba ayudando a su comunidad en resistencia a la tala, también fue asesinado por un grupo armado que llegó hasta su domicilio. Su casa fue incendiada y su familia desplazada.

El caso de la familia Baldenegro es, lamentablemente, la muestra de lo que sucede con los defensores de la naturaleza y de los bienes naturales. Los niveles de impunidad, según diferentes organismos que monitorean

este tipo de violencia, son muy altos. Cerca del 90 por ciento de los casos continúan sin justicia. En 2019 México alcanzó el récord de ambientalistas asesinados en tan solo un año y en 2020 se ubicó como el segundo país con el mayor número de defensores ambientales asesinados en el mundo, según datos de la organización Global Witness, especialista en el tema. De acuerdo con un reporte de la periodista Laura Castellanos basado en las investigaciones de Lucía Velázquez Hernández y de distintas organizaciones ambientalistas, dos de cada tres casos de asesinato o desaparición de defensores de la tierra pertenecen a pueblos indígenas. Si consideramos que los pueblos indígenas constituyen aproximadamente el 6 por ciento de la población mundial, pero que en sus territorios se encuentra cerca del 70 por ciento de las reservas naturales del planeta, el hecho de que los defensores indígenas sean asesinados revela una lógica que subyace a esa violencia sistemática. ¿Qué es lo que pone en riesgo la defensa del territorio que desata tal nivel de agresiones?

Al enfrentarse a los intereses del crimen organizado que expolia los bosques, a megaproyectos gubernamentales que ponen en riesgo los ríos, a empresas que devastan la tierra para comerciar con sus minerales o a todos estos actores a la vez, los defensores ambientalistas ponen en jaque a un sistema extractivista que ha situado a la humanidad ante una de las peores crisis de su historia. Aunque sus acciones de defensa se ubican localmente y pueden leerse como puntuales, quienes defienden la naturaleza se enfrentan a un sistema económico global. La emergencia climática es el resultado de un proceso que tiene en su base ideas que han justificado históricamente la explotación capitalista que convierte la naturaleza en mer-



©Gran OM y El Dante, *Isidro Baldenegro Vive*, del proyecto *Propaganda y conciencia*, 2017

cancia al servicio de un crecimiento económico siempre ascendente. Además de luchar por un río concreto, por el agua o por un bosque específico, quienes defienden el medio ambiente contradicen los presupuestos básicos que subyacen a las ideas de civilización, desarrollo y progreso occidental, de ahí la violencia exacerbada con la que se les ataca.

En muchas de las tradiciones de pensamiento de los pueblos indígenas la humanidad es un elemento más de la naturaleza. La fundamental división entre naturaleza y cultura (es decir, entre naturaleza y humanidad) de la tradición occidental no encuentra correspondencia en muchas de las tradiciones de pensamiento de los pueblos originarios. Por mencionar un ejemplo, durante la ejecución de los rituales mixes



©Giovanni Fabián Guerrero, *¡El bosque se quema!* (detalle), 2022. Cortesía del artista

que generalmente se realizan en la montaña, en las cuevas y en otros puntos específicos del territorio, es posible escuchar piezas orales que reflejan el modo en que lo humano se coloca como parte de un todo complejo y continuo que constituye la tierra. Los rituales, que a menudo son calificados como pensamiento mágico desde Occidente, son más bien la evidencia de que, para la cultura mixe, la humanidad no ha sido mutilada del todo de lo que llamamos naturaleza. En un ensayo sobre la noción de territorio, Norma Palma Aguirre, del pueblo rarámuri, lo plantea claramente:

Para los rarámuri, el territorio no es un espacio aparte, no podemos decir "nosotros y el territorio", ni podemos decir "nuestro territorio", no sentimos nuestro el espacio en el que vivimos, no lo poseemos, [...] no podemos decir "de aquí hasta allá es mío", "este bosque es mío" o "esta agua es mía"; mucho menos se puede cambiar o vender. [...] Se nos ha enseñado que somos parte de este territorio, somos una unidad.

Si para los pueblos indígenas las personas somos una unidad con el territorio, la violencia que sufre la tierra entonces la sufren las sociedades que en ella habitan también. La violencia ejercida contra los defensores del territorio es una extensión de la agresión ejercida contra la naturaleza.

Por otro lado, el corte que sí se establece en Occidente entraña una violencia fulminante y primigenia: implica separar, cercenar, desgarrar un continuo y crear el mundo de lo humano como una entidad separada de la naturaleza. Una vez que lo humano ha sido extirpado de lo natural, todo aquello que no es cultura o que no es civilización se erige como un gran otro que puede sojuzgarse, controlarse o dominarse. Bajo esta lógica, los bienes naturales comunes se han convertido en recursos naturales privados, la naturaleza se ha vuelto mercancía. Todo lo que en esta tradición de pensamiento se coloca más próximo al mundo natural se leerá como salvaje, primitivo e incivilizado. En gran medida, la esclavitud de la

población africana secuestrada para explotar los territorios americanos se justificó situado a estas personas del lado de la naturaleza. Al ser leídas como primitivas, la opresión se pretendía perfectamente explicable. La discusión sobre si la población nativa de este continente tenía alma o no, fue, en el fondo, una discusión sobre si colocarla o no del lado de la naturaleza (de los animales), o de lo humano (la civilización).

Los pueblos del mundo que no han hecho esta separación inicial entre naturaleza y humanidad reflejan en la práctica de su relación con los ecosistemas estrategias que tienen como resultado que la mayor parte de las reservas naturales existentes estén ubicadas dentro de sus territorios. No resulta extraño entonces que los bienes naturales de los pueblos indígenas sean un espacio en el que la maquinaria que convierte la naturaleza en mercancía aún no haya penetrado totalmente, pero tampoco es extraño que las empresas, los Estados o el crimen organizado codicien precisamente esos territorios y los recursos que puedan obtener de ellos. Una vez devastado el resto del planeta ahora van por lo que los pueblos han cuidado desde hace siglos.

El atentado contra los territorios de los pueblos indígenas que ahora se nombran “reservas naturales” comenzó de manera intensiva con la colonización europea, tan fundamental para el surgimiento del capitalismo. Una vez sojuzgadas y aprovechadas las tierras en Europa, la máquina que convierte la naturaleza en mercancía ha alcanzado al resto del mundo. La principal amenaza que los pueblos indígenas enfrentan es esta máquina extractivista que va cegando también la vida de quienes tratan de impedir su paso, la vida de los defensores del territorio. Y no solo ellos, la huma-

nidad enfrenta una emergencia climática que promete muerte y amenaza la vida misma.

Ante la crisis climática, existen respuestas variadas. Hay posturas que niegan el fenómeno para no poner en riesgo el funcionamiento de la maquinaria extractivista al servicio del crecimiento económico capitalista. Las propuestas de qué hacer entre quienes sí reconocen el problema son diversas. Hay posturas ecofascistas que han propuesto incluso eliminar poblaciones con alta tasa de natalidad. Hay posturas que sostienen que el propio sistema capitalista dará la solución tecnológica al problema y también quienes piensan que el desarrollo de la energía nuclear es la respuesta. Todo menos ir en contra del crecimiento económico. Por otra parte, hay ambientalismos de



©Giovanni Fabián Guerrero, *El calvario* (detalle), 2022. Cortesía del artista

La lógica colectiva detrás de la defensa del territorio también explica por qué la lucha continúa.

tradición europea que cuestionan radicalmente el funcionamiento de la maquinaria extractiva misma, sin embargo, estos ecologismos siguen poniendo en el centro una naturaleza concebida como distinta de lo humano. Acorde a su manera de ser y estar en el mundo, la naturaleza sigue siendo un otro, solo que ahora un otro que hay que cuidar.

En sintonía también con sus propias tradiciones de pensamiento, desde los pueblos indígenas el ambientalismo se pronuncia como "defensa del territorio", un territorio que contiene a la humanidad como un elemento más. Tal vez por esta razón, en conversaciones con mujeres zapotecas defensoras del territorio del agua o de los bosques, pocas veces se narran a ellas mismas como ambientalistas o ecologistas. En muchos casos su lucha se narra en lenguas que no hacen esas distinciones y en la explicación que dan sobre su labor citan frecuentemente las otras fuerzas no humanas que cuidan también los bienes naturales. Hablan de rayos enojados cuando se atenta contra los bosques o de las serpientes guardianas de los manantiales, de las entidades no humanas que posibilitan que los pulmones del planeta estén ahora en los territorios de la gente que ha sido calificada como silvestre, *salvaje* o *primitiva*.

La labor de los defensores del territorio y la naturaleza se inscribe también dentro de una lógica de trabajo colectivo: la labor de las mujeres, las familias, las personas de la tercera edad, las niñas y los niños sostiene la lucha. Cuando un defensor o una defensora es asesinada, esta violencia impacta en todo el colectivo. Aun cuando en la lista de las personas

asesinadas por defender la tierra figuran individuos concretos, detrás de cada nombre y apellido hay familias y comunidades desplazadas, laceradas por la contundencia de los asesinatos. Sin embargo, la lógica colectiva detrás de la defensa del territorio también explica por qué la lucha continúa.

Estas visiones encontradas entre tradiciones de pensamiento que conciben la relación entre humanidad y naturaleza de manera tan contrastante generan espacios en los que es necesario hacer una traducción. Cuando se articula la defensa legal, las concepciones de lo que significa un río amenazado para una cultura deben traducirse al lenguaje jurídico, a la lengua que habla el derecho positivo. Por ejemplo, el significado complejo del agua para una cultura se traduce, se reduce y se resume en la frase "derecho humano al agua". En muchas ocasiones, utilizar los instrumentos legales de la tradición occidental puede ser una opción más de defensa que, sin embargo, no garantiza siempre la vida de los defensores.

El Río Verde es uno de los más importantes del estado de Oaxaca y ha estado amenazado por un gran proyecto de la Comisión Estatal de Electricidad, la construcción del proyecto hidroeléctrico "Presa Paso de la Reina" en la costa oaxaqueña. El Río Verde es sagrado para muchas de las comunidades que atraviesa y cuyos modos de vida están ligados al río; la construcción de la presa afectaría a las comunidades pero también a reservas naturales en la zona. Desde el año 2007, ante esta amenaza, las comunidades, pueblos ejidos y organizaciones preocupadas por el proyecto crearon el Consejo de Pueblos Unidos por la Defensa del Río Verde (COPUDEFER). Las personas involucradas en la defensa del Río Verde no han escapado, lamentablemente, a los efectos de

la violencia. Durante el proceso de lucha han sido asesinados Hugo Gómez Cruz, Fidel Heras Cruz, Noé Robles Cruz, Raymundo Robles Riaño, Gerardo Mendoza Reyes y Jaime Jiménez Ruiz. La traducción de lo que significa el Río Verde para las comunidades al lenguaje del derecho positivo ha dado victorias importantes por medio de amparos. También el 3 de mayo de este año, después de mucho tiempo de lucha, se publicó un decreto que deja sin efectos el instrumento legal con el cual el expresidente Enrique Peña Nieto había retirado la protección a ríos y cuencas para explotarlos sin consultar a los pueblos que habitan esos territorios. Sin embargo, la maquinaria extractivista y los megaproyectos estatales no descansan y el peligro nunca está totalmente conjurado; la violencia sigue siendo la respuesta

sistemática a quienes privilegian las lógicas de la vida ante la emergencia climática.

Los pueblos y las personas defensoras de los territorios han hecho un esfuerzo por traducir a términos del derecho positivo y de las lógicas occidentales la importancia de su lucha. Parar la violencia hacia la tierra y hacia sus defensores implica necesariamente hacer un viaje de regreso, curar ese desgarramiento primero que justifica mercantilizar los bienes naturales, subsanar la violencia inicial de haber separado la tierra de nosotros. La emergencia climática está reclamando con fuerza, es un recordatorio de lo que el capitalismo nos ha tratado de ocultar: que somos y hemos sido naturaleza siempre. Escuchemos en medio de esta violencia ensordecedora, tal vez así podamos honrar la vida de quienes ya antes han escuchado. **U**



©Tania Ximena, *Mi mente y la montaña están en constante estado de erosión*, 2021. Cortesía de la artista





LA NOVIOLENCIA: UNA CULTURA Y PRÁCTICA TAN ANTIGUA COMO LAS MONTAÑAS

Pietro Ameglio

Estamos acostumbrados a usar grandes términos —casi absolutos— como paz, guerra, *noviolencia*, resistencia civil o violencia sin una conceptualización, ejemplificación clara o teoría que ayude a entender mejor lo que se quiere expresar. La experiencia nos ha hecho ver la necesidad de colocar siempre un *apellido* al lado de estos grandes conceptos, para así poder especificar mejor el enfoque desde donde los usamos. En particular, *noviolencia* y *resistencia civil* son términos usados de forma muy genérica y simplificada, sin tomar en cuenta escalas, subjetividades o interculturalidades de ningún tipo, lo que provoca que muchas veces en vez de referirnos a las luchas sociales estemos hablando del campo de la solidaridad, muy ligado aunque no idéntico. Además, existen diferentes formas de ejercer la resistencia civil, y la *noviolencia* no es la única: o sea, estrictamente no son sinónimos, por más que se trate de dos culturas que se tocan.

La experiencia histórica y personal nos ha demostrado, en parte, que la cultura y práctica de la *noviolencia* es la que más nos permite avanzar hacia el proceso de larga duración conocido como “humanización de nuestra especie”. Creemos, como Konrad Lorenz y otros muchos teóricos, que biológicamente nuestra especie responde a lo humano, pero cultural y socialmente está más cerca del “eslabón perdido” que de la plenitud humanizante postulada por la construcción de paz desde la no-

©Samara Colina, 2602c (detalle), de la serie *Coreografías*.

◀ *De la acción colectiva a la imagen*, 2021. Cortesía de la artista

La idea de humanización de la especie en la noviolencia está profundamente ligada a la igualdad.

violencia y desde muchas de las grandes tradiciones religiosas, espirituales, sociales y humanistas que nos han atravesado en los últimos veinte mil años. La idea de *humanización de la especie* en la noviolencia está profundamente ligada a la igualdad, a que lo que existe para unos exista para todos, empezando por los bienes básicos de sobrevivencia: alimento, vestido, techo, salud y educación. Que al menos la quinta parte de la población mundial no sepa si podrá comer al día siguiente porque gana menos de dos dólares diarios o que la industria armamentista se convierta en la segunda más poderosa del mundo y adquiera la capacidad de destruir al planeta muchas veces, obliga a preguntarse qué tan humanizados estamos como especie.

Asimismo, nos parece que la palabra *noviolencia* se puede entender mejor en su riqueza y complejidad si la escribimos toda junta, sin guión ni separación. Al usarla nos estamos refiriendo a una cultura que Gandhi llamaba “la fuerza más grande que la humanidad tiene a su disposición, tan antigua como las montañas”, una práctica cultural que implica mucho más que oponerse a la violencia o lograr su ausencia. Desde la vivencia y experiencia latinoamericana directa considero que la noviolencia no se opone a la violencia armada defensiva, aunque tampoco la promueve. Sin embargo, la puede entender como una frontera en el conocimiento y práctica de nuestra especie, que aún no sabe cómo defenderse de otra manera ante una situación límite de ataque armado, masacre o exterminio.

Existen muchas corrientes y tradiciones distintas —o más bien complementarias—

dentro de la noviolencia. Por un lado, está el polo más purista, religioso y absoluto: Gandhi, Luther King, Thich Nhat Hanh, los monjes budistas de Myanmar y César Chávez; pero este no es el único modo de entender y luchar desde la noviolencia. Por otro lado, los pueblos indígenas y campesinos del mundo, Mandela y la lucha sudafricana antiapartheid o contra la dictadura de Ferdinand Marcos en Filipinas, entre otros movimientos, a veces nos han mostrado diversas formas de lucha desde sus culturas, instrumentos de trabajo, acciones y lógicas.

Particularmente, desde el año 2019 ha habido en Ecuador, Chile, Estados Unidos y Colombia una serie de levantamientos sociales noviolentos muy originales, complejos, significativos y variados en técnicas, con importantes avances en sus objetivos centrales. Estos logros parecerían confirmar los estudios de las investigadoras María Stephan y Érica Chenoweth, quienes analizaron, a partir de una serie de variables, 323 campañas (“tácticas observables y sostenidas hacia un objetivo político”) violentas (la mayoría) y noviolentas entre 1900 y 2006. Ambas llegaron a la conclusión de que el

53 por ciento de las grandes campañas no violentas han tenido éxito, frente al 26 por ciento de las campañas de resistencia violenta. Dicho éxito tiene dos razones. En primer lugar, el compromiso de una campaña con métodos no violentos refuerza su legitimidad nacional e internacional y promueve una participación más amplia en la resistencia, lo que se traduce en una mayor presión sobre el objetivo [...]. En segundo lugar, a pesar de que los gobiernos pueden justificar fácilmente las respuestas violentas contra insurgentes armados, es más probable que la violencia estatal contra los movimientos no

violentos genere reacciones negativas contra el régimen.

A su vez, históricamente las diferentes luchas sociales del mundo con estas características han buscado un término desde la tradición y la cultura local para que las masas pudieran entender, aceptar y adherirse a la noviolencia. Así, en México se adopta el nombre de “resistencia civil pacífica”; en Filipinas el “poder del pueblo”; Luther King la llamó la “fuerza del amor”; Havel bautizó a la disidencia checoslovaca al comunismo como “el poder de los sin poder”; Gandhi usaba el término de “ahimsa”, antiguo

concepto hindú-budista-jainista que significa “no causar daño a ningún ser vivo”. Pero también adoptó un nuevo término para definir la forma de lucha de los indios en Sudáfrica a inicios del siglo XX: su hijo Maganlal creó la palabra “satyagraha” —“satya” quiere decir *verdad* y “agraha” significa *firmeza*—, que se ha traducido como la “fuerza de la verdad”.

¿ALGUNOS PRINCIPIOS BÁSICOS?

Si quisiéramos explorar algunas características esenciales de la noviolencia diría que esta se basa en la indispensable “humanización del otro y la otra”, desde el principio de no usar

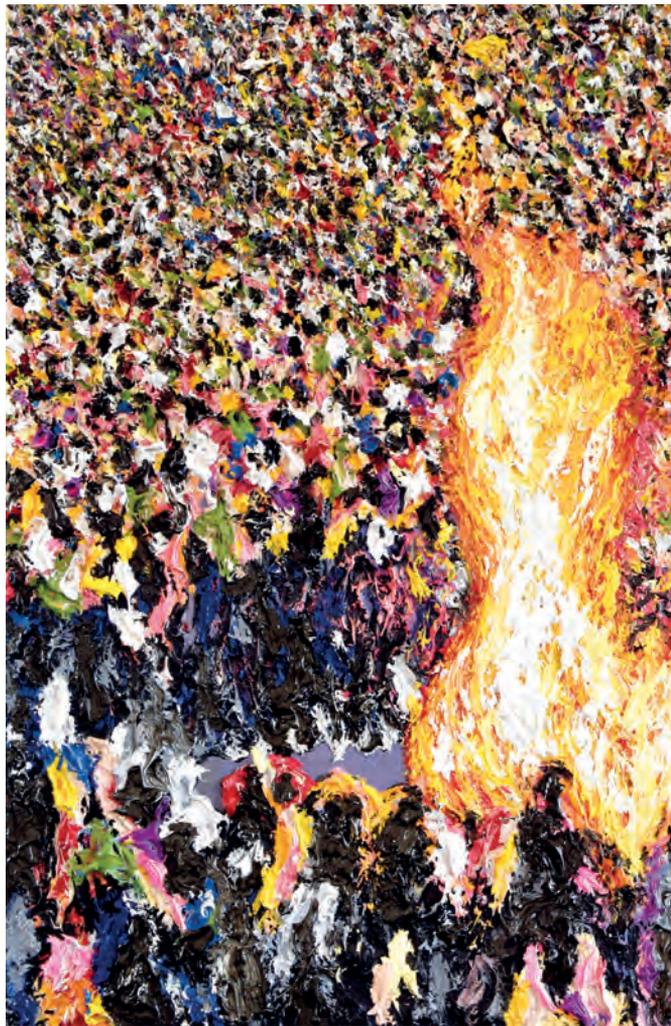


©Tania Candiani, *Ciudad de México, 29 de mayo de 2021. Marcha feminista contra la represión policiaca, 2022.* Cortesía de la artista y del MUAC

violencia en su contra y conocer lo mejor posible el proceso constituyente de su identidad social, para romper así pre-juicios y estigmatizaciones que conducen a situaciones de destrucción mutua. Como complemento de este axioma, está el de la "búsqueda de la verdad" con "v" minúscula, porque, como decía Gandhi, con mayúscula solo Dios puede alcanzarla. Y para acercarse a esa verdad se necesitan todas las partes, nadie la tiene por sí solo ni es dueño absoluto de ella.

Otro punto central tiene que ver con cuidar la relación entre el fin y los medios, donde los medios ya son un fin. Gandhi decía que de una semilla (medios) podrida no puede nacer un buen árbol (fin); todo el orden social que nos atraviesa supedita los medios al fin. No respetar esta relación constituye una de las mayores fragilidades de la resistencia civil no violenta, porque es la garantía para perder "fuerza moral", cuya acumulación es precisamente un arma central para este tipo de lucha, ya que la primera gran impugnación pública o privada se da siempre en el terreno moral. Por tanto, no hay que centrar la reflexión y la acción solo en el punto terminal o en lo que Piaget llama el "pensamiento periférico" y Johan Galtung la "violencia directa" —la punta del iceberg—, sino que hay que cuidar el proceso constituyente de la acción.

También es fundamental detener o evitar reproducir la espiral de la violencia y la guerra. Para ello es clave acostumbrarse a conocer, tipificar y medir las escalas —como termómetros— que se confrontan en determinado conflicto o en relaciones personales entre la espiral de la paz y la no violencia, y la espiral de la violencia y la guerra. Existe una relación muy importante de proporcionalidad entre ambas y el alcance de sus acciones: en Méxi-



©Samara Colina, *Siempre fuego I*, de la serie *Coreografías. De la acción colectiva a la imagen*, 2020.

co hemos criticado a veces el bajo rango de las acciones no violentas de grupos con mucho poder social pertenecientes a la "reserva moral" nacional (iglesias, universidades, intelectuales, artistas...), frente a las de la muy mal llamada "guerra contra el narco", porque no hay ninguna relación de intensidad y proporción con las acciones violentas y bélicas que denuncian.

Finalmente, una tarea básica para reproducirnos en la no violencia consiste en la construcción teórica y práctica de cuerpos e identidades sociales capaces de desobedecer toda orden deshumanizante, algo muy difícil de lo-



Cortesía de la artista

grar con la normalización generalizada de la cultura y práctica de la obediencia ciega y acrítica a la autoridad.

RESISTENCIA CIVIL NOVIOLENTA: EJERCER EL PROPIO PODER

Un tema importante de la resistencia civil de cualquier tipo es la parte táctica de las acciones directas para construir una relación de poder y fuerza que permita romper la asimetría de poder con los otros actores confrontados, a través de la imprescindible igualación de poder de la co-operación, y así poder llegar

a soluciones justas y equitativas en el conflicto. La acción directa no responde a un deseo de provocación, odios o búsqueda de emociones fuertes, es simplemente una enseñanza que ha dejado la acumulación histórica de la lucha social para acordar o negociar con los grupos de más poder. Para Michael Randle, en una visión muy cercana al *Programa constructivo* de Gandhi:

La resistencia civil es un método de lucha política colectiva basada en la idea de que los gobiernos dependen en último término de la colaboración, o por lo menos de la obediencia de la mayoría de la población, y de la lealtad de los militares, la policía y los servicios de seguridad civil [...]. Funciona a base de movilizar a la población civil para que retire ese consenso, de procurar socavar las fuentes de poder del oponente, y de hacerse con el apoyo de terceras partes.

Para ello, resulta central la capacidad de plantear objetivos posibles, alcanzables y que la población pueda simbolizarlos con claridad en su vida cotidiana (como la sal gandhiana y la tierra zapatista):

Los objetivos maximalistas incluyen el cambio de régimen o la liberación nacional, [...] los objetivos minimalistas son muy variados. Incluyen la no explotación de recursos naturales, el fin de la corrupción, la reducción de la violencia de género, la no discriminación...

A su vez, hay otra clave estratégica en la construcción de un buen "principio de realidad", no desde lo discursivo, egocéntrico o ideológico, sino desde una base empírica con registros capaces de ser medidos y comparados como observables sociales.

Por otro lado, se vuelve imprescindible distinguir entre las acciones de la espiral de la violencia (que inicia con el pre-judio y puede acabar con la masacre y el genocidio) para organizarlas en tipologías y apreciar sus magnitudes, y de la espiral de la noviolencia, cuyas armas primeras son los cuerpos, la fuerza mo-

estructura del poder que no implican desobedecer la ley pero buscan restar de forma pública y abierta los apoyos a la autoridad y al poder: boicots, huelgas, paros, ayunos...

Finalmente, el grado mayor de la espiral de noviolencia —equivalente al genocidio o la masacre de la espiral de la violencia, para en-

Los principales constructores de paz noviolenta en México son las familiares de desaparecidos y asesinados en la guerra que nos atraviesa.

ral y la reflexión, unidas a la “firmeza permanente” a través de “meter el cuerpo”, siguiendo las categorías reunidas por Domingos Barbé.

En una escala inicial de medidas de noviolencia se busca resolver un conflicto desde el diálogo, la negociación, lo privado o lo público con poca difusión: mesas de acuerdos y mediaciones, foros académicos, entrevistas y artículos mediáticos, volanteos... Si este nivel de acciones no logra resolver positiva y justamente el conflicto para las partes, se decide entonces involucrar a la mayor población posible para ganar aliados, simpatizantes y presionar más al adversario, incursionando en la “lucha de calles” y promoviendo diferentes formas de movilizaciones de masas en espacios abiertos: marchas, caravanas, conciertos, peregrinaciones, mítines o plantones.

En caso de que tampoco así se logre una solución al enfrentamiento creciente, en la lucha noviolenta se construyen acciones de no-cooperación con el poder, la autoridad y sus aliados nacionales o internacionales, donde cada persona, grupo o empresa deja de cooperar por medio de recursos materiales, corporales y económicos con las fuentes de acumulación que empoderan al adversario. Históricamente, estas son acciones claves para corroer la es-

tender la relación y la proporción— es la desobediencia civil, que implica violar de forma abierta, consciente y masiva (si es posible) una ley o un ordenamiento considerado injusto a partir del principio, como decía Gandhi, de que la conciencia viene antes que la ley y la legitimidad antes que la legalidad. La desobediencia civil puede ser una acción individual o de masas. No es para nada generadora de caos o destrucción social, como la autoridad la presenta generalmente, sino que, desde la cultura de la noviolencia, es indispensable para construir condiciones reales de humanización y paz social. La desobediencia civil, además, ha constituido uno de los principales motores de avance en el largo proceso de humanización de la especie humana.

El gandhismo y otros muchos movimientos noviolentos como el zapatismo han tenido claro que para ejercer la desobediencia civil se necesita entrenamiento y preparación. No se trata de una acción espontánea, pues siempre se corre el riesgo de que grupos violentos penetren en la organización y promuevan formas de ataque armado a terceros. En esos casos, la fuerza moral de la desobediencia civil se desploma, pues, cuando empieza a prevalecer la violencia en las calles, la población se aterro-

riza y no sale. Según Gandhi, “la desobediencia civil sin un programa constructivo era una simple bravuconada”.

Actualmente, los principales constructores de paz no violenta en México son las familiares de desaparecidos y asesinados en la guerra que nos atraviesa, y también los pueblos indígenas, campesinos, barrios en defensa de territorios, recursos naturales y cultura frente a despojos, extractivismos y todo tipo de megaproyectos y militarización de la vida social.

Las familiares de víctimas actúan mucho más en el eje de la no-cooperación y en el te-

rreno de lo jurídico y la memoria: crearon las brigadas locales y nacionales de búsqueda en vida y en fosas clandestinas, lanzándose —solas y con grupos solidarios— al campo en una forma tremendamente riesgosa, valiente e inteligente, en lo que es el único camino para romper la impunidad y la complicidad gubernamental con el delito. Mientras, los pueblos indígenas campesinos suelen trabajar en el eje de la desobediencia civil mediante la toma de tierras, minas, oficinas, presidencias municipales, todas acciones concretas de resistencia no violenta encaminadas a exigir sus derechos. **U**



©Tania Candiani, Nueva Deli, India, 7 de diciembre de 2018. *El violador eres tú*, 2022 (izquierda); Santiago, Chile, 17 de mayo de 2018. *Marcha topless contra la violencia de género y a favor de la educación anti sexista en Chile*, 2022 (centro); Ciudad de México, México, 25 de noviembre de 2019. *Marcha por el día internacional de la eliminación de la violencia contra las mujeres*, 2022 (derecha). Foto de Cañas y Acosta. Cortesía de la artista





CATARSIS

FRAGMENTO

Elena Reina

“**U**na ciudad que huele a mierda”, se queja el chofer armado mientras sube los vidrios del Chevy. A ninguna autoridad le ha parecido necesario entubar el canal de aguas negras que rodea la parte baja. Como un recordatorio de que esto no es la capital. Si viniste hasta acá, ni modo. Pero ese río de agua podrida arrastra además el horror que hizo un día famosa a Ecatepec.

A nadie se le escapa que ahí, además de heces, basura y algún animal muerto, navegan en círculos decenas de cadáveres de mujeres.

—¿A dónde vamos?

—A la morgue.

El tipo que maneja como desquiciado es un policía. El único en esta localidad con un objetivo estampado en la frente: agarrar a esos hombres, esos que matan mujeres. El problema —carajo— es que esos hombres pueden ser cualquiera. Y él solo puede cazarlos cuando esos cabrones ya las cercenaron a machetazos, las quemaron vivas junto a sus hijos, las arrojaron al río o las asfixiaron con una cuerda y fingieron un increíble, pero a veces efectivo, suicidio. [...]

Suena el celular. Le habían avisado de que fuera rápido a la morgue. Y corre hasta allá mientras habla, con el coraje y el olor a podrido que se cuela sin remedio por los cristales del coche. Entonces, se acuerda de los malditos chamacos.

©Sonia Madrigal, de la serie *La muerte sale por el Oriente*, 2014-2022.

◀ Cortesía de la artista

Sin la épica de la guerra del narco ni un lugar estratégico de tráfico de nada, nomás el de trabajadores rendidos que van y vienen de la capital a cambio de un puñado de pesos, en Ecatepec se mata igual que en los municipios de la frontera.

La mayoría llegó a este extremo noreste de Ciudad de México a partir de los ochenta huyendo del hambre del campo, acercándose lo máximo que permitían sus carteras a la capital. Y poco a poco, sin control, se fueron comiendo los cerros. Casitas empinadas sin luz ni agua ni futuro cada vez más arriba. Sin más sentido de pertenencia que el de chambear durante el día y dormir por la noche.

Cuando en la Ciudad de México miles de mujeres protestan contra la violencia machista, Ecatepec representa las coordenadas exactas que catalizan la rabia: el lugar donde más mujeres son asesinadas; el único rincón de México capaz de desbanicar, desde hace más de una década, a Ciudad Juárez. Incluso para un país que soporta altas dosis de horror al día, diez feminicidios cada 24 horas son muchas muertas, carajo.

Las feministas mexicanas no tienen nada más urgente. A diferencia de sus hermanas en otras partes de la región, nada más inminente, más primario: ni el aborto, ni la igualdad salarial, ni la conciliación familiar, ni la violencia obstétrica. Dejen de matarlas.

Las muertas del canal ni siquiera figuran en las listas de los feminicidios. Sin cuerpo, no son más que números que se suman a los casi cien mil desaparecidos que buscan sus madres en el país. Silenciadas por la violencia del narco y el compadreo de las autoridades, circulan a la deriva, como si los grandes cárteles de la droga hubieran tenido algo que ver con su destino fatal. Como si el que la mató no hubiera sido su

pareja, su exmarido celoso, un vecino que le tenía ganas, un tipo —que lo hubo— que confesó asesinar al menos a veinte de ellas por el puro gusto de verlas morir.

La violencia machista no solo es mexicana, pero es en este país y en este rincón marginado con una impunidad casi total donde ha encontrado un buen sitio para instalarse.

"Hallan 16 cuerpos de mujeres en los canales de aguas negras del municipio de Ecatepec". Los titulares en 2015 sobre uno de los drenajes del río de los Remedios no fueron ninguna noticia en la ciudad. Todo el mundo sabía, y sabe, que aquello era un tiradero de cuerpos. [...]

La morgue de Ecatepec es un garaje en la parte trasera del Ministerio Público, el "emepé". Pero su entrada principal parece un mataadero clandestino de puercos. La persiana hasta arriba y un hombre con delantal de carnicero que limpia con una manguera la sangre de las únicas dos planchas que maneja. Un líquido marrón escurre hacia la calle hasta llegar a una alcantarilla. El hombre es el forense de guardia: "No, jefe. Se confundieron".

El aviso que había recibido el Comandante había sido uno de esos errores que suceden pocas veces. La mujer casi la había librado, y se había ido con siete puñaladas al hospital. El marido, detenido en flagrancia. La noche se asomaba tranquila por primera vez en muchos meses. Y qué bueno, jugaba el América.

El emepé era probablemente el lugar más concurrido a esas horas en Ecatepec. Convertida en una ciudad fantasma a partir de las once de la noche, esto era como una cantina de pueblo. Un griterío de hombres encerrados tras unos barrotes que trataban de adivinar a lo lejos el marcador de unas pantallas colgadas en la recepción. El centro era un hervidero de gente que llegaba a denunciar un robo, un asal-



©Sonia Madrigal, de la serie *La muerte sale por el Oriente*, 2014-2022. Cortesía de la artista

to a punta de pistola, un niño desaparecido y, en frente, una decena de tipos mal encarados esperando su audiencia con un fiscal y gritando: “¡Penaaaaaall!”.

Merodeaban unos cuantos tipos duros vestidos de civil, de esos que no son policías pero lo parecen. “Son las madrinas”, aclara el Comandante. Un cuerpo de hombres, muchos de ellos expresidarios, que conocen como nadie el trajín de los cerros, te encuentran a un culpable de homicidio en cuestión de horas y seguro un traficante es primo de algún amigo suyo. Que se la saben. A cambio, les cae una feria por cooperar con la autoridad. Todos ahí juntos protagonizaban el lamentable espectáculo de la justicia mexiquense. [...]

Se monta de nuevo en el Chevy y se lanza directo a la colonia Jardines de Morelos, sección Playas. Ya es bien entrada la madrugada y quiere comprobar si los municipales no andan chingando por ahí. No se parte el lomo

agarrando a feminicidas de medio pelo en callejones oscuros, los corretea por el centro de la capital sin permiso de las policías de allá, memoriza las placas de sus motos, sabe si se compraron una bici nueva o si su mamá está enferma y puede que hayan regresado por fin a casa, para que venga un pendejo y se cuelgue el mérito de hacerse con el caso más importante de toda su carrera.

Él detuvo al viejo, le dio sus apretones, le hizo cantar hasta el himno. Le sacó una confesión de once páginas que atrajo a la crema y nata de la prensa nacional e internacional. Las cámaras 24 horas de las televisoras esperan en la puerta. Los focos lo alumbran a él. Nadie, nadie, le toca el caso del Monstruo de Ecatepec. [...]

“ASIMISMO QUIERO SEÑALAR QUE ASELINÉ A MÁS DE VEINTE MUJERES”

Los hechos que se narran a continuación pueden parecer una película macabra. O también,

ser completamente ciertos. Sea como sea, en estas líneas hay detalles que no cualquiera puede llegar a inventar, a menos que se haya metido hasta la cocina del infierno de Ecatepec.

Esto es una transcripción de una confesión ministerial, sin los nombres reales de las víctimas ni direcciones.

"Nombre: Juan Carlos Hernández Béjar. Sexo: Hombre. Fecha de nacimiento: 01-03-1985. Edad 33. Nacionalidad: Mexicana. Originario de Michoacán. Calidad: Imputado. ¿Sabe leer y escribir?: Sabe leer y escribir. Grado de escolaridad: Bachillerato trunco y Técnico en Programación trunca. Ocupación: Reparación

de celular. Estado civil: Unión Libre. Salario semanal: 1,000 pesos. Alias: el Terror Verde. Trabajo anterior: Segundo batallón de Guardias Presidenciales. Adicciones: No toma, no fuma, sin droga, odia a las mujeres".

Adicción: odiar a las mujeres. El técnico que transcribe su confesión quería remarcar ese dato desde la primera página. Hernández sabe por qué está ahí. Es más, es su "deseo aclarar en relación a los hechos que se le acusan". Quisiera que le conozcan como el Terror Verde. Pero se tendrá que conformar con el nombre que ya le ha puesto media prensa nacional: el Monstruo de Ecatepec.



©Sonia Madrigal, de la serie *La muerte sale por el Oriente*, 2014-2022. Cortesía de la artista

Esto no se acaba, vaticinó también el Comandante. ¿Y si los huérfanos de estas son los feminicidas de mañana?

"Sé que estoy aquí porque el día de hoy mi esposa Patricia Martínez Bernal y yo salimos de nuestro domicilio y mientras nos encontrábamos caminando por la calle, siendo que mi esposa se encontraba empujando la carriola de mis hijos, en la cual llevábamos cargando tres bolsas negras que contenían algunas partes de restos humanos de los cuerpos a quien le había quitado la vida, siendo de Elisabet y de Nayeli, y otra bolsa con huesos humanos calcinados, los cuales fuimos a tirar a un baldío cerca de mi casa y fue el momento en el cual los policías nos descubrieron, ya que al encontrarnos tirando las bolsas en el baldío, una se abrió y de la cual se veían los restos humanos, y por eso la policía pudo ver lo que llevaba en una de las bolsas, y fue cuando nos detuvieron en ese momento para llevarnos a la agencia del Ministerio Público, porque estábamos tratando de ocultar restos humanos, pero fuimos descubiertos, asimismo quiero señalar que asesiné a más de veinte mujeres".

Así, de corrido. El Monstruo sonreía plácidamente mientras relataba cómo, dónde y por qué había cometido los crímenes más atroces. Uno de los policías que lo entrevistaba también sonrió ante la reportera al percatarse de que quizá más de veinte feminicidios que no habían logrado resolver, por fin, tendrían una maldita explicación.

ELISABET. DIRECTAMENTE A LA YUGULAR

"Por lo que respecta a Elisabet es a quien vi en una combi, escuché su plática, me dio la idea para engancharla, después la vi en una dulcería y le pedí su celular y la enganchemos con el pretexto de venderle ropa para su hijo, la vi en la avenida, ahí nos quedamos de ver, acudí

temprano, yo fui por ella en un lugar específico donde no había cámaras, la traje a mi casa, ella ingresa al domicilio, sube hasta mi vivienda, que vivo en el tercer piso y ahí la amago inmediatamente, estaban mi esposa y mis hijos, con una llave directamente al sillón, le apliqué una llave que aprendí en la milicia, trabajé en la milicia menos de nueve meses, ella cooperó en todo momento, le expliqué que era un secuestro, que su marido me había mandado a matarla, después de que ella cooperó en los amarres, procedí inmediatamente a ver qué tenía de valor, me quedé con su celular, siendo un Samsung J5 prime color blanco o dorado e inmediatamente, le canté el choro para no perder más tiempo porque mis hijos se iban a despertar, la metí al baño, no abusé sexualmente de ella, mi esposa estaba presente en ese momento sin apoyar, no la necesitaba, después de meterla al baño procedo a matarla con un cuchillo, un corte directamente en la yugular y la carótida, era un cuchillo café, mango de madera ergonómico, yo lo mandé hacer con un herrero hace aproximadamente diez años, después procedo a hacerle cortes desde los pies, cabeza, manos, comencé a seccionar partes, grasa, músculos, huesos con diferentes fines, la grasa la iba a tirar en los baldíos y los camellones, el músculo era para alimentar a mis perros, los huesos eran para la renta de un santero, las demás partes del cuerpo me quedó la rabadilla y el tórax, mismos que fui a tirar al baldío cercano a mi casa, Elisabet iba vestida con unos zapatos color café de piso, mallón negro, chamarra cazadora negra y blusa negra, esas ropas las tiré en la basura, en el

baño de mi domicilio desmembré el cuerpo de Elisabet, mi esposa se encontraba presente, insegura, indispuesta y enojada, estaba cuidando a mi bebé y dándole pecho. [...]"

ARELY. DOS VECES GRITÓ "VECINA, AUXILIO"

"Era mi vecina, muy payasa por cierto, muy reservada, nos caía gorda, vivía en la parte de debajo de la vecindad, vivía sola pues su marido emigró a los Estados Unidos, esa chica, Arely, me interesó para un bisne porque le vi su celular Moto de cuarta generación y procedí a planearlo unos cuantos días, hasta que en una ocasión estaba muy necesitado de dinero, ese miércoles temprano mandé a mi esposa a seguir a esta chica porque había salido a la calle, de repente veo que mi esposa ya viene con ella, se la sube con el pretexto de que le mostraría un pantalón arriba, ella no quería pasarse pero se le convenció y se sentó en el sillón, le aventé el mismo choro que a todas, que su marido me había mandado matarla, que cooperara, que nada le iba a pasar, pero dos veces gritó vecina auxilio, auxilio, yo no podía exponer a mi familia, tenía el mismo cuchillo listo y se lo aventé a la yugular, después de muerta estuvo cinco horas en el baño, después lo mismo que a todas [...]"

La detención del Monstruo no terminó tampoco con la masacre de mujeres en Ecatepec. Tal y como predecían las mujeres que rezaban el rosario, hubo después otros hombres, la mayoría de ellos cercanos a las víctimas, que las asesinaron con la misma saña en el interior de sus casas. La ciudad se convirtió de nuevo, durante la pandemia y los primeros meses de 2021, en el centro del horror de la violencia machista. Violadas, apuñaladas, asfixiadas; ellas

no mueren — como lo hacen ellos — de un balazo rápido y certero.

Esto no se acaba, vaticinó también el Comandante. ¿Y si los huérfanos de estas son los feminicidas de mañana? Se pregunta cada noche convencido de que cualquiera — el mesero, el del valet parking, el de la tienda, su vecino — puede convertirse en el siguiente.

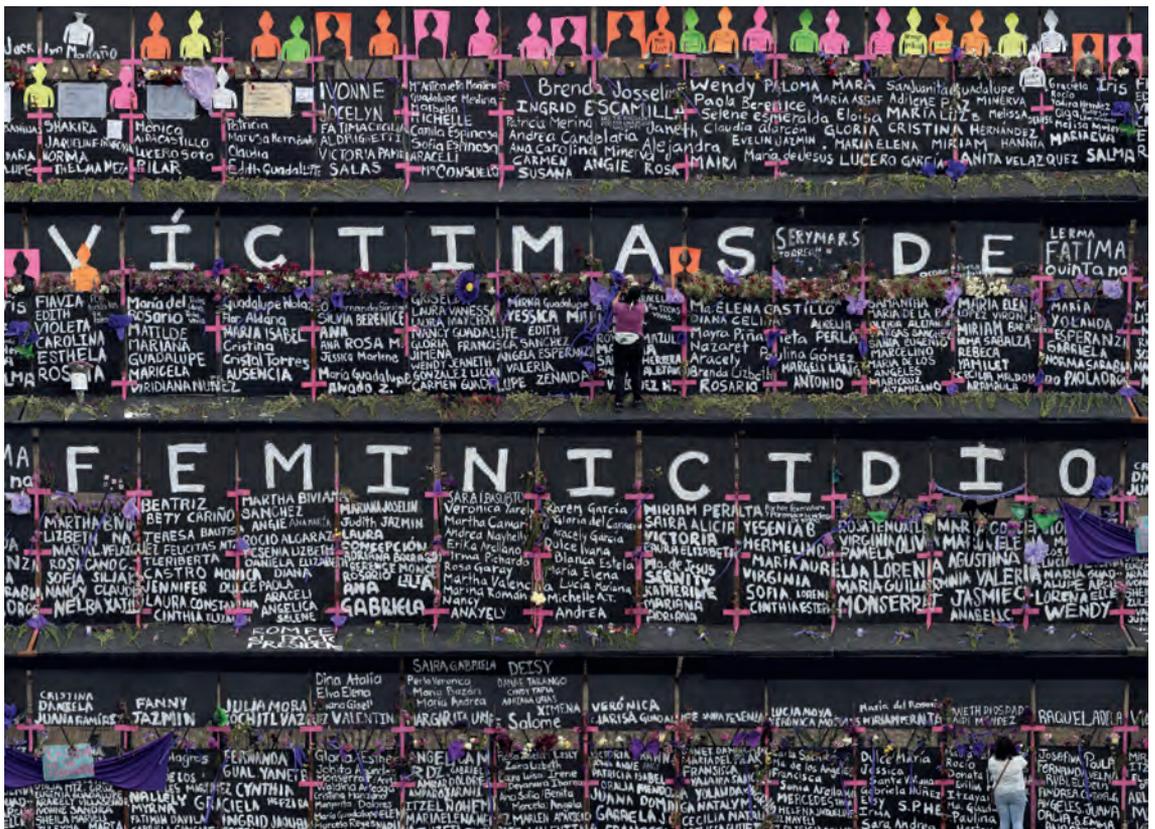
"Yo quería llegar a cien chicas o más, las que maté son muy pocas, quiero que quede asentado, primero, que se me conozca como el Terror Verde, ya que así me pusieron en la milicia y, segundo, no tengo remordimiento alguno, lo hice y lo volvería hacer otra vez siendo todo lo que deseo manifestar. [...]"

TE VOY A MATAR, CULERO

Explíqueme usted cómo no voy a romper este vidrio. Cómo calmo las ganas que tengo de incendiarlo todo. De verlo arder. A usted, a la catedral, a la puerta del Palacio, al mismísimo Ángel de la Independencia. Que encima es mujer, ¿sabe? Dígame que me calle otra vez y le abro la cabeza a martillazos. Hoy yo no voy a tener miedo, lo va a tener usted. No me importa que me lleven, que me amenacen, que me torturen. Se cruza un pen-dejo más en nuestro camino y lo madreamos. Así está el pedo, ¿cómo ve?

Dígame, si puede, qué hizo para impedir todo este desmadre. ¿Ah, que no, verdad? No hicieron nada. Nos cazan como ganado en las calles, nos violan, nos matan y nos desaparecen. Y entonces ni siquiera somos una muerta más en sus cifras piteras. No somos nada. Pero hoy no, señor, ora sí se acabó el cuento.

Que protestemos quedito, su pinche madre. Un vidrio, una tienda, una baldosa, una cabrona pared vale más de lo que valgo yo. ¿Se da cuenta?, ¿lo ha pensado? Que se asfixie hoy tantito, jefe,



©Anaí Tirado Miranda, *Contra el olvido, las nombramos* (detalle), 2021. Cortesía de la artista

que nosotras el resto del tiempo no podemos respirar. Ándele, diga que somos violentas, diga que somos unas malcriadas alborotando como una plaga de cucarachas sus callecitas del Centro, digan lo que quieran. Si me permite, voy a madrear este semáforo.

Dale, duro, hermana. No sé qué poner. Córrale, pon lo que sea. Al fin que esa tienda también es patriarcado. Todo es patriarcado. Hasta las mismas mujeres policías que nos corretean lo son. Órale, qué esperas. No mames, ¿eso qué?. “El feminismo te hará libre”. Vamos, que nos quedamos solas y ya casi llegan al Zócalo.

¿Te diste cuenta de que nos tienen miedo?, ¡cómo nos miran! No sabes el gusto que me da. Cuando cruzo esta calle de noche me cago de miedo. Tan obscuro, tan solo. Tan qué será mejor, correr, gritar o hacerse la dura. ¿Estoy exagerando? ¿Si me sigue alguien? Y caminas y aprietas

los nudillos y los dientes. Y te aprietas tú enterita. Y al cruzar la esquina ya volteas para ver que no viene nadie. Carajo, si yo solo quería regresar a mi puta casa.

Mándame mensaje cuando llegues. Con cuidado. ¿Ya llegaste? ¿Dónde estás? Cinco llamadas perdidas.

Alerta, alerta, alerta el que camina, que esta calle hoy es mía y la revienta si se me antoja. Por todas las noches que no puedo reventarle los huevos al cabrón que me viene cazando desde el pesero. Dejaron todo listo, ¿ya viste? Tapiado el banco, la tienda, el restaurán, la entrada del hotel. Y tiemblen, y tiemblen, y tiemblen los machistas, que América Latina será toda feminista. [...] **U**

Fragmento inédito del libro *Rabia*, que será publicado en noviembre de 2022 por la Editorial Anagrama. El libro cuenta con textos de varios autores y fue editado por Javier Lafuente y Eliezer Budasoff.



Léon Spilliaert, *Playa con Luna* (detalle), 1908 ©

POEMAS

Javier Sicilia

JUAN 18, 15-27

Para Cocó

I

Aunque toqué la fuente y bebí de su luz
no aprendí nada
porque es de noche
y no espero mirarla otra vez
ni desear lo que un día me dio

—¿para qué lamentarme de lo que están matando sin remedio?
¿para qué abandonarme a una pureza humillada
y esperar lo que no ha de volver?
¿para qué recordar ese extraño instante
en que lo tangible reveló un momento lo intangible?
¿acaso fue real
o solo fue el destello del deseo en la oquedad de lo imposible?—

porque es de noche
y nada es otra vez
y la nada de la muerte es la nada y nada más

y vuelvo a decir que no
que no habrá un mañana para ella
donde sus ojos puedan ya saciarnos
aunque a oscuras
porque es de noche
y creo que no
que todo ha terminado
y el mundo es solo mundo y nada más

—no acudirán a ella los hijos de mis hijos cuando llegue la hora
no podrán ya lavarse en sus aguas
ni encontrará reposo su cansancio
¿tomarán el sendero de la cabra
los riscos de las águilas para ponerse a salvo?
¿o quizá pasarán como las sombras
como yo en esta hora de la desolación
cuando la fuente gime como gime una madre?—

mejor el ruido
las poleas que chirrían en los muelles
y velan el silencio del recuerdo

mejor el olvido
el terrible olvido de los días
que seguir añorando lo que ya no he de añorar
mirando a la que un día fue más transparente que el aire en los desiertos de Altar
más pura que los ríos en la impiedad de las rocas
porque es de noche
y no espero mirarla otra vez
y digo que no
que todo ha sido en vano.

II

El gallo mecánico ha cantado las seis
y yo sigo aquí
bajo la neblina del alba,
porque es de noche,
añorando lo que ya no he de añorar,
escuchando el clamor del día que no responde
que no responde,
mientras tú te oscureces
y eres lodo y no fuente

porque es de noche
y te derramas como agua que nada contiene
y tus huesos están dislocados,
secas tus entrañas
donde los perros rasgan tu túnica
y la muerte es la muerte y nada más,
porque es de noche y siento tu vergüenza.

Mas tú, mi fuente, ¿así me lavas y me inspiras confianza?
Una oscura presencia domina en las sombras sin ser vista,
una esquirra de agua que refresca en el breve destello de lo oscuro
donde marcha la fe con su séquito absurdo de esperanzas
como si el garabato de tu rostro ocultara un designio inextinguible
que sostiene mi espera
aunque a oscuras
en el interminable tiempo de la noche.

YA NO HAY MÁS QUE DECIR

Ya no hay más que decir
el mundo ya no es digno de la Palabra
nos la ahogaron adentro
como te asfixiaron
como te desgarraron a ti los pulmones
y el dolor no se me aparta

solo pervive el mundo por un puñado de justos
por tu silencio y el mío
Juanelo.

Juan 18, 15-27 se publicó en *Lectio*, 2004, y *Ya no hay más que decir* se publicó en *Vestigios*, 2004. Ambos se reproducen con el permiso del autor.



NOTAS PARA REVERTIR EL TRASTOCAMIENTO

Marina Azahua

Un paisaje devastado por la violencia puede parecer una ruina, pero es lo contrario de una ruina. Es algo que estaba creciendo, arboreando, gestándose, expandiéndose, vivo, y que ha sido interrumpido. Pero no está acabado. Era una cosa a medio construirse que ha sido cercenada. Pero también es como cuando a una planta pequeña, de aguacate digamos, se le corta la punta para que el árbol crezca más fuerte. La medida de la fuerza del árbol futuro se mide por su capacidad para regenerarse. Ante la amenaza del corte hay solo dos opciones: brotar de nuevo, insistir, o ceder a la interrupción de la vida. Casi todo persiste. Pero algunas cosas no y se pierden. Entre los muchos árboles cuyas puntas se cortan, algunos insisten y acumulan la savia necesaria para resurgir desde la calma y el retraimiento que le sigue al tajo. Hay mucho que aprender de las plantas sobre la violencia de lo humano. Una vez conocí a un jardinero japonés que se especializaba en el cuidado y la curación de los árboles. Llegué a saber muchas cosas sobre ellos gracias a él. Por ejemplo, que las raíces se expanden hasta el límite de la sombra de un árbol. Cosas como que hay que hablarles y pedirles permiso antes de podarlos. También que los árboles nos enseñan las artes de la paciencia. Una vez le pregunté a ese hombre cómo se convirtió en jardinero. Me explicó que fue culpa de la guerra, pues siendo un muchacho aún muy joven había sido reclutado para ir al otro lado del mundo a matar a otros hombres muy jóvenes que se parecían demasiado a él mismo. Fue como que lo mandaran a asesinarsé a sí mismo, decía.

Regresó enfurecido de la guerra de Vietnam. El dolor se le había vuelto rabia y se tiró a la mierda, perdido. Pero otro reclutamiento lo sacó de esa oscuridad: en un vivero local, un maestro del bonsai lo tomó como discípulo. La guerra es rápida, muy rápida, me explicaba el jardinero japonés. Y los árboles, con su lentitud desesperante y su parsimonia milimétrica me curaron a través de la pausa. Yo necesitaba curarme de la velocidad de la guerra y la violencia y la muerte y la sangre que brota trémula pero imparable, me dijo. Mejor la velocidad de la savia. La lentitud del engrosamiento de una rama. Mejor pedir permiso antes de cerceñar. Mejor juntar las hojas caídas con la certeza de que volverán a surgir. Mejor cortar una parte para que el cuerpo central se fortalezca. Reconstruir el paisaje devastado por la violencia es una labor lenta, pausada, que exige una paciencia tan profunda que solamente se puede llevar a cabo en el hacer y la práctica: con la presencia. La reubicación implícita en la pregunta que insiste en cuestionarnos dónde exactamente estamos parados. Nos vamos a la guerra, o la guerra llega a nosotros, y la vivimos o la documentamos o la escribimos. Nos recluta su urgencia. La imperiosa necesidad del testimonio y el testigo. Recabarlo todo. Observar la minucia cuando se logra la pausa en medio del tiroteo. Saberse mover a tiempo del sitio de peligro para poder seguir mirando. Dejar registro, decir: estas cosas terribles han ocurrido en verdad. ¿Qué nos pasa? ¿Por qué somos así? Hacer muchas, muchísimas preguntas. Hay daños tan profundamente terribles surgidos de la violencia de las guerras, cosas siempre documentables. Paralizan y nuestro propósito de sobrevivir o registrar falla. Pero se graban igual. Como las fotos que deciden no tomar los fotoperiodistas y los cronistas de las



Johann Jacob Dorner, *Estudio sobre árboles*, 1800-1850 ©

guerras. Como esa foto que no tomó la fotoreportera Susan Meiselas. Esa foto inexistente pero posible de las heridas de Irma, una mujer sobreviviente de violencia doméstica, de esa guerra contra las mujeres que nos embarga desde siempre, silenciosa pero avasallante, que amedrenta desde el corazón de la vida: la casa.

Durante el proceso de investigación para un proyecto sobre violencia doméstica Meiselas tomó fotos a la par de notas, como en todos sus procesos documentales. Ahí conoció a Irma y decidió no retratar sus manos heridas. En uno de los cuadernos de notas de Meiselas quedó plasmada la foto posible pero no tomada, una foto convertida en recuerdo de la parálisis:

Para poder en verdad “documentar” la violencia doméstica en algún sitio, dentro de los pasillos de la justicia tiene que haber pistas —la corte, el laboratorio fotográfico— las manos de Irma que se quedaron marcadas como cicatriz en mi mente. No las puedo olvidar pero no

¿Cómo se reconstruye un paisaje donde la vida se volvió imposible? Se espera, antes que nada.

pude tomar una foto. La imagen de sus manos resistiéndose al cuchillo de carnicero que buscaba perforar su cuello.

¿Cómo volver a tocar un paisaje herido y trastocado por la violencia? Las manos de Irma son el paisaje avasallado por la fuerza de la guerra, como los edificios ahuecados tras un bombardeo. La orografía de esas heridas es testimonio de un dolor a cuentagotas que un día explota, aunque la violencia empieza antes del cuchillo de carnicero. Por tanto, no es un daño súbito como el bombardeo, sino cotidiano. Su fuerza voraz no es menor. La violencia nos presenta dos tipos de guerras: la del estado de excepción y la del diario. También hay otras: la que amenaza la continuidad de la vida y se extiende a la que sufre la naturaleza a manos de los humanos. Pienso aquí en un ejemplo que se sale del canon de los efectos de la violencia y se inscribe usualmente en el terreno del "desastre" o del "accidente": Chernóbil.

¿Cómo nombrar esas violencia que derivan de la acción humana, del error incluso, pero que carecen de intencionalidad de destrucción y, sin embargo, también interrumpen la vida? Un accidente como Chernóbil no solo implicó una interrupción, sino que imposibilitó el futuro en ese pedazo de tierra. El envenenamiento del sustrato circundante, de sus animales y fauna, de las mutaciones impuestas sobre el devenir de la vida ahí, encuentran su equivalente en la piel de los bomberos que se caía a pedazos tras exponerse a la radiación y que con tanto dolor describieron las mujeres entrevistadas por Svetlana Alexiévich en *Voces de Chernóbil*. ¿Cómo se reconstruye un paisaje

donde la vida se volvió imposible? Se espera, antes que nada. Se permite el paso del tiempo y se deposita las esperanzas en lo que volverá. Volvieron, nos dicen. Volvieron los hongos primero. Luego otras cosas, otros animales, hasta que Chernóbil se convirtió en la materialización de esos temores de película de ciencia ficción: un mundo posthumano trastocado por las acciones de los humanos. Me pregunto qué es realmente lo irreparable. ¿Cómo definirlo? Es irreparable, por supuesto, la pérdida de las vidas individuales ante la violencia. Pero ampliando la mirada, haciendo *zoom out* hasta diluir esas vidas de personas, animales, plantas, ¿qué es lo realmente irreparable? ¿La interrupción de los ciclos del sostén de la vida?

Registrar el daño, contabilizar el trastocamiento del mundo, pero renombrar también las cosas para des-trastocarlas. Esto no solo implica que documentemos los estragos de la violencia, debemos también documentar lo que persiste y cómo persiste. Las plantas, las flores, la música, la compañía. La tierra en sí. El sustrato. Esa sustancia mágica que es el humus terrestre. No hemos pensado lo suficiente sobre la alquimia extraordinaria de la tierra como sustancia. No existe en el mundo otra materia equivalente a la tierra, ese acumulado granuloso pero pastoso pero compactado pero suelto pero enlodado pero resecaado que tiene la potencia de resguardar y contener para reconstruir, insistentemente, las condiciones propicias para que la vida vuelva. Pienso en esas semillas que tardan muchísimo en germinar. Pienso en la tierra oscura que las guarece mientras se deciden a brotar a su tiempo, a su ritmo. La violencia que implica el envenenamiento del suelo parece de las peores posibles porque implica la interrupción del abrazo y el cuidado que hace posible el devenir. Pero incluso la tierra



Susan Meiselas, el Dr. Clyde Snow sostiene el cráneo de un adolescente con los ojos vendados y dos agujeros de bala, Kurdistán, 1991. ©Susan Meiselas/Magnum Photos

envenenada se reconstituye, al parecer. Y se logra repoblar el paisaje devastado con el gesto de la semilla que se hincha en el interior de la tierra, a todas luces, inerte.

Es necesaria una teoría sobre la reversión del trastocamiento de la violencia, la cual tendría que empezar por plantearse: ¿Cómo se tocan las cosas y los seres heridos? ¿Cómo aproximarse a ellas de un modo que las renombre y las reconstruya para volverlas otras? Pienso en los arqueólogos forenses que tocan los cuerpos al dibujarlos y documentar el último gesto tras su caída dentro de una fosa clandestina. Pienso de nuevo en Susan Meiselas y su fotografía del cuaderno del arqueólogo Jim Briscoe, donde quedó registrado el mapa de la fosa de Koreme, en Kurdistán. Cerca de cien mil kurdos fueron desaparecidos en la parte norte del país conocido como Irak y esa es una de las fosas donde la herida quedó al aire. En diciembre de 1991 Meiselas acompañó a una

misión de Human Rights Watch para documentar las exhumaciones de fosas clandestinas en la región y fue ahí donde miró esos dibujos cuidadosos: el gesto del brazo elevado, los dedos, la curvatura de ciertas piernas. Sobre el viaje, la fotógrafa diría después:

Quedé atónita ante lo que vi. Nunca había sido testigo de una destrucción tan completa y sistemática de la vida de una aldea, ni durante una década de cobertura de conflictos en Centroamérica.

La palabra que usa Meiselas para describir lo que sintió es *stunned*. Yo aquí la traduzco como "atónita", pero vale la pena reflexionar sobre la elección de esa palabra que igualmente se podría convertir en "aturdida", "pasmada", "impactada". La implicación de la parálisis es un espejo de la parálisis de la continuidad de la vida de la cual fue testigo. Un entumeci-



Susan Meiselas, viuda en una fosa común en Koreme, Kurdistán, 1992. ©Susan Meiselas/Magnum Photos

miento. Lo que sigue a la velocidad de la violencia es siempre algo que altera el ritmo del mundo. Nos detiene, afortunadamente, pues es en esa pausa donde puede habitar la reconfiguración del futuro. Pero la transformación de la parálisis en pausa solo se abre como posibilidad cuando ya terminó de ocurrir el desastre de la interrupción. La peste de la violencia actúa como un conjuro, como una maldición antigua: no se puede des-decir su acción ni su efecto. La maldición de la violencia existe en la penumbra del lenguaje.

Los arqueólogos que tocan los cuerpos de los muertos al dibujarlos me hacen pensar en cómo el Rey Midas todo lo tocaba y lo convertía en oro, pero ese oro era muerte. Muerte por avaricia. Sería una excelente forma de resumir los costos de la violencia del extractivismo en el capitalismo tardío. Porque esa también es violencia: extraer por provecho, destruir por provecho, mancillar por provecho, vampirizar por provecho. ¿Cómo se toca a un cuerpo herido de provecho? Cuidar el recuerdo de las manos heridas, cicatrizadas, que se quedaron grabadas en la memoria de Meiselas es tal vez un

ejercicio breve en esa dirección. Pero otra imagen de la fotógrafa nos ayuda a pensar aún más profundamente cómo habitar el sitio del trastocamiento para reconfigurarlo y convertirlo en lo opuesto de una maldición, lo cual sería, en todo caso, una bendición. No en el sentido religioso, sino en el sentido de desear el bien a alguien.

En Kurdistán Meiselas también registró con su cámara al arqueólogo forense Clyde Snow de pie en el interior de una fosa, sosteniendo el cráneo de un adolescente de entre quince y dieciocho años. Los ojos del muchacho muerto estaban vendados. Dos balazos en la cabeza. Es importante esa foto. Snow fue quizás uno de los arqueólogos forenses más célebres de su tiempo. Su compartición de conocimientos inauguró un nuevo impulso por conocer la verdad a través de la recuperación de los muertos. La foto de Snow tomada por Meiselas es importante porque en su gesto hay una pedagogía del cuidado de los muertos tanto como del cuidado de la tierra tras la devastación. Sus manos arropan el cráneo del muchacho que sale de aquella fosa en el Kurdistán. Lo mira

con atención y cuidado, preguntándole, casi hablándole a través de la forma de sus dedos. Esto no debió suceder, pero aquí estamos. Ahora podrás descansar en un sitio donde sí te podamos reconocer.

Clyde Snow habita esa fosa para cuidar el cuerpo de quien fue avasallado por la violencia. Ese acto de presencia transforma el sitio en un espacio distinto. En el lugar donde antes habitó la maldición aniquiladora que asumió a ese muchacho como desechable ahora habita el deseo de que su alma tenga una buena existencia, tranquila: la honra de un entierro digno, con memoria, con identificación (en el mejor de los casos) y con un retorno a su familia. Los muertos también necesitan de nuestros cuidados. Son sujeto, por supuesto, de recibir bendiciones y buenos deseos. Hay formas de cuidarlos de la intranquilidad. El paisaje que conforman sus cuerpos encapsulados dentro de la tierra hasta que son hallados es un horizonte que se puede transformar. Atender y cuidar la vida de los muertos —contradictorio y paradójico concepto— es fundamental para el devenir de la vida de los vivos.

“Trastocado” es una palabra precisa para describir los efectos de la violencia sobre el mundo y la interrupción de la vida que implica. Tras. Tocado. Tocado después. El tacto del después. El rastro de la marca después de su alteración. Tocado por la violencia. Marcado por la muerte, inaugurando el universo de la secuela, de la repercusión. Es ese el territorio del daño, que luego se inaugura como un espacio donde el paisaje de la dilución de la continuidad de la vida es un sitio donde “el vivir” se convierte en una acción, una actividad, una práctica imposible de seguir realizando con normalidad. Es en ese espacio donde las montañas ya no son solo montañas. Los desiertos

ya no son solo desiertos. Las carreteras ya no son solo carreteras. Los ríos ya no son solo ríos. Los edificios no son solo casas. Los juegos para niños no son solo juegos para niños. Sino fosas.

Si el espacio, el cuerpo, la tierra pueden entenderse como entidades sujetas a la herida, ¿qué curación se produce cuando los cuerpos los recorren y los rehabetan para reconfigurarlos? Volver a estos espacios llenos de muerte y terror se convierte en un gesto de repoblar los lugares devastados donde el suelo se transformó en paisaje de muerte. Si en Kurdistán un genocidio canceló la posibilidad de la vida del pueblo, de la aldea, ¿qué implica el gesto de insistir, tercamente a veces, en volver a habitar esos espacios que en algún momento se volvieron invivibles, perdidos, envenenados? Tenemos que aprender a volver ahí. Pero debemos identificar cuál es el verdadero territorio por repoblar. Es posible renombrar el mundo para desvenenar la tierra y volver a construir las condiciones para que la vida persista. Las violencias rompen comunidades, por eso reconstruirlas es una de las formas de des-trastocar el paisaje avasallado y sanar la destrucción y la estela de la fuerza. ¿Cómo se reconstruye el paisaje arrasado que es la psique de un futuro jardinero japonés? Regresar a las pequeñas cosas, los pequeños gestos. Con la presencia, con lo minúsculo, a veces. Con lo que nutre el cuerpo y la tierra. Deteniendo la fuerza imperiosa que avanza y rompe. Se reconstruye con el resguardo del espacio y el cuidado de lo que persiste. La tierra podrá arrasarse, destruirse toda, pero persiste como superficie y los humanos formaremos siempre comunidades de reconstrucción sobre ella. ¿Qué se hace con lo perdido? Para eso no hay respuesta. Se lo honra del modo en que cada quien pueda, supongo. **U**



CIUDADANA

FRAGMENTO

Claudia Rankine

Traducción de Yolandi Cruz Guerrero

Cuando estás sola y demasiado cansada como para encender alguno de tus dispositivos, te dejas llevar por un pasado almacenado entre tus almohadas. Generalmente estás acurrucada bajo las cobijas y la casa está vacía. A veces la luna está ausente y, más allá de las ventanas, ese otro techo gris y bajo parece alcanzable. Su luz oscura se atenúa gradualmente, según la densidad de las nubes, y vuelves a caer en lo que se reconstruye como metáfora.

A menudo, la ruta es asociativa. Hueles bien. Tienes doce años y asistes a la escuela Saints Philip and James en la calle White Plains y la niña sentada en el asiento de atrás te pide que te inclines hacia la derecha durante los exámenes para poder copiar lo que escribiste. Sor Evelyn acostumbra pegar las mejores calificaciones y las reprobadas en las puertas del ropero. La niña es católica y el pelo largo castaño le llega hasta la cintura. No puedes recordar su nombre: ¿Mary? ¿Catherine?

Nunca platican realmente, salvo por la vez que te hace su petición, y más tarde, cuando te dice que hueles bien y que tus rasgos son más como de persona blanca. Asumes que te está dando las gracias por dejarla hacer trampa y que se siente mejor copiándole a una persona casi blanca.

Sor Evelyn nunca descubre el acuerdo entre ustedes, tal vez porque tú nunca volteas para copiar las respuestas de Mary Catherine. Sor Evelyn debe pensar que estas dos chicas piensan igual o será que le importa menos que copien y más la humillación o será que ni siquiera se percató de que estabas sentada allí.

Ciertos momentos envían adrenalina al corazón, secan la lengua y tapan los pulmones. Como un trueno, te ahogan en el sonido; no, más como un rayo, te atraviesan la laringe. Tos. Después de que sucedió, me quedé sin palabras. ¿Que no has dicho esto tú misma? ¿No le has dicho esto a una amiga cercana, que al principio de su amistad, cuando estaba distraída, te llamaba por el nombre de su ama de llaves negra? Supusiste que ustedes dos eran las únicas personas negras en su vida. Finalmente dejó de hacerlo, aunque nunca reconociera su desliz. Tú nunca le llamaste la atención (¿por qué no?) y, sin embargo, no lo olvidas. Si esto

fuera una tragedia doméstica, y bien podría serlo, este sería tu defecto fatal: tu memoria, contenedor de tus sentimientos. ¿Te sientes herida porque es uno de esos momentos de "todos los negros se ven iguales" o porque te confunden con alguien más incluso siendo tan cercanas?

Una sensación de inquietud mantiene el cuerpo al frente y al centro. Las palabras incorrectas entran en tu día como un huevo podrido en la boca y el vómito se escurre por tu blusa, una humedad que jala tu estómago hacia la caja torácica. Cuando miras alrededor solo que-



Barbara Jones-Hogu, *Untitled (Land Where My Father Died)*, 1968. ©Cleveland Museum of Art

das tú. Tu asco por cómo hueles, por lo que sientes, no te levanta, no de inmediato, porque reunir energía se ha convertido en una tarea en sí misma, con necesidad de su propio argumento. Algo te recuerda una conversación reciente, en la que comparabas las ventajas de las oraciones construidas implícitamente con "sí, y", en lugar de "sí, pero". Tú y tu amiga decidieron que "sí, y" es testimonio de una vida sin salidas, sin rutas alternas: te fuerzas a levantarte, pronto la blusa ya está enjuagada, es otra semana, la blusa está debajo de tu suéter, contra tu piel, y hueles bien.

La lluvia de esta mañana baja desde las canaletas y en todas las demás partes se pierde entre los árboles. Necesitas tus lentes para señalar lo que sabes que está allí porque la duda es implacable; te pones tus lentes. Los árbo-

les, su corteza, sus hojas, incluso las muertas, resplandecen más ya húmedas. Sí, y está lloviendo. Cada momento es así: antes de que pueda ser conocido, categorizado como similar a otra cosa y descartado, tiene que vivirse, tiene que ser visto. ¿Qué acaba de decir él? ¿Realmente ella acaba de decir eso? ¿Habré escuchado lo que creo que escuché? ¿Eso acaba de salir de mi boca, su boca, tu boca? El momento apesta. Aun así quieres dejar de mirar los árboles. Quieres salir y pararte entre ellos. Y aunque la lluvia parece ligera, te llueve sobre mojado.

Estás en la oscuridad, en el auto, viendo cómo la velocidad se traga la calle negra de chapopote; él te dice que su decano lo obliga a contratar a una persona de color cuando hay tantos buenos escritores en el mundo.



Johnny Silvercloud, de la serie *Black Life*, 2014. Flickr ©

Él te dice que su decano lo obliga a contratar a una persona de color cuando hay tantos buenos escritores en el mundo.

Piensas que tal vez esto es un experimento y que te están probando o que te están insultando retroactivamente o que has hecho algo que comunica que esta es una conversación aceptable.

¿Por qué te sientes cómodo diciéndome esto? Desearías que el semáforo cambiara a rojo o que sonara una sirena de policía para poder frenar de golpe, chocar contra el auto de enfrente, salir volando hacia adelante tan rápido que de golpe sus dos caras quedaran expuestas al viento.

Como de costumbre dejas pasar el momento; como es de esperarse, se retracta de lo que fue dicho anteriormente. No es solo que la confrontación produzca dolor de cabeza; también es que tienes un destino que no incluye actuar como si este momento no pudiera ser habitable, como si no hubiera sucedido antes y como si el antes no fuera parte del ahora, cuando la noche oscurece y el tiempo entre donde estamos y hacia dónde vamos se acorta.

Cuando llegas a la entrada de tu casa y apagas el automóvil, te quedas detrás del volante otros diez minutos. Temes que la noche se guarde y se codifique a un nivel celular y deseas que el tiempo funcione como un lavado a presión. Sentada allí mirando la puerta cerrada del garaje, te acuerdas de que un amigo te contó que existe un término médico —John Henryismo— para las personas expuestas al estrés derivado del racismo. Se superan a sí mismos hasta la muerte, intentando sacudirse la acumulación de la borradura. Sherman James, el investigador que inventó el término, afirmó que los costos fisiológicos eran altos. Esperas que al sentarte en silencio contrarrestes la tendencia.

Como después de un año de viajes alcanzaste el estatus élite en la aerolínea, ya te acomodaste en el asiento de la ventanilla de United Airlines, cuando una hija y su madre llegan a tu fila. La hija, mirándote, le dice a su madre: Aquí están nuestros asientos, pero esto no es lo que esperaba. La respuesta de la madre es apenas audible: Ya veo —le dice—, yo me siento en medio.

Una mujer que no conoces quiere almorzar contigo. Estás visitando su campus. En la cafetería las dos piden ensalada César. Esta coincidencia no es el comienzo de nada porque inmediatamente señala que ella, su padre, su abuelo y tú asistieron a la misma universidad. Ella también quería que su hijo fuera allí, pero por culpa de la acción afirmativa, o por no sé qué de las minorías —no está segura de cómo se le dice hoy en día, y ¿no se supone que ya iban a superar eso?— su hijo no fue aceptado. No estás segura de si se supone que debes disculparte por esta falla del “programa de legado” de tu alma máter. Mejor preguntas dónde terminó su hijo. La prestigiosa escuela que menciona no parece aliviar su irritación. Este intercambio verbal, en efecto, termina su almuerzo. Las ensaladas llegan.

Una amiga argumenta que los estadounidenses luchan entre el “ser histórico” y el “ser ser”. Con esto quiere decir que ustedes interactúan principalmente como amigas con intereses similares y, en gran parte, personalidades compatibles; sin embargo, algunas veces sus seres históricos, su existencia como blanca y tu existencia como negra, o su existencia como negra



Barbara Jones-Hogu, de la serie *Unite* (detalle), 1969.
©Cleveland Museum of Art

y tu existencia como blanca, llegan con toda la fuerza del posicionamiento estadounidense de ambas. Entonces se encuentran cara a cara en segundos que les borran las sonrisas agradables de las bocas. ¿Qué dijiste? Instantáneamente su vínculo parece frágil, endeble, sujeto a cualquier transgresión de su ser histórico. Y aunque se supone que la unión de sus historias personales debería salvarlas de malentendidos, generalmente hace que entiendas perfectamente bien lo que se quiere decir.

Tú y tu pareja van a ver la película *La guerra contra las drogas* (2012). Le pides a un amigo que recoja a tu hijo de la escuela. De camino a casa suena tu teléfono. El vecino te dice que está en su ventana viendo a un negro amenazante inspeccionando las casas de ambos. El tipo camina de un lado a otro, habla solo y parece perturbado.

Le dices a tu vecino que tu amigo, a quien él ya conoce, está de niño. Él dice no, no es él. Conoce a tu amigo y este no es ese agradable joven. De todos modos, quiere que sepas, ya llamó a la policía.

Tu pareja le marca a tu amigo y le pregunta si hay un tipo caminando de un lado a otro en frente de tu casa. Tu amigo dice que si alguien estuviera afuera, lo vería porque él está afuera. Escuchas las sirenas a través del altavoz. Tu amigo está hablando con tu vecino cuando llegas a casa. Las cuatro patrullas ya no están. Tu vecino ya se disculpó con tu amigo y ahora se disculpa contigo. Sintiendo algo responsable por las acciones de tu vecino, le dices torpemente a tu amigo que la próxima vez que quiera hablar por teléfono debería ir al patio trasero. Él te mira un largo minuto antes de decir que puede hablar por teléfono donde le dé la gana. Sí, por supuesto, dices. Sí, por supuesto.

Cuando el extraño pregunta ¿qué te importa?, solo te quedas mirándolo fijamente. Acaba de referirse a los adolescentes ruidosos en Starbucks como *niggers*. Oye, ¿qué no me ves aquí parada?, respondiste, sin esperar necesariamente que él se volteara hacia ti.

Él sostiene el vaso desechable con tapa en una mano y una pequeña bolsa de papel en la otra. Solo se están comportando como niños. Oye, no hace falta que te pongas todo Klu Klux Klan con ellos, dices.

Ya vas a empezar, responde.

Las personas que te rodean han dejado de ver sus pantallas. Los adolescentes están en pausa. ¿Ya voy a empezar?, preguntas, sintiendo que la irritación va a desatarse. Sí, y algo de escucharte a ti misma repitiendo la acusación de este extraño en una voz generalmente reservada para tu pareja, te hace sonreír.

Un hombre aventó a su hijo en el metro. Sientes tu propio cuerpo estremecerse. Él está bien, pero el hijo de puta siguió caminando como si nada. Ella dice que le agarró el brazo al extra-

ño y le dijo que se disculpara: Le dije que mirara al niño y se disculpara. Sí, y quieres que todo se detenga, quieres que vean al niño empujado en el suelo, que lo ayuden a ponerse de pie, que le quite el polvo la persona que no lo vio, que nunca lo ha visto, que quizás nunca ha visto a nadie que no sea un reflejo de sí mismo. Lo bello de todo esto es que un grupo de hombres se paró detrás de mí, como una cuadrilla de guardaespaldas, dice ella, como tíos y hermanos recién encontrados.

La nueva terapeuta se especializa en terapia para responder al trauma. Solo han hablado por teléfono. Su casa tiene una puerta al costado que conduce a una entrada trasera para los pacientes. Caminas por un sendero bordeado en

ambos lados por liendrilla de venado y romero hasta la puerta, que resulta estar cerrada.

En la puerta principal, el timbre es un pequeño disco que presionas con firmeza. Cuando finalmente se abre la puerta, la mujer que está parada allí grita a todo pulmón: ¡Aléjate de mi casa! ¿Qué estás haciendo en mi jardín?

Es como si un dóberman herido o un pastor alemán hubiera adquirido el poder del habla. Y aunque te alejas unos pasos, logras decirle que tienes una cita. ¿Tienes una cita?, te escupe de vuelta. Luego hace una pausa. Todo pausa. Ah, dice ella, y luego, ah, sí, es cierto. Lo siento. Lo siento mucho, lo siento tanto, tanto. **U**

Claudia Rankine, *Ciudadana*, Antilope / Surplus, Ciudad de México está próximo a publicarse.



Johnny Silvercloud, de la serie *Black Life*, 2014. Flickr ©

LOS CALCETINES SOLITARIOS

una historia sobre
bullying

TEXTO
LUIGI
AMARA

ILUSTRACIONES
TRINO



sextopiso



En el cajón de clases, saludó a Medias Amarillas y a Motas Blancas, que jugaban a saltar la cuerda, pero no le hicieron el menor caso.



En su pupitre, mirando la nuca remendada de Calcetón, pensó en lo que le sucedería si llegaba a acusarlos.

Se dejó llevar tanto por la imaginación, que incluso vio el pequeño ataúd en forma de «L» que le tendrían reservado.



En el recreo, Remendado y Peto formaron equipos para jugar una cascarita. Él ya estaba acostumbrado a ser el último, el desecho que todos evitan, la sobra que rueda sin ton ni son porque no queda más remedio. Sin embargo, esta vez fue diferente. Nadie lo escogió.

El partido iba ya 2-2, y él seguía de pie en medio de la cancha, como el poste desconcertado de una portería que se rompió hace tiempo.

¡QUE INJUSTICIA
Y CONFUSIÓN!
YO SOY PLANO Y
CIRCUNSPECTO,
¿ME VEN CARA DE
BALÓN?





¿SERÁ
POR MIS ABSURDAS
RAYAS? ¿PORQUE
DETESTO LOS PIES?



¿NO TE PARECE
QUE POR ALLÍ
HAY UN
MOSQUITO
ZUMBANDO?

Era la clásica, estremecedora y siempre contundente Ley del Hielo. Bocas cerradas con algo más que pegamento, indiferencia a prueba incluso de los mejores chistes. Si en lugar de su voz Petete hubiera emitido un estruendo de trompeta, nadie se habría molestado en voltear. Ahora era un calcetín invisible.



Petete se arrastró debajo de la cama. Botón, que venía rodando de muy mal humor, no tardó en alcanzarlo.



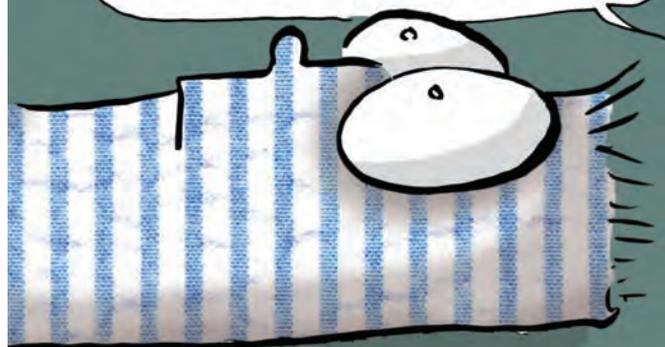
¡DESPRECIABLES!
¡MENTECATOS!
¡YA VERÁN, LOS
LANZARÉ AL CAJÓN
DE LOS **GATOS!**



Pelusa entendió que no era momento de planear venganzas, así que se quedó callada y pensativa, acumulando polvo.

Mientras contemplaba los resortes del colchón, Petete se preguntaba qué había hecho mal, por qué lo trataban como a una jergaapestosa. Botón, que quizá le leyó el pensamiento, dijo de pronto:

NO ERES TÚ, ¡SON SIEMPRE ELLOS!
COMO NO SABEN QUÉ HACER, ¡TE JALAN DE LOS **CABELLOS!**



Estaba decidido a irse. Tal vez su hermano gemelo sufriría un poco los primeros días, pero, bueno, tampoco es que se hubiera desvivido por ayudarlo.

No sabía si confesarle a Botón lo que sentía. Él, que de joven había servido en el chaleco de un profesor medio extravagante, a veces salía con acertijos incomprensibles, que sólo enredaban más las cosas. Pero apenas empezó a plantear vagamente el asunto, Botón le dijo con toda claridad...





EL ALGORITMO DE LA VIOLENCIA

Cristina Marcano

¿Por qué sigues viva? Envuelta en la nebulosa de la más temprana adolescencia, Rebecca Sedwick no supo qué hacer, ni cómo buscar ayuda. Su respuesta fue un salto al vacío desde la torre de una vieja fábrica de cemento. Durante meses, las redes sociales habían replicado mensajes similares enviados por niñas de su misma edad: doce años. ¿Por qué no tomas cloro? Todo estuvo al alcance de su pantalla: los mensajes violentos y puntuales, instrucciones precisas para no seguir viviendo. Rebecca quedó atrapada en la noria digital como una pequeña mosca en una telaraña. Y ningún algoritmo pudo ayudarla a salir de otra manera.

Su historia era excepcional en 2013, cuando sucedió, pero ya no resulta tan extraña. Ha venido repitiéndose puntualmente con otros nombres. Cada vez con mayor frecuencia, la violencia digital se sale de la pantalla y rebota en el mundo *offline*. Y viceversa. Tampoco parecen raros los ataques y las extorsiones virtuales. Ni los linchamientos en línea, aunque todavía no deja de sorprenderme que un rumor en las redes pueda tener un desenlace violento en la vida real. Como el asesinato de dos hombres inocentes golpeados por una turba en Acatlán (Puebla), tras ser acusados de robar niños en un mensaje de WhatsApp que circuló —sin fundamento, ni dudas— cuando no había ni un solo caso de secuestro en el pueblo.

Pero no todas las agresiones en línea terminan tan trágicamente. De hecho, la mayoría se reproduce como si nada, de la manera más rutinaria. Hay millones de víctimas anónimas de un odio silvestre, menos

mortífero pero igualmente visceral. Un odio mediado por la tecnología, más difuso, amplio y generalizado. La ciberviolencia nuestra de cada día, algo común y corriente como el pronóstico del tiempo. Diariamente, en México se difunden a través de las redes sociales entre quince y veinte mil mensajes violentos por razones de género, apariencia física y orientación sexual, según estimaciones del Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación en la Ciudad de México (COPRED). Las principales víctimas son niños, jóvenes y mujeres.¹

Las redes sociales son un ring colectivo donde muchos boxeadores se golpean simultáneamente, sin árbitro ni reglas. Y, a la vuelta de un clic, podemos convertirnos en espectadores involuntarios de la pelea aunque no nos guste el boxeo. ¿Cuántas veces en la rutina del *scroll* nos han salpicado el sudor y la sangre? El odio virtual se puede ejercer fácilmente y sin mayores riesgos. No requiere audacia ni coraje. Es parte del ecosistema informático.

La violencia cibernética es, también, amplia y horizontal. Se ensaña particularmente con ciertos blancos por las diferencias de siempre: origen étnico o nacional, el sexo, las preferencias sexuales y la religión. Las clásicas víctimas del odio atávico. O, simplemente, por alguna de sus características físicas o su forma de vida, condición social o económica, preferencia política o gustos. No es un fenómeno marginal. Casi dieciocho millones de mexicanos (cerca del 21.4 por ciento de los internautas) sufren ataques digitales. La mitad, ofensas y críticas por alguna de sus características físicas o su forma de vida, condición social o económica.²

Pero, en realidad, nadie está a salvo. Los mensajes de odio pueden dispararse en cualquier momento contra quien sea por razones inesperadas: una opinión, una fotografía, un video, un audio. No es necesario que roce algún tema polémico. En las redes sociales, más que en la vida real, es posible odiar y ser odiado por perfectos desconocidos.

¿Es la violencia en línea un reflejo de lo que sucede en la sociedad? Algunos sostienen que el problema no es la tecnología, sino los usuarios. La naturaleza humana. Como si las plataformas fueran cooperativas que dependieran únicamente de sus miembros. Ha habido incluso propuestas serias para educar



©Butcher Billy, cartel para *Black Mirror*, *Nosedive*, 2016

¹ COPRED, Boletín 161/2020, publicado el 16 de noviembre de 2020. Disponible en <https://bit.ly/3caBF9R>

² INEGI, "Comunicado de prensa 364/22", 2022. Disponible en: <https://bit.ly/3QXPTJQ>

Si vemos contenido tóxico es porque resulta rentable. Porque vende. Nos atrapa.

a la “ciudadanía digital”. Algo que, por sí solo, aisladamente, libra de toda responsabilidad a las empresas tecnológicas y luce imposible ante una masa informe —casi cinco mil millones de personas (el 64.5 por ciento de la población mundial)— cuyo único punto en común es el acceso a internet.

¿En realidad nos odiamos tanto y con tanta pasión? ¿Nos exaltamos automáticamente al conectarnos? ¿La violencia en línea se reproduce de manera espontánea? ¿Cómo aterrizan en nuestras pantallas los mensajes más agresivos y los contenidos más tóxicos sin buscarlos? ¿Estamos viendo lo que queremos ver o lo que un algoritmo decide mostrarnos? Una cosa es la violencia, su origen. Y otra, su difusión.

Fue en 1994 cuando por primera vez escuché el término “Superautopista de la información” en boca de uno de los profetas más activos de Internet, el senador estadounidense Al Gore, en una sala de conferencias de Buenos Aires. Entonces aquello sonaba más a relato de ciencia ficción. Parecía imposible que estuviera a la vuelta de la esquina y que pronto nos atraparía para convertirse en algo imprescindible. Ahora nos parece imposible vivir sin conectarnos. Si no estás en las redes, no existes, no cuentas.

En aquella época, había límites claros entre el periodismo y cualquier cosa que no lo fuera. No existía el término *viral* para designar un contenido muy popular. Las noticias falsas eran simplemente mentiras impublicables y el amarillismo estaba confinado a los panfletos de crónica roja. No había tribuna para una criatura imposible de concebir sin las redes: el ha-

ter. Tres décadas después, no es fácil distinguir. Todo, bueno o malo, cabe en la web, junto y mezclado en ese enorme globo gratuito de contenidos.

Internet puede ser también un espejismo. Uno piensa que está asomándose al mundo a través de la pantalla cuando, en realidad, lo más probable es que estemos entrando en un túnel. Basta que me detenga unos segundos en un video de gatos en Instagram para que en mi cuenta lluevan animales de todo tipo. Vivos,



©Fabiola Espiga, *Sepect 20*, 2020. Cortesía de la artista

heridos o muertos. Lo mismo sucede con la violencia.

Las redes sociales apuestan a la impulsividad, a los reflejos inmediatos, a la reacción más instintiva. Y les va de maravilla. Si vemos contenido tóxico es porque resulta rentable. Porque vende. Nos atrapa. Ya sea por morbo o indignación. Produce lo que las redes buscan: interacción entre los usuarios. No es inusual que se compartan encabezados sensacionalistas sin antes haberse leído el contenido.



Las redes no son plazas públicas donde todos podemos encontrarnos. Son un negocio que opera básicamente explotando las emociones, incluidos el odio, la burla, la violencia. Un gran negocio que se rige por una simple ecuación comercial: a más usuarios y más tráfico, mayor publicidad y más ganancias. Son las empresas tecnológicas —no nosotros— las que determinan la dinámica de las redes sociales en base a sus intereses económicos.

La clave es precisamente que la masa se enganche impulsivamente a la red. El sistema está diseñado para propagar los contenidos más atractivos: bromas inocentes o crueles, disputas triviales o importantes, chismes o teorías absurdas, memes y mentiras disfrazadas de noticias. O meras estupideces que, en no pocas ocasiones, son replicadas por periódicos rendidos a la banalidad: "Critican a enfermera curvilínea por usar uniforme muy ajustado y ella se defiende".³

Las fronteras se diluyen cada vez más. No es fácil distinguir la información periodística. En lugar de marcar la diferencia, muchos medios tradicionales ceden a la tentación de imitar a las redes para ganar más clics. Contribuyen a la confusión como si se hubieran extraviado al salir de sus formatos. Algunos han adoptado incluso la ligereza digital. "Pelean mujeres a golpes por agua", un video de más de un minuto donde la noticia no es la sequía sino la trifulca.⁴ O: "Fue al médico por una infección estomacal, pero era un cáncer colorrectal. Esta es la historia".⁵ ¿Por qué no, si sobra el espacio y es preciso atraer más usuarios?

³ Disponible en <https://www.milenio.com/virales/enfermera-es-criticada-por-usar-uniforme-ajustado-y-se-defiende>

⁴ Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=xLaOwEKrnqM>

⁵ Disponible en https://twitter.com/eltiempo/with_replies?lang=es



©Butcher Billy, cartel para *Black Mirror*, *Be Right Back*, 2016

En la jungla virtual vale todo. Se puede ver el video de una “joven madre de cuatro niños que decidió cortarse las venas” en Facebook, juegos que incluyen violencia en Youtube, un dúo que romantiza el suicidio en tono de hip hop o un clip que sublima la violencia doméstica. La fauna digital incluye *haters* y *trolls*, cuentas falsas y *bots*. No es secreto que en Twitter los *bots* distorsionan la discusión y manipulan las tendencias y las etiquetas (*Hashtags*). Según un análisis de doscientos millones de tweets de la Universidad Carnegie Mellon, el 45 por ciento de los mensajes sobre el Covid-19 provenía de *bots*, al menos durante los primeros seis meses de la pandemia.⁶

⁶ “Casi la mitad de lo tuiteado sobre Covid-19 lo harían cuentas *robots*”. *Voz de América*, 2020. Disponible en https://www.vozdeamerica.com/a/coronavirus_eeuu-estudios-twitter-cuentas-robots-coronavirus/6063285.html

“La ira y el odio son la forma más fácil de crecer en Facebook”, denunció Frances Haugen, exgerente de la empresa que filtró documentos a la prensa en 2021, en lo que se conoce como *Facebook Papers*. La red ha causado daños sin remordimiento. A plena conciencia.

Según *The Washington Post*, en un momento Facebook se planteó eliminar el ícono “Me gusta” al comprobar que puede producir ansiedad y afectar la salud mental de los más jóvenes, pero decidió dejarlo porque, si lo quitaba, los usuarios interactuarían menos con los anuncios. También usó los íconos para impulsar contenidos más emotivos, indignantes incluso. A partir de 2017, para el algoritmo los emojis eran cinco veces más valiosos que los “Me gusta”. Pesaba más el enojo que el agrado. Cuando varios empleados “descubrieron que el algoritmo estaba exacerbando los daños, abogaron por ajustes que podrían ayudar. Pero esas propuestas a veces fueron anuladas”.⁷ Todas las plataformas procuran lo mismo que Facebook: que sus usuarios se mantengan enganchados el mayor tiempo posible sin importar si el contenido es agresivo.

El ideal: la adicción a las redes sociales, el *junkie* digital. La necesidad imperiosa de conectarse varias veces cada día. El miedo a perderse algo que lleva a zambullirse en la pantalla de manera compulsiva es ya tan común que en Estados Unidos se le conoce simplemente como FOMO, por las siglas de *Fear of Missing Out*.

[vozdeamerica.com/a/coronavirus_eeuu-estudios-twitter-cuentas-robots-coronavirus/6063285.html](https://www.vozdeamerica.com/a/coronavirus_eeuu-estudios-twitter-cuentas-robots-coronavirus/6063285.html)

⁷ Jeremy B. Merrill y Will Oremus. “Five points for anger, one for a ‘like’: How Facebook’s formula fortered rage and misinformation”. Disponible en <https://www.washingtonpost.com/technology/2021/10/26/facebook-angry-emoji-algorithm/>

¿Cómo frenar la violencia —artificial y real— en línea? ¿Pueden hacer algo las plataformas para impedir los linchamientos virtuales, aparte de pedir a los usuarios que denuncien? ¿Cuántos bots habrán animado, a principios de agosto, el ensañamiento contra un adolescente de quince años que encabezó por varios días las tendencias de Twitter en México? ¿Hasta dónde llega la responsabilidad de las plataformas por difundir mensajes violentos?

¿Es posible que TikTok se desentienda de haber alojado un peligroso reto que ha costado la vida de varios menores? La Organización Social Media Victim Law Center ha acusado a la red más popular entre los jóvenes de homicidio culposo por la muerte de dos niñas estadounidenses, de ocho y nueve años, que se estrangularon siguiendo el desafío Blackout Challenge.⁸

Durante mucho tiempo, las empresas se han lavado las manos y se han escudado en la libertad de expresión para no intervenir. Las críticas que esto genera han hecho que empleen moderadores y diseñen programas para eliminar cuentas falsas y contenido tóxico. Sin embargo, no es suficiente. El algoritmo de Facebook apenas borró entre el 3 y el 5 por ciento de los mensajes de odio y sólo el 0.6 por ciento de los que vulneraron las reglas de violencia, según el diario *The Wall Street Journal*.⁹

Todo indica que el *laissez faire* no durará mucho. Al menos cuarenta países discuten iniciativas para regular los contenidos violentos con sanciones a usuarios y empresas. En Ja-

pón, un insulto digital puede costar hasta un año de cárcel, mientras que en Inglaterra las plataformas podrían ser multadas con hasta el 10 por ciento de su facturación global.

No ha de ser sencillo controlar los mensajes que emiten miles de millones de usuarios. Nada más en Twitter se publican 350 mil tweets por minuto. Facebook borró mil 300 millones de cuentas falsas el último trimestre de 2021. Pero tampoco parecía fácil la fantasía de la que hablaba en 1994 el profeta Gore. Tal vez no sea posible eliminar el odio, pero sí dejar de amplificarlo intencionalmente para calentar las redes sociales. Las empresas tecnológicas tendrán que enfrentar el desafío de controlar a su propio monstruo de Frankenstein. **U**



©Fabiola Espiga, *Too close*, 2021. Cortesía de la artista

⁸ Disponible en <https://socialmediavictims.org/tiktok-lawsuit/>

⁹ Deepa Seetharaman, Jeff Horwitz y Justin Sheck. "Facebook says AI will clean up the platform. Its own engineers have doubts". Disponible en <https://www.wsj.com/articles/facebook-ai-enforce-rules-engineers-doubtful-artificial-intelligence-11634338184>





“LO FRÁGIL E IMPREDECIBLE DE UN MUNDO QUE AÚN ESTÁ POR HACERSE”¹

Daniela Rea y Mariano V. Osnaya

DANIELA. YA NO QUIERO HABLAR DE LA VIOLENCIA

Hace unas semanas, durante una conversación, una amiga habló del futuro de las niñas: “cuando vayan a la universidad...” Me di cuenta de que soy incapaz de imaginar un futuro para ellas, no me alcanza la posibilidad de la vida para imaginarlas crecer, terminar la primaria, llegar a la prepa, elegir una carrera y una universidad. Mis hijas tienen ocho y cinco años, y al menos durante los últimos tres me he visto como una sombra sobre sus vidas y sus posibilidades. Pero ellas también podrían ser todas las niñas del mundo y también nuestro presente y futuro como personas adultas.

Soy periodista y aprendí a mirar lo malo de la vida. O, por decirlo de una manera más justa, aprendí a relacionarme de forma *consciente* o *crítica* con la vida y trasladé esa forma de relación a la crianza. La intención de criar infancias conscientes de los desafíos y peligros del mundo tiene el riesgo de generar sobre ellas una sensación de desprotección: puedes perder a tu familia, desaparecer, quedarte sin agua, sin casa, perderlo todo en los treinta segundos que dure un sismo, pueden matarte.

¹ Este título es una frase de la novela *Severiana* de Ricardo Chávez Castañeda FCE, CDMX, 2010.

◀ Herbert Katzman, *Painter's Family*, 1961. ©Smithsonian American Art Museum

Michael Ende describió como “perfectamente absurdos” los esfuerzos de las personas adultas por incidir en la construcción de infancias “críticas”, pues solo “traspasan a los niños su propio relativismo intelectual y su propia impotencia para encontrar valores vitales”. Nuestra sensación de catástrofe, de certeza del fin de las cosas y de la imposibilidad de alternativas es mucho menos que aguda, racional o lúcida; en todo caso, es ingenua, porque asume el desamparo, la incapacidad de mirar más allá de un horizonte propio e individual.

Estamos muy asustados y transmitimos nuestro miedo con la excusa de ser responsables e inculcar un sentido crítico en nuestros hijos y así estamos fomentando la construcción de narrativas que arrebatan la confianza que ellos necesitarán para crecer con fuerza y alegría,

me dijo Rafael Mondragón, filólogo y académico de la Universidad Nacional Autónoma de México. Con él hablé de mi intención de criar niñas conscientes de las dificultades de la vida y, como consecuencia, ser una nube sombría sobre ellas.

Esa intención —me dijo— habla más de nuestra frustración y nuestra dificultad de asumir lo que ellas necesitan de nosotros y del mundo. Ante la posibilidad de una situación catastrófica que pareciera arrebatarnos la agencia de las manos, vale la pena recordar que frente a las hijas, los hijos, nuestro trabajo también tiene que ver con arropar.

Lo había olvidado.

¿Cómo crear entonces narrativas sobre el mundo y la vida menos violentas para la infancia?

II. MARIANO. MEMORIA Y CATÁSTROFE

Conocí a Daniela cuando edité su documental *No sucumbió la eternidad*. El título que eligió parte de un verso de Raúl Zurita que describe cómo la dictadura chilena desaparecía a opositores y disidentes. Desde que trabajamos juntos, mantenemos conversaciones sobre las formas de narrar la violencia, la injusticia y, muchas veces, el horror. Casi siempre, al final de nuestras pláticas, quedamos con una sensación de zozobra y nos preguntamos si vale la pena seguir contando esas historias, ¿para qué?

Me pregunto si no hacen más que ahondar en el dolor de quienes las han padecido. Lo cierto es que sí profundizan nuestro dolor y la sensación de que no hay alternativas. Simplemente nos hacen perder la esperanza e imaginar la catástrofe. Como dice Žižek, siempre es más fácil imaginar el fin del mundo en lugar de una opción más modesta, por ejemplo, el fin del capitalismo. ¿Tan solo es falta de imaginación o hay otros obstáculos que nos impiden pensar la utopía en lugar de la distopía?

Quizá todo venga de más atrás o de otro sitio. Pienso en la concepción occidental de la memoria y cómo está ligada a la catástrofe. Una tradición griega, que nos narra Cicerón, atribuye a Simónides de Ceos la invención del arte de la memoria, es decir, de la técnica para poder recordar mejor o con mayor eficacia.

El relato dice que, en una ocasión, un noble de Tesalia le pidió a Simónides que cantara un poema en honor a los huéspedes en su mansión, a quienes agasajaba con un banquete. El poeta declamó y mencionó a cada uno de los invitados sentados en la mesa. El poema también evocaba a Cástor y Pólux, dioses guerreros por excelencia. El noble, de manera mezquina, solo le pagó la mitad de lo acordado y



©Adriana de la Rosa, *Capítulo nueve. Tarot para el fin del mundo, un apocalipsis de colores*, 2016-2019. Cortesía de la artista

dijo que le pidiera el resto a los dioses a quienes había dedicado sus versos. Entonces, un joven sirviente entró al banquete y dijo que alguien llamaba en el patio a Simónides. El poeta salió de la mansión. De pronto, el techo de la casa donde se encontraban los huéspedes y el noble se desplomó. El único sobreviviente fue el poeta. Se cuenta que los cuerpos de los invitados quedaron tan destrozados que fue imposible reconocerlos. Solo fue posible hacerlo gracias a que Simónides había memorizado el lugar exacto donde se encontraba cada uno de los huéspedes.

Para Cicerón lo de menos son los muertos y el derrumbe. Lo que le interesa es que la técnica de la memoria precisa una concepción espacial, casi arquitectónica, con la cual podamos alojar o guardar las cosas que luego necesitaremos recordar. Solo porque el poeta se percató de la disposición y ubicación de los huéspedes en la mesa pudo recordar tan bien

a cada uno de ellos. Es como si la utilidad del arte de la memoria fuera la de mantenernos siempre alertas ante una posible catástrofe. Al no tener certeza de lo que pueda acontecer, sería bueno guardar con llave aquello que apreciamos. Si quisiéramos extraer una moraleja del relato de Cicerón, sería: ejercitar la memoria sirve para no olvidar el lugar donde se encontraban nuestros muertos segundos antes de que los vimos por última vez con vida.

Y ese recuerdo, siempre que lo expresamos, tiene la forma de una narración. Simónides no solo fue el único que pudo recordar los nombres y los lugares de los invitados, también fue el único testigo de lo acontecido y el único que pudo narrarlo. Recordar la catástrofe para narrarla, o anticiparla para evitarla: solo así podemos encontrar una especie de justificación para continuar contando historias de horror y solo así nos es posible entender que nos resulte más fácil imaginar lo peor, la distopía,

porque ella refleja hacia adelante las peores tormentas que hemos experimentado. Pero, ¿siempre tiene que ser de esa manera?

III. CRIAMOS EN EL DESCONCIERTO

No siempre hemos imaginado un porvenir catastrófico. Hubo épocas donde el optimismo era tal que Leibniz pudo escribir que vivíamos en el mejor de los mundos posibles. La modernidad europea supone, para los teóricos de esos años, un avance o mejoría respecto a las épocas precedentes. Esta es ya, a su manera, una mirada histórica, por muy ingenua que nos parezca ahora. Precisamente, solo a través de un trabajo historiográfico y de archivo podríamos contestarle al filósofo que su mundo soñado no es más que el reverso bien pensante de la barbarie. Al cepillar la historia a contrapelo encontramos, entre otras cosas, la colonización y el genocidio de mujeres como parte del proceso de acumulación originaria del capitalismo, según ha apuntado Silvia Federici. Historizando también aprendemos que esas épocas supuestamente oscuras, por ejemplo la mal llamada Edad Media, no lo fueron tanto. O sí, depende a quién se le pregunte. Algunas narraciones indican que, hacia el año 1030, debido al mal clima, no fueron posibles la siembra ni la cosecha, lo que produjo hambruna entre los más pobres.

Por eso tampoco sería correcto parafrasear a Leibniz y afirmar que vivimos en *el peor de los mundos posibles*.

En este pensar juntas, juntos, Rafael Mondragón nos propone una desdramatización de nuestro pasado, pensar nuestra historia más allá de México, el neoliberalismo y el capitalismo, desde la perspectiva de un camino colectivo que atienda las sutilezas históricas: no es lo mismo la hambruna hacia el final del año

mil a la hambruna y escasez artificial producida en el Londres de la Revolución industrial como la describe Jack London en "La gente del abismo",² el reportaje que publicó en 1903 luego de pasar unos meses disfrazado de vagabundo en el East End de la capital inglesa. En ese trabajo, que podría considerarse un ejemplo del actualmente llamado "periodismo gonzo", London narra cómo era común que la gente de la calle solo pudiera dormir durante las

² Jack London, La gente del Abismo, Titivillus.



©Adriana de la Rosa, Capítulo uno. Tarot para el fin del mundo, un apocalipsis de colores, 2016-2019.

Historizar nos ayuda a comprobar que nuestras crisis no han sido ni, al parecer, serán las peores.

tormentas, pues era el único momento en que la policía no los acosaba a golpes.

Esas escenas eran el día a día de una de las naciones más poderosas y desarrolladas de entonces.

Quizá una diferencia de nuestro panorama catastrófico respecto al de generaciones anteriores sea la consciencia del deterioro planetario que estamos produciendo. O quizá sea solo que nuestra escala ha cambiado y ahora es constante, cotidiana, en todos lados, a nivel cósmico. Historizar nos ayuda a comprobar

que nuestras crisis no han sido ni, al parecer, serán las peores. Y a la inversa, acudir a los relatos que nos preceden también nos ayuda a imaginar alternativas o escenarios diferentes.

Quizá entonces la pregunta no sea si es posible y cómo crear narrativas no violentas hacia la infancia como un acto vertical y unidireccional, sino atender a eso que la infancia misma convoca y sin lo cual no sería posible enfrentar el supuesto fin del mundo, que se renueva en cada generación: deseo y catástrofe. Hannah Arendt lo plantea en términos de la renovación de esos pactos con la apertura al porvenir:

no quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos, lo bastante como para prepararlos con tiempo para la tarea de renovar un mundo común.

Pensar, asumir que hay una esperanza nueva.

IV. CREAR UN MUNDO NO ES NADA FÁCIL

Es probable que las dificultades para imaginar la utopía estén relacionadas con cómo concebimos el tiempo. La concepción de la historia lineal y causal es una de las herencias más duraderas del cristianismo. A diferencia de esta, se trataría de construir un relato, una utopía que no distinga entre pasado, presente y futuro, es decir, que su temporalidad sea la del lenguaje y el ritmo.³ Un cuento que sepa re-



Cortesía de la artista

³ Sobre el lenguaje y el ritmo como potencia utópica, véase el ensayo introductorio de Silvana Rabinovich a *Escepticismo y mística* de Gustav Landauer (Herder, Ciudad de México, 2015).



©Adriana de la Rosa, *Capítulo seis. Tarot para el fin del mundo, un apocalipsis de colores*, 2016-2019. Cortesía de la artista

cordar a nuestros muertos y, al mismo tiempo, imaginar a las generaciones que vendrán. Como los comcáac del norte de México, para quienes todas sus reivindicaciones de justicia involucran también a seis generaciones adelante o atrás o presentes. Desaprender el tiempo lineal que se organiza desde el poder económico, el Estado y las instituciones a su cargo sería una de las tareas principales para narrar la utopía.

Quizá nos gusta volver a la historia de la Edad Media porque nos identificamos con ellos en el desconcierto y la incertidumbre, pero también en que ahí se gestaba al reverso de las peores vivencias. Mientras la hambruna, las enfermedades y la muerte diezaban a la población, en los monasterios los monjes enseñaban a leer a los estudiantes.

Para Hugo de San Víctor leer significaba recoger la cosecha, los frutos de las líneas de la página. La página puede referirse también a

las líneas que se trazan en los viñedos. “Mientras recoge el fruto de las hojas del pergamino, las voces *paginarum* caen de su boca; como un suave murmullo si van dirigidas a su propio oído, o *recto tono* si se dirige a la comunidad de monjes”.⁴ La lectura monacal siempre se pronunciaba, ya sea en voz alta o como un bisbiseo, como si se rumiaran los frutos de la lectura. El cuerpo también se balanceaba un poco, casi a la manera como hoy se lee el Corán en las mezquitas. Esto provocaba que la lectura fuera un ejercicio extenuante, no recomendable para monjes enfermos, débiles o ancianos. A los niños se les enseñaba a leer, primero, por el oído a través de la repetición diaria de los salmos, recitados de manera rítmica con ayuda de fórmulas verbales breves asociadas con diferentes posturas del cuerpo.

⁴ Iván Ilich, *En el viñedo del texto*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, p. 78.

Luego, una vez memorizados los salmos y con ello el latín, aún sin saber el significado, aprendían sus palabras trazándolas con el estilo sobre una tabla untada con miel.

El profesor pronunciaba cada sílaba por separado y los alumnos las repetían en un coro de sílabas y palabras... Las palabras simples del latín se graban en el oído del alumno como una secuencia de sílabas. Pasan a convertirse en parte de su sentido del tacto, que recuerda el movimiento de la mano al marcarlas sobre la cera. Y también aparecen como trazos visibles que se graban en el sentido de la vista. Labios y oídos, manos y ojos se unen para modelar la memoria del alumno para las palabras del latín.⁵

Este tipo de enseñanza de la lectura se perderá con el correr de los años, sin embargo, tiene la semilla de lo que será posteriormente la cultura del libro, de las transformaciones del latín en las diferentes lenguas romances, etcétera. Y ahí radica su potencial utópico. Es como si detrás de cada catástrofe, como en el reverso de un tejido, se escondiera una promesa utópica, la cual, de hecho, está sucediendo.

Ricardo Chávez Castañeda escribió en su novela *Severiana* la historia de la desaparición repentina de niños y niñas; sus padres y madres reaccionan con miedo y prohibiciones para proteger a quienes aún quedan. "Nuestros padres estaban demasiado ocupados en protegernos como para mostrarnos otro tipo de cariño", dice uno de los personajes. Los niños, aislados en sus casas, descubren que pueden encontrarse a través de la lectura y crear un mundo más allá de los miedos adultos. Mientras tememos, ellas y ellos confían. La confian-

za es quizá el ingrediente esencial de la inocencia, que en una de sus raíces etimológicas podría entenderse como "la incapacidad de oler el mal".

En *Severiana* los niños y niñas habitan ese espacio de la inocencia y juegan, exploran, van a tientas, ven las cosas aparecer. Pronuncian palabras sin intención, adjetivos que no tienen donde posarse y revolotean como mariposas hasta que alguien dice un sustantivo, miran aparecer un puente de cristal rebelde frente a sus ojos. "Lo frágil e impredecible de un mundo que aún está por hacerse", reflexionan con la emoción de lo incierto mientras deciden qué palabras decir, cuáles callar. "Yo salvaría palabras como *amor*, *belleza* o *sabiduría* pero sé que son palabras difíciles de transportar porque prometen algo sin decirlo", dice una de las personajes.

Y en esa conversación que sucede en el encuentro para crear un mundo nuevo, las niñas y los niños descubren que la existencia de esas palabras exige el deseo y el compromiso de hacerlas existir. Y ese compromiso solo puede existir en colectivo. Desplazarse a un lado del yo de la enunciación y a la experiencia propia, privada e individualista para dar paso a escuchar las otras experiencias.

Si, en parte, el lenguaje nace en estar y compartir lo que va naciendo, es ahí también, en esa atención a lo que compartimos, que hacemos evidente el pacto al que apela Hannah Arendt, el que nos ha permitido renovarnos generación tras generación y posibilita la existencia de "algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos". Entonces, quizá no solo se trate de las historias, las narraciones, la forma de relacionarnos con la vida que vamos a entregarles, sino de estar dispuestas a recibir lo que aún no alcanzamos a imaginar. **U**

⁵ Ibid. p. 95.



VIOLENCIAS, PERFORMATIVIDADES Y AFECTOS

Ileana Diéguez

Las ideologías nunca se hallan interesadas en el milagro de la existencia.

Hannah Arendt

Los afectos se encarnan en nuestros cuerpos. Quisiera hablar de ello sin citas de autoridad, sabiendo que pensamos en Baruch Spinoza y más allá de él, hasta el presente, en Sara Ahmed y en Frédéric Lordon. Seguimos pensando con ellos,¹ pero quisiera no hacerlo. Prefiero decir que pienso en Lety Hidalgo, en María Herrera, en Mirna Medina, en Araceli, en Silvia, en Mario, en Lukas; en mi madre, en mis hermanas; en Tania, en Luis Manuel Otero, en Maykel Osorbo, en Anamely Ramos... La lista puede extenderse, las performatividades de las violencias se expanden y contaminan la vida, como los afectos.

Cuando me pregunto por los afectos emergen varias imágenes en mi memoria que me ayudan a entender los conceptos.

Recuerdo los cantos y las frases que sostenemos desde el cuerpo. Esta frase: "¿Por qué los buscamos? ¡Porque los amamos!" ha tomado mi cuerpo cuando también la he proclamado. Proclamarla a coro, insistente, repetidamente, produce una ritualidad política y una respuesta desde las que intento imaginar lo que puede un cuerpo, lo que mueven miles de cuerpos.

Recuerdo una sucesión de imágenes y gritos, de cientos de cuerpos avanzando, de pasos apresurados, de rostros enojados, de voces que cla-

¹ Siempre que se use el masculino plural de una palabra debe entenderse que en él se incluyen mujeres y hombres.

maban “Libertad”. Yo no estaba ahí para seguirlos ni para gritar con ellos, pero las imágenes y el sonido me afectaron y la imaginación se adelantaba al instante siguiente y me conectaba con el miedo.

Los afectos están situados. Atravesan los cuerpos en circunstancias concretas.

En México, pese al horror y el ambiente de violencia en el que estamos viviendo, los cuerpos de las madres y de tantas personas que incluso no conozco me conmueven y movilizan jubilosamente. También me conmovieron hasta el llanto y el miedo las imágenes que me llegaban al teléfono desde distintos puntos de Cuba el 11 de julio de 2020, cuando miles de personas fueron violentamente reprimidas y apresadas por exigir respeto a sus derechos más elementales.

La afeción que produce no saber dónde está un ser querido ha movilitado a miles de personas a buscar. Son muchísimas las familias que viven el dolor de no saber dónde están los suyos. No porque se hayan ido voluntariamente, sino porque se los han llevado a la fuerza y ya no están en el espacio familiar ni público. Les llamamos los desaparecidos, pero sabemos que falta precisar quiénes se los llevaron o quiénes lo han permitido y lo siguen propiciando.

Recuerdo otra imagen: cuando, tomados por la ira, salimos a las calles en reclamo por los estudiantes de Ayotzinapa y decíamos “Fue el Estado”. *Desaparición forzada* es la frase completa, que se remonta a cuando en Argentina las madres comenzaron a buscar a sus hijos, detenidos o secuestrados por militares, sacados violentamente de universidades, espacios de trabajo o de sus propias casas. Recuerdo lo que vi de Cuba el 11 de julio y también durante los siguientes días. Llegaron videos artesanales y furtivos de las cacerías de manifestantes en los



©Edith Ladrillero, *Las que buscan y las que son buscadas*, 2021. Cortesía de la artista

hogares, no importaban los gritos de los niños. Yo no estaba allí, pero sí amigos, familiares y personas reales. Era tan real lo que veía como el miedo y la rabia que me producían no solo las imágenes, sino el silencio cómplice ante lo que sucedía y la mitificación descolocada, falsificadora de vida de quienes —aquí y allá— se empeñan en negar los hechos.

Las afeciones mueven. En México los familiares se han movilitado por cuenta propia, interpelando a un Estado incapaz de contener ese mecanismo atroz. ¿Les superan las cifras o se trata de una “impunidad casi absoluta”² Más de cien mil personas desaparecidas —forzadamente, aunque eso no lo digan los registros oficiales—, más de 52 mil cuerpos

² En referencia a la expresión utilizada en el Informe del Comité contra la Desaparición Forzada sobre su visita a México en virtud del artículo 33 de la Convención, 12 abril 2022, p. 5. Disponible en <https://bit.ly/3PtqHtR>

sin identificar, miles de restos óseos y fosas clandestinas. Pero a las familias no les paralizan estas cifras. Se han organizado como han podido, con recursos propios, en colectivos o brigadas, y van a los cerros a indagar la tierra, a sacar cuerpos, a buscar entre listas y rostros en hospitales, reclusorios, procurando a los suyos y a los de otros. Las madres lo dicen: "buscamos a todos, puedo encontrar al hijo de una madre que también encontrará el mío", como insiste María Herrera. Son más de setenta los colectivos de buscadoras y buscadores en México. Varios de sus integrantes han sido asesinados, algunos están enfermos o han perdido la vida; pero miles siguen buscando, indagando, interpelando a la autoridad, realizando todo tipo de acciones, incluso simbólicas, porque han aprendido y ponen en juego herramien-

tas que han imaginado o que saben sirvieron a alguien en otros sitios para erosionar al poder. La búsqueda, como dicen las madres buscadoras, es "un constante peregrinaje", "una lucha" por localizar a sus seres queridos; o como dicen las mujeres organizadas en Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Nuevo León (FUNDENL),³ es "un modo" y "un sentido de vida". Implica la realización de "acciones directas"

³ FUNDENL, *Un sentido de vida: La experiencia de búsqueda de Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Nuevo León 2012-2019*, Universidad Iberoamericana, CDMX, 2019. "Somos un grupo de personas que tienen familiares desaparecidos de manera forzada o que fueron secuestrados en Nuevo León, estamos integrados por personas que, sin tener algún familiar desaparecido, se han sumado a nuestra búsqueda. Nuestro objetivo: La presentación con vida de nuestros desaparecidos y desaparecidas, porque 'Vivos se los llevaron, vivos los queremos'". Disponible en <https://bit.ly/3dB1m3N> [N. de los E.]



Fotograma de la película *Te nombré en el silencio* de José María Espinosa de los Monteros, 2021

que se concretan en una serie de “diligencias” civiles para localizar a las personas desaparecidas. La búsqueda genera una práctica ciudadana que refuerza la agencia de las personas que han sido violentadas. Pero si existe la búsqueda es porque existe una performatividad de la falta, o una performatividad de la violencia manifiesta en la figura espectral de los desaparecidos. Nadie desaparece voluntariamente, como plantea Pilar Calveiro.⁴ La desaparición de personas está directamente vinculada a la desaparición forzada que implica el acto de

privación de la libertad de una persona por parte de agentes del Estado —o de grupos privados asociados o tolerados por este—, que niegan su paradero para ejercer sobre ella cualquier tipo de violencia de manera irrestricta.⁵

Es difícil sostener la palabra *desaparición* sin el adjetivo que implica y señala a sus perpetradores y cómplices. Y esta creencia necesita ser desmontada no solo en México, sino hoy, más allá de las dictaduras del sur, en el mismísimo centro insular y territorial de Latinoamérica, donde el “mecanismo desaparecedor” se utiliza para detener, reprimir, desinformar a los familiares y producir el terror, como sucede en la mitificada isla de Cuba.

Desde las prácticas de terrorismo de Estado desplegadas por las dictaduras del Cono Sur en la década de los setenta, la desaparición forzada ha sido sostenida como estrategia represiva para doblegar cualquier disenso, para imponer el miedo. Calveiro plantea su

condición situada al reconocer que “en cada país se articuló a las formas específicas de su gubernamentalidad”.⁶ Amnistía Internacional y El Comité Especializado de Naciones Unidas denunció las desapariciones forzadas durante catorce días del rapero contestatario Maykel Osorbo⁷ en La Habana, hoy condenado a nueve años de prisión, y del artista visual Luis Manuel Otero Alcántara. A propósito de los acontecimientos que han tenido lugar en Cuba a partir de noviembre de 2020, es necesario señalar el uso de la fuerza por parte del Estado a través de las sistemáticas represiones, detenciones y desapariciones temporales ejercidas contra jóvenes que disienten e interpelan las prácticas de control totalitario, no solo contra figuras de la oposición y de movimientos civiles y artísticos, sino contra ciudadanos en general porque allí la protesta pública está prohibida y penalizada. El número de personas detenidas-desaparecidas forzosamente en la isla desde finales de 2020 llegó a superar el medio millar. Las desapariciones pueden suceder de muchas maneras, particularmente cuando borramos o negamos al otro. Anular a quienes no piensan como impone un régimen es una práctica totalitaria para producir el control en los ciudadanos de un país como Cuba.⁸

Hace muchos años que las Damas de Blanco, las madres, hermanas, esposas de los detenidos durante la llamada “Primavera Negra” —encarcelados en una redada del gobierno en 2003 por pensar o imaginar la disidencia: presos de

⁴ Pilar Calveiro, “Desaparición y gubernamentalidad en México”, *Historia y Grafía*, año 28, núm. 56, enero-junio, pp. 17-52. Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, 2021.

⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁷ Prisoners Defenders, “Naciones Unidas exige a Cuba el paradero y derechos del co-creador de Patria y Vida, Maykel Osorbo”, 28 mayo 2021. Disponible en <https://bit.ly/3QNAewy>

⁸ Ileana Diéguez, “¿Qué cuerpos importan?”, *Rialta*, 29 de noviembre de 2020. Disponible en <https://rialta.org/que-cuerpos-importan/>

Contra las dictaduras la protesta es legítima, pero no contra los totalitarismos de izquierda, se atreven a decir.

conciencia— comenzaron a salir a la calle en silencio, con un gladiolo en sus manos. Algunos prefieren recordar otras escenas en otras partes del mundo, como si el derecho a la vida estuviera regulado por las ideologías. Contra las dictaduras la protesta es legítima, pero no contra los totalitarismos de izquierda, se atreven a decir. Saben que estas mujeres exigen derechos cívicos en Cuba mientras son apaleadas, golpeadas, detenidas violentamente, pero el silencio las intenta borrar. Después del 11 de julio las madres de niños, mujeres y hombres detenidos por protestar han intentado salir a las calles, se han manifestado ante iglesias y se les ha privado de libertad porque en el país está penada la expresión del disenso, pero la indignación y la rabia siguen movilizándolo a la sociedad civil.

La rabia, como los afectos y los cuerpos, está situada. Es personal, pero también inevitablemente social y colectiva. Nace del dolor por la pérdida, por la humillación. La rabia digna que moviliza a pueblos indígenas, que empuja el dolor y lo transforma en acción. Del dolor a la cólera, de la "memoria-cólera", la *ménis*, nos ha hablado Nicole Loraux. La "cólera de Erinia" que movilizó a Démeter cuando desapareció Perséfone toma cuerpo en el presente. La ira está cargada de información y energía, insiste Audre Lorde. Hay una agencia en la ira, en la performatividad de la rabia, en la potencia de los afectos.

Hace cinco años escuché a Mirna Medina decir que ellas, Las Rastreadoras del Fuerte,⁹

⁹ "Somos un grupo de hombres y mujeres constituidas y reconocidas legalmente como 'Las buscadoras del Fuerte'

encontraban porque buscaban con el corazón.¹⁰ Recordé a Silvia Rivera Cusicanqui y su llamado a crear comunidades de "corazonamiento" capaces de pensar con el corazón y la memoria. Recordé también a Hannah Arendt insistiendo en la aridez afectiva de las ideologías que "nunca se hallan interesadas en el milagro de la existencia", en los vínculos respetuosos por la vida de los otros.

He pensado en la matriz colonial de los adoctrinamientos ideológicos, en la insostenibilidad de esgrimir retóricas que no han sido encarnadas en cuerpos propios ni en experiencias vividas por quienes hablan y que se erigen como sentencias sobre las vidas de los otros. Y me sigo preguntando qué es pensar hoy las violencias que hemos silenciado en Latinoamérica y que también hemos legitimado en nombre de mundos por venir, de utopías e imaginarios no vividos. Qué significa hacer de la ideología un dispositivo para mirar el mundo, para decidir quién vale o no, qué cuerpos importan o no.

La discusión en torno a la "insensibilidad moral" ha sido retomada por Zygmunt Bauman como una metáfora desde la cual pensar la indiferencia hacia el sufrimiento o las tribulaciones de otras personas. La noción de *adiaphron* planteada por los estoicos griegos es retomada en nuestra contemporaneidad para situar ciertos actos fuera del "universo de obligaciones morales", pretendiendo también justi-

e igualmente como 'Las Rastreadoras' que nacimos un 14 de de Julio del 2014, tras sufrir la pérdida de un ser querido, que no cuenta ni entre vivos, ni muertos. Por ello, #TeBuscareHastaEncontrarte. Fue fundado por la Sra. Mirna Nereida Medina Quiñonez y actualmente está constituido por más de 600 personas unidas por un mismo dolor". Disponible en <https://bit.ly/3w9lsau> [N. de los E.]

¹⁰ Ver referencia en Ileana Diéguez, *Cuerpos liminales*, Ediciones documenta, Córdoba, 2021.

ficar la omisión de nuestras responsabilidades éticas hacia los otros. La *adiaforización* como retirada temporal de la propia zona de sensibilidad está inevitablemente vinculada a la idea de “ceguera o insensibilidad moral”, la cual se ampara en la creencia de que “el fin justifica los medios” o en sostener que “por perversa que pareciera la acción, era necesaria para defender o fomentar un bien mayor”.¹¹ Esta salida de la esfera de implicaciones éticas está directamente vinculada a la pretendida inmunidad al dolor. La capacidad de sentir dolor es una señal del cuerpo ante situaciones de riesgo que pueden ser tratadas y quizás curadas. La ausencia de dolor se asocia también a un estado de enfermedad de difícil curación. Como dice Bauman: “El dolor moral es despojado de su saludable papel de advertencia, alerta y agente activador”.¹²

No dejo de preguntarme cómo podemos contribuir al desmontaje de una adiaforización o insensibilidad político/moral, y desmontar el silencio de quienes callan amparados en justificaciones “políticamente correctas”. Cómo no ser parte de esa escena si en nuestros comportamientos y silencios expandimos la soberanía del poder y sus tecnologías de castigo. Castigamos callando, diseminando una performatividad del silencio que inevitablemente alcanza y expone a sus animadores. Justo a ello se refirió la socióloga argentina Claudia Hilb al advertir del “silencio público de la izquierda democrática” sobre la ausencia de libertades civiles en Cuba.

Las afectividades se tejen en la frontera intersubjetiva. Dañar la vida es una afección vio-

lenta. Y como tal, genera un afecto que puede ser la rabia. Hemos acumulado mucha ira por tanta humillación y tanto silencio cómplice. Hablo desde el afecto de la rabia, que es también un carburante para el pensamiento y la acción. Hay también una agencia en esa ira, una *reXistencia*¹³ que le recuerda al poder que persistir en la lucha por la vida digna es un camino largo, pero posible. Siempre llega el final del túnel. **U**

¹³ “Hoy, los Pueblos de la Tierra no solo reclaman el reconocimiento a sus modos ancestrales de ser, sino que demandan su derecho a reinventar sus identidades, a resignificar sus mundos de la vida en una reflexión sobre sus condiciones de existencia. Los Pueblos de la Tierra ya no solo resisten, sino *reXisten*: han entrado en un proceso de emancipación que, reclamando sus modos de ‘vivir bien’, se reinsertan en la inmanencia de la vida y en el metabolismo ecológico de la biosfera”. Enrique Leff, “ReXistencia”. <https://bit.ly/3pjnzWN> <https://bit.ly/3pjnzWN> [N. de los E.]



©Paulina León, *¿Y si yo lo encuentro qué?*, 2021. Cortesía de la artista

¹¹ Zygmunt Bauman y Leónidas Donskis, *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*, Antonio Francisco Rodríguez Esteban (trad.), Paidós, CDMX, 2015, p. 27.

¹² *Idem*.



VIDAS EN URGENCIA: CUERPOS, TERRITORIOS Y VIOLENCIAS

Rossana Reguillo

Un hombre muere. Fue asesinado por la policía, directamente, indirectamente [...]. Se dice que es un joven, porque no es socialmente nada, y puesto que uno está a punto de volverse socialmente alguien al momento de volverse adulto, los jóvenes son los que justamente siguen sin ser nada.

Comité Invisible

Decenas de miles de jóvenes en México y en distintos países de América Latina se ven enfrentados a condiciones de precarización brutal. Entre las muchas batallas que libran en este continente, como la violencia, la desigualdad y la exclusión, se encuentran también con el desplazamiento forzado, la transmigración —con punto de origen pero sin punto de llegada, en espera indefinida—, y el necropoder —ese poder de hacer morir, como lo define Achille Mbembe—, que controla los territorios y sus múltiples fronteras, no solamente las geopolíticas.

La primera vez que escuché el término “mena” para referirse a “menores no acompañados” fue en el Foro Mundial de las Migraciones en 2008 que se celebró en una pequeña localidad llamada Rivas Vaciamadrid, un bastión antifranquista y republicano en Madrid. Lo escuché en la angustiada intervención de un defensor de derechos humanos de los jóvenes, de origen marroquí. Su impotencia provenía de la situación cada vez más difícil de los *menas* en su tránsito de África hacia España, de los trágicos destinos que los esperaban tanto si eran deportados como si eran confinados por las autoridades migratorias españolas. Se trata de una realidad en expansión, niños y jóvenes en rutas cada vez más

peligrosas, en tránsito tanto nacional como internacional.

En sus informes de 2017 y 2018 la Red de Documentación de las Organizaciones Defensoras de Migrantes (REDODEM) presentó datos escalofriantes sobre el país-exterminio que caminan jóvenes mexicanos y extranjeros en su búsqueda de un destino mejor, de un trozo de futuro.¹ Ambos documentos surgen de una red con un fuerte arraigo empírico, conformada por veintitrés casas, albergues, comedores y

organizaciones que brindan acompañamiento y ayuda humanitaria a personas migrantes y refugiadas en México, con presencia en trece estados de la república, de sur a norte.

De la tipología propuesta por los informes retomo tres perfiles definidos por su situación migratoria: los migrantes internos (que cambian de residencia dentro del mismo país), las víctimas de desplazamiento forzado (obligadas a abandonar su lugar de residencia) y los transmigrantes (que están en México en espera de poder llegar a un tercer país). Considero que estos perfiles permiten calibrar la magnitud del horror que significa la movilidad en tiempos de extrema violencia o en "tiempos miserables", como los llama Javier Sicilia, y dibujan el difícil panorama que atraviesan las

¹ Ver *El estado indolente: Recuento de la violencia en las rutas migratorias y perfiles de movilidad en México*, REDODEM, 2017. Disponible en <https://redodem.org/informes/> y *Procesos migratorios en México: nuevos rostros mismas dinámicas*, REDODEM, 2018. Disponible en <https://www.comecso.com/publicaciones/procesos-migratorios-en-mexico>



©Mauricio Palos, del fotolibro *My Perro Rano, Crónicas de Centroamérica*, Editorial RM, 2010

personas migrantes, en especial las “vidas en urgencia” de las y los jóvenes que caminan al filo del abismo.

De las 28 mil 288 personas que pasaron por o fueron atendidas en alguna de las casas de la red en 2017, los mexicanos ocuparon el cuarto lugar (con 2 mil 237 personas), muy cerca de los salvadoreños o los guatemaltecos y muy lejos de los hondureños, que encabezan las cifras.²

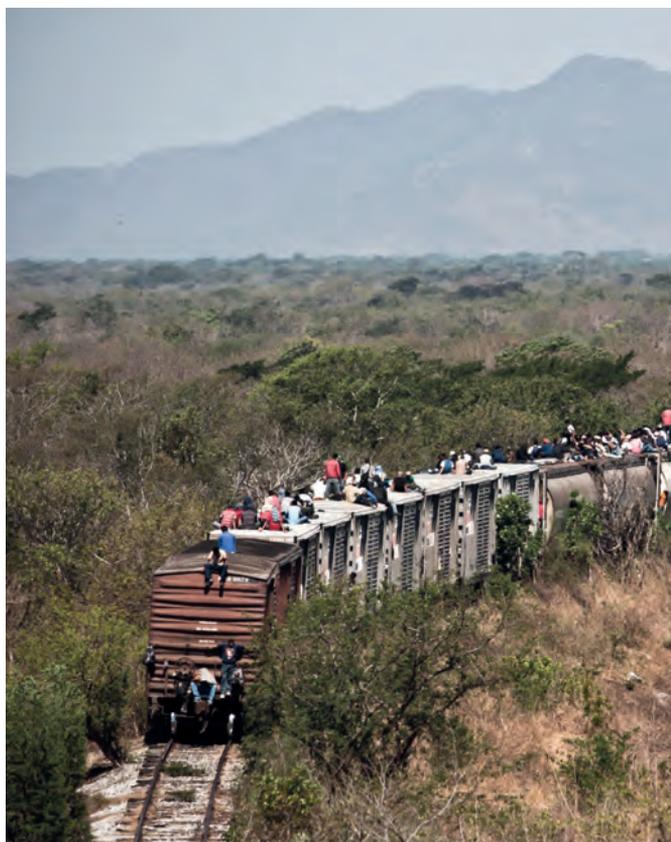
En cuanto a los rangos de edad de las personas migrantes, se señala que el grupo de dieciocho a treinta años sigue representando el mayor porcentaje (64.29 por ciento) del total de personas atendidas. No es un dato nuevo, pues que las dinámicas migratorias han mostrado que los varones en ese rango de edad son los que migran más. Sin embargo, como ya señalé, la cantidad de menores no acompañados en territorio mexicano ha ido en aumento.

¿Cómo viajan los niños y los menores? De acuerdo con las estadísticas de la REDODEM, el 46 por ciento lo hace sin compañía. El 39 por ciento de los hombres viajan solos, así como el 72 por ciento de las mujeres. En un país con diez feminicidios al día y en el que, según los datos más recientes del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), hubo 35 mil 625 personas asesinadas en 2021,³ la imagen de quienes transitan solos por estas geografías del miedo es aterradora.

Finalmente, en relación a los motivos expresados que provocaron la migración, el informe de 2018 REDODEM señala entre los factores más relevantes el contexto generalizado de

violencia (50.6 por ciento), el asedio del crimen organizado (37.2 por ciento), la violencia doméstica (5.8 por ciento), la persecución política (4.9 por ciento), la discriminación por orientación sexual o de género (1.1 por ciento) y el despojo de tierra o territorio (0.1 por ciento).

Estas cifras son indicativas de la experiencia cotidiana para miles de personas migrantes, un registro de la pesadilla que implica la sobrevivencia en un territorio controlado por el crimen organizado, con un Estado ausente y unas autoridades migratorias corruptas o, en el mejor de los casos, ignorantes de los derechos humanos.



©Mauricio Palos, del fotolibro *My Perro Rano, Crónicas de Centroamérica*, Editorial RM, 2010

² Las cifras totales son las siguientes: Honduras 19 mil 534; El Salvador, 2 mil 919; Guatemala, 2 mil 818. Esta tabla puede consultarse en la página 25 del informe ya citado.

³ Disponible en https://www.inegi.org.mx/sistemas/olap/proyectos/bd/continuas/mortalidad/defuncioneshom.asp?s=est&c=28820&proy=mortgral_dh

FIGURAS DEL HORROR: CUERPOS ADJETIVADOS POR LA VIOLENCIA

Cuerpos esclavos

La migración interna no se discute lo suficiente en relación a las condiciones violentas que enfrentan las y los jóvenes que deciden partir en busca de un futuro mejor. De vez en vez aparecen ecos de noticias terribles sobre estos migrantes que han sido convertidos en mano de obra esclava.

El primer día Mateo preguntó que dónde se quedaría y le indicaron que dormiría en el piso, en

una de las bodegas que se encontraban a un lado de los sembradíos. No opuso queja por miedo a terminar el contrato de dos meses que ya había firmado.⁴

Mateo tiene diecisiete años, nació en El Álamo, un pequeño poblado de Veracruz azotado por las violencias y la represión gubernamental. Mateo fue "rescatado" junto con otros 62 jóvenes por autoridades del gobierno de Coahuila, muy lejos de casa. Llevaba casi veinte días trabajando en unas granjas ubicadas en la carretera a Monclova. Firmó un contrato por dos meses para recolectar calabazas, cebollín y otras verduras. Le ofrecieron un buen sueldo, tres comidas y un lugar para dormir. La realidad fue otra: café y pan a las cinco de la mañana, un plato de lentejas para la comida y la cena, el suelo de una fría bodega como cama y una jornada laboral de trece horas. El hombre que enganchó a Mateo y a otros jóvenes como él les ofreció 120 pesos por faena diaria. Al llegar a la granja les dijeron que serían solo cien pesos, pero que les iban a pagar hasta el final del periodo. Mateo añade:

Ya estando acá cómo decir que no, a veces llegué a pensar que abusaban de la necesidad que teníamos, pero ni modo de regresarme y llegar a la casa con las manos vacías, además no me iban a pagar hasta que terminara el contrato.⁵

Entre El Álamo (Veracruz) y Monclova (Coahuila) hay mil 373 kilómetros de distancia, 343 horas caminando, catorce días, dos semanas sin parar, sin descansar. ¿Qué es lo que sub-

⁴ "Dormíamos en el suelo y trabajábamos 13 horas por 100 pesos: menores rescatados en Coahuila". <https://www.sinembargo.mx/20-08-2015/1457607>

⁵ *Idem.*



yace a la "decisión" de jóvenes como Mateo, que abandonan su tierra y sus comunidades por la promesa de 120 pesos y tres comidas? Lo terrible de la situación que experimentan millones de personas así en el mundo, en Latinoamérica, en México, no es lo que dicen, sino justamente lo que callan.

En México, la mitad de los 27.9 millones de jóvenes que tienen entre quince y veintinueve años vive en condiciones de pobreza, el 70 por ciento carece de acceso a la educación superior y el 20 por ciento no puede obtener educación ni empleo. Aunado a este panorama de precarización y exclusión hay que señalar con insistencia la espiral de violencias que afecta en especial a los universos juveniles.

He planteado en otros textos que el neoliberalismo equivale a un poder de ocupación y que su signo más radical es la transformación de la sociedad "desarrollista" en una sociedad bulímica que engulle a sus jóvenes y luego los vomita: en narcofosas, en forma de cuerpos ejecutados y torturados, en forma de cuerpos que ingresan a las maquilas como dispositivos al servicio de la máquina, como migrantes, como sicarios, "halcones", "hormigas", "mulas" a la orden del crimen organizado, como soldados sacrificables en las escalas más bajas de los rangos militares, como botargas acaloradas de las firmas de *fast food* que proliferan en el paisaje o, como ejemplifica el caso de Mateo, como cuerpos esclavizados. La catástrofe



©Mauricio Palos, del fotolibro *My Perro Rano*, Crónicas de Centroamérica, Editorial RM, 2010

Huyó una noche sin luna, sigiloso, y emprendió esta "migración forzada" para salir del miedo y el espanto.

de la idea de vida que viven miles de jóvenes precarizados en México escapa al poder de síntesis y a la capacidad de indignación.

Cuerpos rotos

Beto logró escapar de la Familia Michoacana cuando estaba por cumplir dieciséis años. A los doce fue secuestrado y entrenado en el brutal oficio del sicariato. A los catorce ya era un eficiente "soldado" que cumplía sin chistar las órdenes de ejecución más brutales. Para el tema que aquí me interesa plantear retomo algunos elementos de la larga entrevista que le realicé en 2011⁶. Me detengo en su huida, en los casi cien días que le llevó salir de Michoacán sin ropa, sin comida, sin dinero, escondido entre matorrales, arroyos, cerros y cañadas, con miedo a ser delatado o peor, a ser encontrado por la célula en la que "trabajó" durante aproximadamente cuatro años.

"Sicariar", como me dijo, era una forma rutinaria de existencia hasta que una astilla de incomodidad le infectó el corazón y decidió que ya no más, que aun a riesgo de su vida, tenía que escapar de esos campamentos itinerantes que apestaban a crueldad, a muerte. Y así huyó una noche sin luna, sigiloso, y emprendió esta "migración forzada" para salir del miedo y el espanto. Más de tres meses duró su agonía. Por poco lo encuentran una vez, me dijo, "ya cerquita de la frontera con el Estado de México". Él suponía que le habían puesto precio a su cabeza y quería irse muy lejos de la tierra que lo vio nacer.

Hambriento, flaco, sucio, pero más tranquilo ya en zonas altas y boscosas, lejos de la re-

gión conocida como *Tierra Caliente*, pudo caminar sin sentir que el demonio le pisaba los talones. Así empezó una travesía de malos trabajos, de robos a pequeña escala para poder comer, haciendo una ruta en sentido contrario de las migraciones al norte. A Beto le urgía ir cada vez más al sur, volverse invisible, no despertar con los gritos de un futuro decapitado en sus pesadillas. Secuestrado con violencia cuando era un niño y exiliado en su propio país, Beto no tiene alternativas.

El asedio de estas violencias carece de registros adecuados: cientos de cuerpos rotos, como el de Beto, transitan como fantasmas en un país que no supo, que no pudo, que no ha podido hacerse cargo de estas violencias sincopadas y brutales que han transmutado el paisaje en siniestro.⁷ Ya cada sombra es un enemigo, cada extraño un peligro, cada calle una trampa.

Para Beto, el derecho a quedarse estuvo roto desde que a su hermana mayor se la llevó un narco frente a sus ojos de niño. Después, solo violencia.

Cuerpos proscritos

En 2004 el FBI creó una Fuerza Nacional contra Pandillas y ya en 2005 se había formado el Centro de Información Nacional de Pandillas. Por esa época, las "clikas" más famosas, como la Mara Salvatrucha o Barrio 18, fueron

⁶ Narro la biografía de Beto en mi más reciente libro *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*, NED Ediciones, ITESO, Barcelona / Guadalajara, México, 2021.

⁷ "Lo siniestro sería aquella suerte de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás". Sigmund Freud, *Obras completas*, vol. 17 (1917-1919), Amorrortu, Buenos Aires, 1976. El título "Lo siniestro", se debe a la traducción al castellano de Ludov Rosenthal; en las obras completas lleva por título "Lo ominoso" (N. de la A.).

declaradas problema de seguridad nacional y empezó la deportación generalizada hacia Honduras, El Salvador o Guatemala. Entonces las pandillas se hicieron otra cosa, más compleja, más violenta, más expresiva en sus rituales. *Mara* y *marero* se convirtieron rápidamente en sinécdote de las pandillas y la violencia extrema. Hoy, el presidente de El Salvador, Nayib Bukele, afirma que la guerra contra esos grupos es la lucha entre el Bien y el Mal.

Sin duda alguna, las pandillas se ganaron a pulso un lugar en los imaginarios de terror de la sociedad. El control que lograron en el corredor migratorio del sur hacia México cobró muchas víctimas fatales y otras muchas de extorsión y cuotas como "impuesto de guerra". Sin embargo, también es importante señalar que las maras ingresaron al escenario de los monstruos contemporáneos en buena medida como producto de un periodismo desimplicado y sensacionalista.

Entre 2004 y 2008 realicé diferentes acercamientos a las pandillas (principalmente a la *Mara*), después regresé en varios momentos a El Salvador y aún hoy me sigue sorprendiendo el proceso de articulación compleja entre la pandilla, el narcotráfico y el "efecto borde"⁸ que se produjo con el contacto entre los jóvenes locales y los miles de deportados que fueron llegando.

Lo que aquí narro proviene de una larga entrevista a un joven *marero*, "Fredy",⁹ preso en

Guadalajara por robo e intento de homicidio. Me interesa detenerme en tres aspectos claves de su biografía: la contingencia como condición ineludible en su vida, su relación con las violencias y la desapropiación territorial.

Fredy pierde a sus padres en la guerra en El Salvador; su comunidad se ve forzada a desplazarse para evitar ser masacrados. Sus padres no lo logran y él es adoptado por sus tíos y con ellos emprende la larga travesía que habrá de llevarlos a Estados Unidos. Muchos años después, Fredy se convierte en ciudadano estadounidense, pero de nada le sirve. Los jóvenes inmersos en circuitos de violencia experimentan un déficit de ciudadanía. Ingresa temprano a la *Mara*, enemiga jurada de La 18 y de los *Ñetas* (una migración procedente de Ecuador), que convierten algunos barrios de Los Ángeles en un territorio en guerra.

Luego Fredy cae preso y lo deportan a San Salvador, pero él ya no habla español a estas alturas, ni le queda nadie en su país de origen. Como puede se va armando un lugar hasta que La 18 le canta la bronca y tiene que salir huyendo otra vez, hacia México, con la esperanza de regresar al barrio de su infancia, Pico Unión. Pero no lo logra.

Víctima devenido victimario, siempre leal a su clika, Fredy aprende a ser letal en sus acciones, eficiente, frío. Ello le vale ser reclutado por una célula del crimen organizado cuando venía huyendo de la muerte juramentada que le habían declarado los de La 18. Sin poder seguir hacia el norte, Fredy se queda en Guadalajara, a donde llega montado en el tren que ya se conocía como "La Bestia".

Y así se involucra cada vez más en los oscuros mundos de lo que popularmente se denomina "la plaza", esos grupos del crimen organizado que controlan territorios, cuerpos y

⁸ Utilizo este término que proviene de la biología para referirse a la relación, lado a lado, de dos sistemas completamente distintos en un ecosistema dado. Se trata de una metáfora que me permite nombrar la emergencia de un tercer espacio, el que se genera en el cruce de culturas.

⁹ Ver Rosana Reguillo, "Las múltiples fronteras de la violencia: jóvenes latinoamericanos entre la precarización y el desencanto", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 3, 2ª época, Fundación Carolina, Madrid, 2008.

comandan voluntades. Hasta que cae preso por un robo malogrado. Lo más parecido que tuvo a una casa, a un lugar, a una pertenencia fue siempre su clika, sus "homies".

La biografía de Fredy no es un caso aislado. México se ha convertido en una trampa mortal para las personas migrantes que como él quedan atrapadas en la transmigración de pueblo en pueblo o de ciudad en ciudad, huyendo de la autoridad y de los narcotraficantes, esperando el milagro de un cruce que cada vez es más difícil.

La pregunta por la relación entre las violencias y la producción de subjetividades (o identidades sociales) en el territorio resulta fundamental para develar qué procesos y figuras emergen en el espacio que llamo *paralegali-*

dad,¹⁰ el cual genera su propio orden, sus códigos, su ley, y gestiona el poder a través del miedo y la seducción. Las violencias vinculadas al crimen organizado son productivas, es decir, generan riqueza, acumulación, cambian las formas de relación social a través del control sobre los cuerpos y el territorio. Cuerpos esclavos, cuerpos rotos y cuerpos proscritos, son algunas de estas "figuras" que hay que nombrar para dotarlas de visibilidad. Sin estrategias para entender las profundas transformaciones que estas violencias están produciendo en el país, es imposible imaginar o trazar un plan y una política pública. **U**

¹⁰ Rossana Requillo, *op. cit.*, 2021.



©Mauricio Palos, del fotolibro *My Perro Rano*, Crónicas de Centroamérica, Editorial RM, 2010





LOS JESUITAS ASESINADOS. REFLECTORES DE LA VIOLENCIA EN LA TARAHUMARA

Marcela Turati

Los rarámuris, lo mismo ancianos que niños, danzan en círculos, en un hipnótico e interminable vaivén a lo largo del templo para acompañar a los difuntos que duermen en los féretros de madera. Cada tanto, alguno de los danzantes sale de la fila, se arrodilla y a las prisas se santigua ante las fotografías del padre Gallo y del padre Morita para reincorporarse de inmediato al pascol con el que encaminan a los sacerdotes a su encuentro con *Onorúame-Eyerúame*, el Dios Padre y Madre.

Los rasguños de violines y guitarras y el choque de las sonajas llenan el templo de San Francisco Javier, sede de la misión jesuita del poblado de Cerocahui, en la Sierra Tarahumara. En la casa parroquial contigua, sentados en bancas que rodean el jardín, otros convidados al velorio de los sacerdotes Javier Campos y Joaquín Mora toman café y se calientan del frío mientras tratan de digerir la tragedia de la que varios se enteraron por un mensaje de Whatsapp enviado la noche del 20 de junio de 2022.

Ya no puedo callar y necesito compartirles mi dolor. Me llamaron de Cerocahui para decirme que "El Chueco", cabeza de delincuentes, acababa de matar a Javier Campos y Joaquín Mora, ambos hermanos míos jesuitas. Lo tuve que callar porque había amenazas sobre la comunidad si acaso hablaban. La noticia ya corrió y empiezan los operativos para buscar al homicida, quien, además, se llevó los cuerpos.

◀ Campo de amapolas, s.f. Dreamstime ©

Muchas familias se dedicaban a la chutama, a la marihuana o a la amapola.

Así comenzaba el mensaje del padre Javier Ávila. Todavía en la velación del sábado 26, ya con los cuerpos recuperados, sigue siendo difícil entender que “El Chueco”, aquel treintañero conocido desde chico por los sacerdotes y quien lidera un ejército de sicarios desde hace años, en una rabieta explosiva por la pérdida de un partido de béisbol mezclada con una noche de desvelos, drogas y venganzas asesinas, matara a los respetados curas por haber intercedido por un guía de turistas agonizante, o quizás ya un cadáver, que fue llevado a rastras por las calles de Cerocahui y arrojado en el altar.

El nombre y el apodo de José Noriel Portillo Gil, “El Chueco”, no se mencionaban en el velorio porque este pueblo está sometido al silencio. Los rarámuris y los chabochis que asisten a la despedida de los jesuitas se notan asustados por tanto periodista tomando fotos y tanta cámara de televisión apuntando a los rostros. Saben que meterse con “El Chueco” y dolerse por sus víctimas puede costarles caro.

Pero la tristeza es tanta que esta noche vence al miedo. Lo supera porque el difunto es Javier Campos, el anciano cura que quiquiriqueaba como gallo, que bautizó y casó a todos en el municipio (posiblemente al propio “Chueco”), el buen conversador que lo mismo hablaba en español que en rarámuri y rarómari, a quien la gente recuerda visitando casa por casa, dando *ride* en el camino, llevando máquinas de coser de pedal a las mujeres en las barrancas donde ni electricidad había, y quien organizaba peregrinaciones anuales a la Basílica de Guadalupe en camiones que iban cargados de feligreses que luego se enfilaban a Cancún o a cualquier playa. Y porque el otro muerto es el

padre Joaquín, “Morita”, un hombre callado, tranquilo, espiritual, que se indignaba con la pobreza y quería correr la suerte de los más pobres.

Mora y Campos compartieron la suerte de su pueblo, en estos parajes verdes de montes arbolados, de aroma a pino y firmamentos pintados con colores intensos, donde el Cielo convive con el Infierno que representa vivir en el corredor cercano al “Triángulo Dorado”, lugar donde coinciden Chihuahua, Sinaloa y Durango, sus escarpados territorios, sus riquezas naturales y la extrema pobreza de la mayoría de sus habitantes, y donde el megaproyecto del narcotráfico desplaza comunidades, asesina, amenaza y desaparece gente, toma por la fuerza mano de obra esclava, envenena voluntades y da trabajo a tanta gente.

“Todos sabemos que se habían salvado de milagro, que eso podía haberles pasado desde hace mucho tiempo; escribe algo”, me comentó un amigo periodista cuando la noticia de sus muertes se abrió paso. Seguí rumiando sus palabras, “se habían salvado”, pensando su frase, y estoy de acuerdo. En este texto comienzo a repasar los episodios de lo que he visto en La Tarahumara, y que podrían ofrecer algunas claves sobre estos asesinatos.

1993:

“AHÍ VIENEN LOS CHUTAMEROS”

Escuchamos cada vez más cerca el corrido norteño, los cantos de borrachos y el rechinar de llantas de una camioneta. Es de noche en el municipio de Guachochi y el grupo de maestras voluntarias de la Telesecundaria 6126 del pueblo de Yoquivo y yo nos guiamos por la luz de luna para regresar a casa. Escuchamos que una de nuestras acompañantes nos advierte asustada: “Ahí vienen los chutameros”.



©Antonio García, *Rarámuri*, 2018. Flickr

Todas nos alejamos de la carretera y nos escondemos de cuclillas entre los árboles. No sé qué es un chutamero pero percibo el miedo de las demás. La camioneta deja una nube de polvo a su paso; nosotras nos levantamos y apretamos el paso.

Desde mi llegada a ese pueblo de dos mil habitantes escucho los debates y preocupaciones de las monjas que coordinan la telesecundaria.

La madre superiora pelea una batalla perdida de antemano con los adolescentes por que no escuchen los narcocorridos del famoso cantante sinaloense acribillado Chalino Sánchez, ni usen gorras y ropa con logotipos de plantas de marihuana o la figura de Malverde, y por que las mujeres se casen por la iglesia y no simplemente se dejen robar por sus pretendientes.

Años después entendí que estaba en un pueblo narco, que muchas familias se dedicaban a la chutama, a la marihuana o a la amapola cul-

tivada rumbo a la barranca que conecta con Batopilas. Pero en ese entonces ser chutamero no era lo que es ahora.

2007: “¿AQUÍ CUÁL ERA SU DESTINO?”

Catorce años después de que mis alumnos de la Telesecundaria 6126 se graduaran volví a Yoquivo con una fotografía del fin de curso para buscar a los diecisiete adolescentes (once varones que posaban con botas y camisa vaquera y seis mujeres con un tocado de flores sobre la blusa) que en 1993 fueron festejados porque habían llegado más lejos que sus padres y eso suponía un porvenir distinto para ellos.

De los egresados, solo tres mujeres estudiaron el bachillerato. Una esperó una década para que se abriera el telebachillerato en el pueblo, las otras dos tuvieron que emigrar a las ciudades. Una es maestra de educación física. Salvo dos que atienden su propia tienda, el resto



©Francisco Gamero, *Vivir con ansiedad*, 2021.
Cortesía del artista

de la generación se sostiene como mano de obra y son pintores, albañiles, jardineros, instaladores de ductos, cocineras, meseras, obreras de maquiladora y choferes de camiones.

Dos alumnos de la clase estaban muertos: uno por un accidente, otro asesinado a tiros. Y otro, un rarámuri, estaba desaparecido.

Un padre de familia que entrevisté en aquel viaje me dijo que al ver la frustración de sus diez hijos varones por no conseguir trabajo en el pueblo toda la familia migró a la ciudad.

Con tal de que no estuvieran en los arroyos sembrando mota me los llevé, porque ¿qué más puede hacer la gente de aquí? [...] Aquí no hay opción de nada, si estudian tienen que irse a otro lado a buscar trabajo, ¿de qué les sirve el estudio si no salen de aquí? Tienen que irse.

2008: “ESTÁBAMOS SOBRE UN POLVORÍN”

Un año después de aquel reportaje, en 2008, viajé a Creel.

Esta vez fui para reportear los sucesos ocurridos el 16 de agosto, cuando una caravana de

la muerte formada por tres camionetas atiborradas de sicarios entró al pueblo, recorrió las calles de trazo recto sin un policía que la detuviera, llegó al campo donde recién terminaba una carrera de caballos, interrogó a varios asistentes, se dirigió a una bodega en la que unos muchachos jugaban carreras descalzas, sacó sus metralas, disparó contra diecinueve, hirió a uno, mató a trece —entre ellos a un bebé—, salió rechinando las llantas por la calle principal, pasó frente a la iglesia donde el cura oficiaba misa y cruzó varios pueblos sin que nada se lo impidiera.

La maestra Gloria Lozano, quien perdió en esa masacre a su único hijo, me comparte durante la entrevista una anécdota: una colega suya dedicó su clase a hablar mal de las drogas para dejar claro a sus alumnos que se alejaran de ellas. Otro día uno de sus estudiantes le mostró fotos de su familia. Ella notó, entre el paisaje del patio, matas de marihuana. Ya no volvió a sermonearlos.

En esa casa de ladrillo de dos pisos con fachada estilo cabaña los retratos de René Lozano González (diecisiete años) y su primo, Óscar Felipe Lozano Lozano (diecinueve), reciben a las visitas desde la entrada. Uno es el hijo de Gloria y el otro el de Ana Luisa, su hermana, quien también perdió a su único hijo. Las Lozano siempre cuidaron que sus hijos no se acercaran mucho a los narcos del pueblo, esos vecinos que de una cosecha a otra se volvían importantes, estrenaban autos, caballos, sombreros y remodelaban sus casas.

Desde aquel día, la gente se guardaba al anochecer en sus casas y cerraba las cortinas. Por un tiempo desaparecieron las fiestas de los hoteles rústicos. Solo algunos turistas despistados caminaban en las noches por el pueblo sin alma, acompañados del concierto de ladridos

de perros, a veces intensificado por el rechinar de camionetas o por algunos disparos.

“Cada vez que despertamos se nos revuelve el estómago. Esto es un marranero. Las películas se quedaron cortas”, comenta Ana. Por su parte, Gloria cuenta que esa masacre —considerada la primera del sexenio de Felipe Calderón— le hizo entender que en Creel había comenzado “la guerra”.

2014:

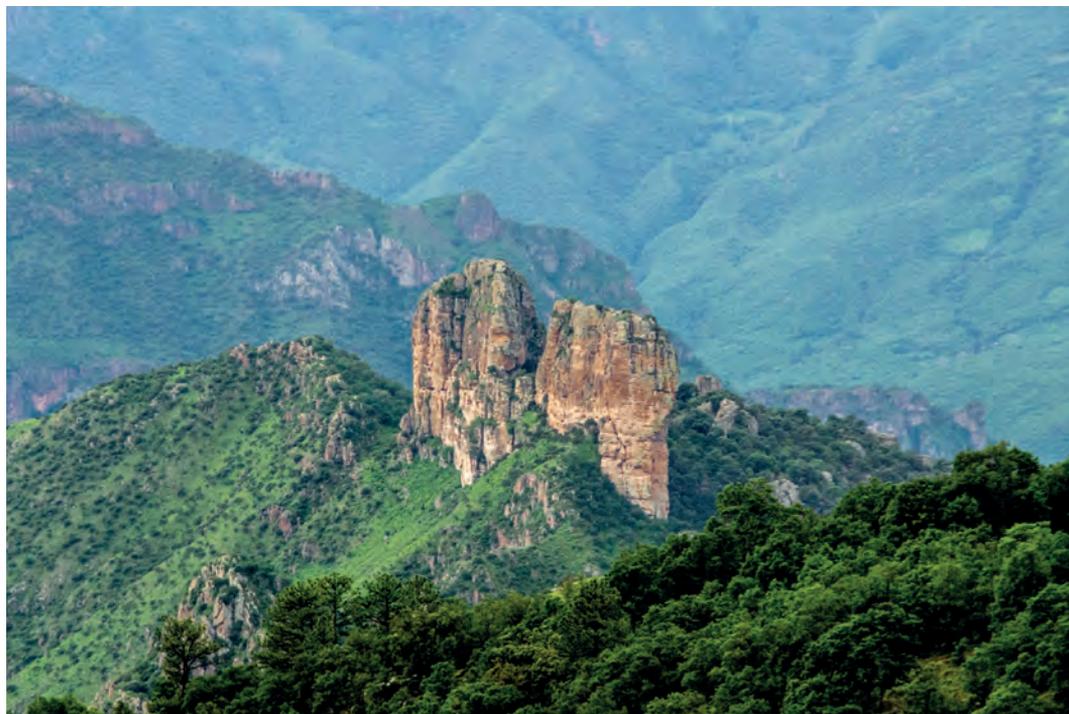
“YA CONTROLAN LAS ELECCIONES”

Estamos en una escuela en la Sierra Tarahumara, en un taller al que acuden defensores de derechos humanos y trabajadores de organizaciones sociales, donde el tema propuesto para analizar es la violencia. Esa violencia de la que no se puede hablar pero que se recrudece.

En varias entrevistas que hice a partir de esos años escuché siempre lamentos sobre lo que tenían que ver y callar quienes trabajaban en proyectos de acompañamiento a las comunidades de la sierra, por miedo o porque solo así aseguraban que los ejércitos de sicarios que ocupan los territorios les permitieran seguir allí.

Recuerdo algunos testimonios de lo que la gente no había podido denunciar en público:

“Cuando dimos la vuelta a una curva vimos un grupo de sicarios apuntándonos, pero nos reconocieron y nos dejaron pasar”. “No me dejaron medir los límites de la tierra en disputa porque llegaron sicarios a preguntar qué hacía”. “Me asaltaron, ya no quiero estar aquí”. “Me mandan mensajes por las noches con insinuaciones amo-



©Vania Pizaña, sin título, 2021. Cortesía de la artista

rosas y fotos de sus pistolas". "En la comunidad hubo una masacre y hasta seis meses después pudimos salir y hasta ahora pudimos contar lo que pasó". "Quemaron a una familia entera con llantas". "No podemos pedir en misa por las víctimas porque a la gente y a los sacerdotes les da miedo". "Nadie quiso repartir nuestros folletos contra la tala porque era como criticar a los narcos". "No es momento de hablar..."

Aunque el ejercicio de escritura terminó en 2014, en 2017 tuve que anotar en la bitácora de hechos:

Asesinato de la periodista Miroslava Breach, corresponsal de *La Jornada*, por denunciar a los candidatos impuestos por narcotraficantes y que la policía de doce municipios ya era controlada por los cárteles. Su frase: "El silencio es complicidad". También exilio temporal de la corresponsal de *Proceso*, Patricia Mayorga, única voz constante de lo que ocurre en la sierra. Silenciamiento de la mayoría de los medios en el Estado.

2022:

"¿HASTA CUÁNDO LA IMPUNIDAD?"

Portillo Gil, el asesino de los jesuitas y del guía de turistas Pedro Palma, no era un desconocido. Un técnico forestal que conoce bien la sierra me dice que es sabido que controla la siembra, producción y trasiego de amapola en la zona del barranco y la parte alta de la Tarahumara, en los municipios Urique, Uruachi y Guazapares. Ha puesto a presidentes municipales y responde al cártel de Los Salazar (que trabaja para el cártel de Sinaloa y es responsable del asesinato de la periodista Miroslava Breach). El sacerdote Javier Ávila, presidente de la Comisión de Solidaridad y Defensa de los

Derechos Humanos A. C. (COSYDDHAC) y quien el 25 de junio dio el mensaje en la misa de cuerpo presente en Chihuahua (en la que dijo "los abrazos ya no nos alcanzan para cubrir tantos balazos" y pidió al presidente Andrés Manuel López Obrador que recapacite su política de seguridad para detener el "río de sangre" en México), habló en entrevista del poder corrosivo de la impunidad. "Ese miedo consciente o inconscientemente (a denunciar) lo genera, lo aumenta y lo provoca el gobierno por la impunidad y la ineficacia tan grande". Este sacerdote octogenario, contemporáneo de Mora y Campos y habitante de la Tarahumara desde hace 47 años, también manifestó:

[Con el asesinato] se prendieron los reflectores porque mataron a dos padres de una institución mundialmente conocida como la Compañía de Jesús, pero siempre lo he dicho, ojalá no dejemos de ser los reflectores y podamos ampliarlos para que se vean y se iluminen los miles de muertos que hemos tenido.

Para él, lo que pasó en Cerocahui pasa en toda la sierra, no solo en el municipio de Urique, ya que cada territorio tiene sus propios "narcos que se roban el bosque", que todo el mundo conoce y matan a quienes los denuncian, que se adueñaron de la venta de alcohol, que extorsionan a la gente, que tienen amenazadas a las comunidades y reclutan, a la fuerza o solo con promesas, a los jóvenes. **U**

©Enrique Ježik, sin título, 1996.
Plomo, acero, latón y aluminio.
Colección particular, Ciudad de México. Cortesía del artista ▶



ARTE

MAYRA MARTELL

RESISTIR AL OLVIDO

Vania Macias Osorno

Inefable es el dolor que atraviesa a una madre y una familia ante la desaparición de una hija. La incertidumbre les trastoca la vida y les mantiene en una condición de espera e infatigable búsqueda, que es también resistencia al olvido y a la indiferencia que convierte a la víctima en un número más. Ahí radica la importancia de hacer visible cada ausencia, nombrarla y mantenerla presente.

Desde hace diecisiete años, la fotógrafa Mayra Martell, originaria de Ciudad Juárez, ha desarrollado un necesario trabajo fotográfico que apele a la presencia y la memoria. En 2005, después de pasar unos años estudiando en la capital del país, se reencontró con su ciudad natal tapizada de carteles y reportes de desaparición de niñas y adolescentes. Movida por la curiosidad, comenzó a documentar los espacios que habitaban aquellas mujeres. Las fotografías de Martell parecen ocupar un tiempo detenido. El silencio y la quietud invaden cada imagen. Vemos una cama tendida que permanece intacta y espera a quien duerma en ella, ropa lista para usarse, un recado manuscrito o una lista de metas por cumplir a corto y largo plazo... Son fotografías que intentan narrar y, al mismo tiempo, asir la identidad de una vida. Prontamente, lo que empezó como un ejercicio documental muy intuitivo se convirtió en parte medular de los afectos y compromisos vitales de la autora. La práctica fotográfica de Mayra Martell, constante hasta el día de hoy, ha desbordado el campo de la imagen para convertirse en actos de investigación, escucha, empatía y acompañamiento a las madres de las mujeres desaparecidas.

El acto de extrañar es el nombre que la artista le ha dado a este ritual fotográfico, en el que la recuperación del archivo íntimo, la imagen, el espacio y la palabra reformulan un retrato de cada una de esas vidas arrebatadas y las conservan latentes. Pero no solo como un acto afectivo y de memoria, sino como una demanda de justicia ante la impunidad en un país feminicida donde se culpa a las mujeres de su propia muerte.

Todas las imágenes son cortesía de la artista y pertenecen al proyecto *Ensayo de la identidad*, 2005-2022.

Habitación de Érika Carrillo, 19 años.
Desapareció el 11 de diciembre del 2000. Era estudiante
de ingeniería civil en el Tecnológico de Chihuahua ▶





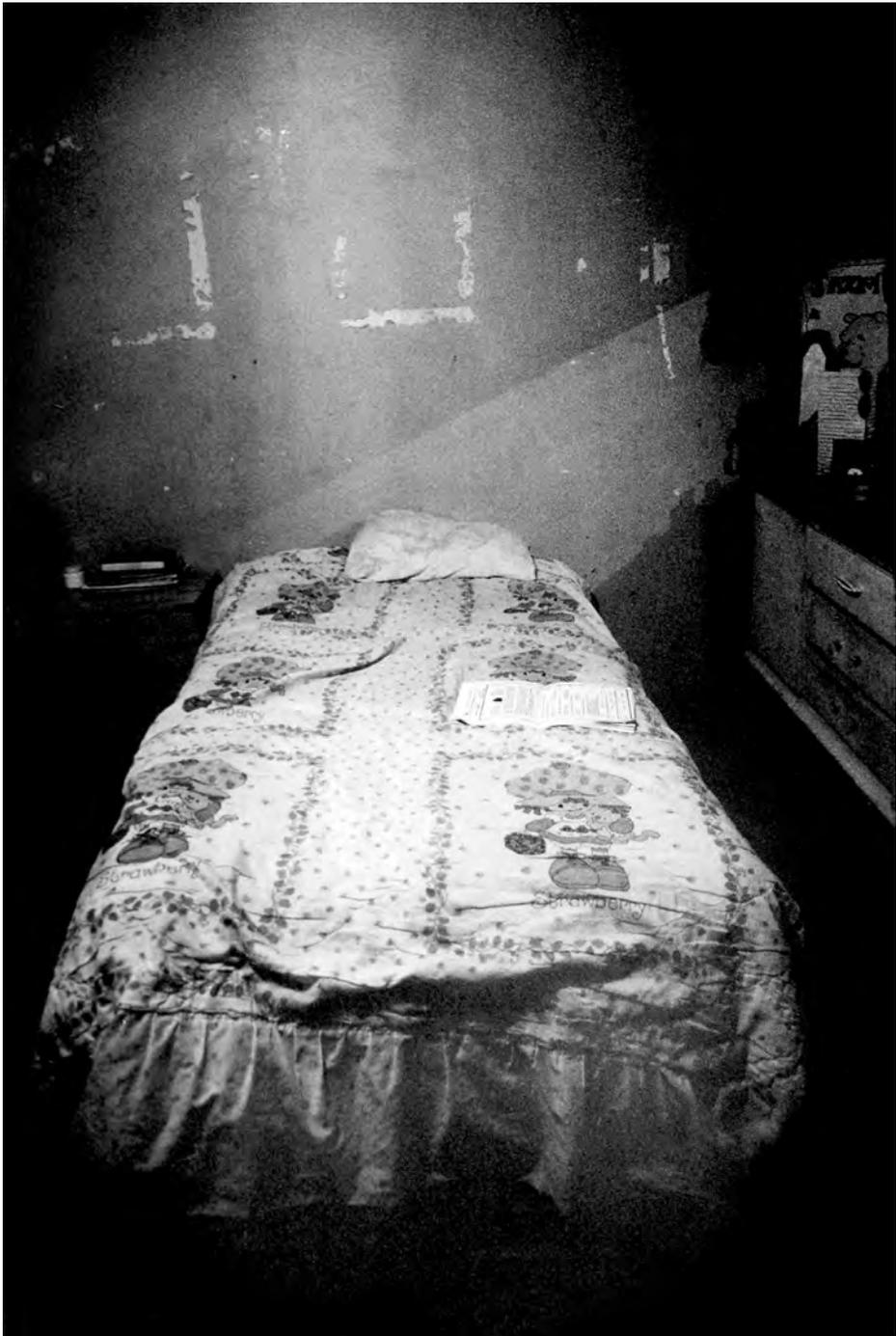
Habitación de Griselda Muroa López, 16 años. Desapareció el 13 de abril de 2009 en el centro de Ciudad Juárez. Fotografía a sus primeros meses de nacida



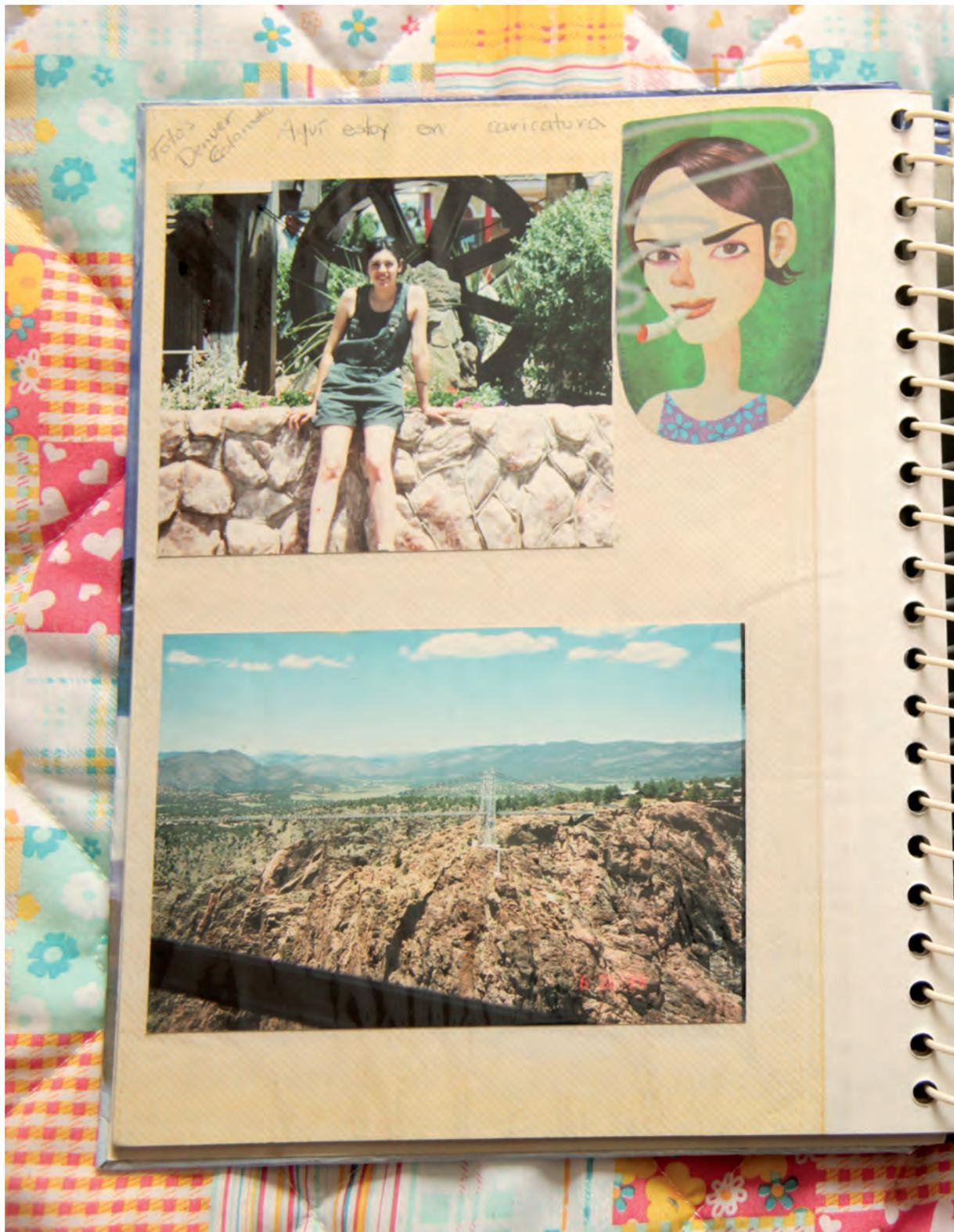
Casa de Blanca Grisel Guzmán, 15 años. Desapareció el 10 de octubre de 1996.
Compartía la cama con su madre y su hermana



Sala en Ciudad Juárez



Habitación de Elena Gudán Simental, 19 años. Desapareció el 22 de marzo de 1997



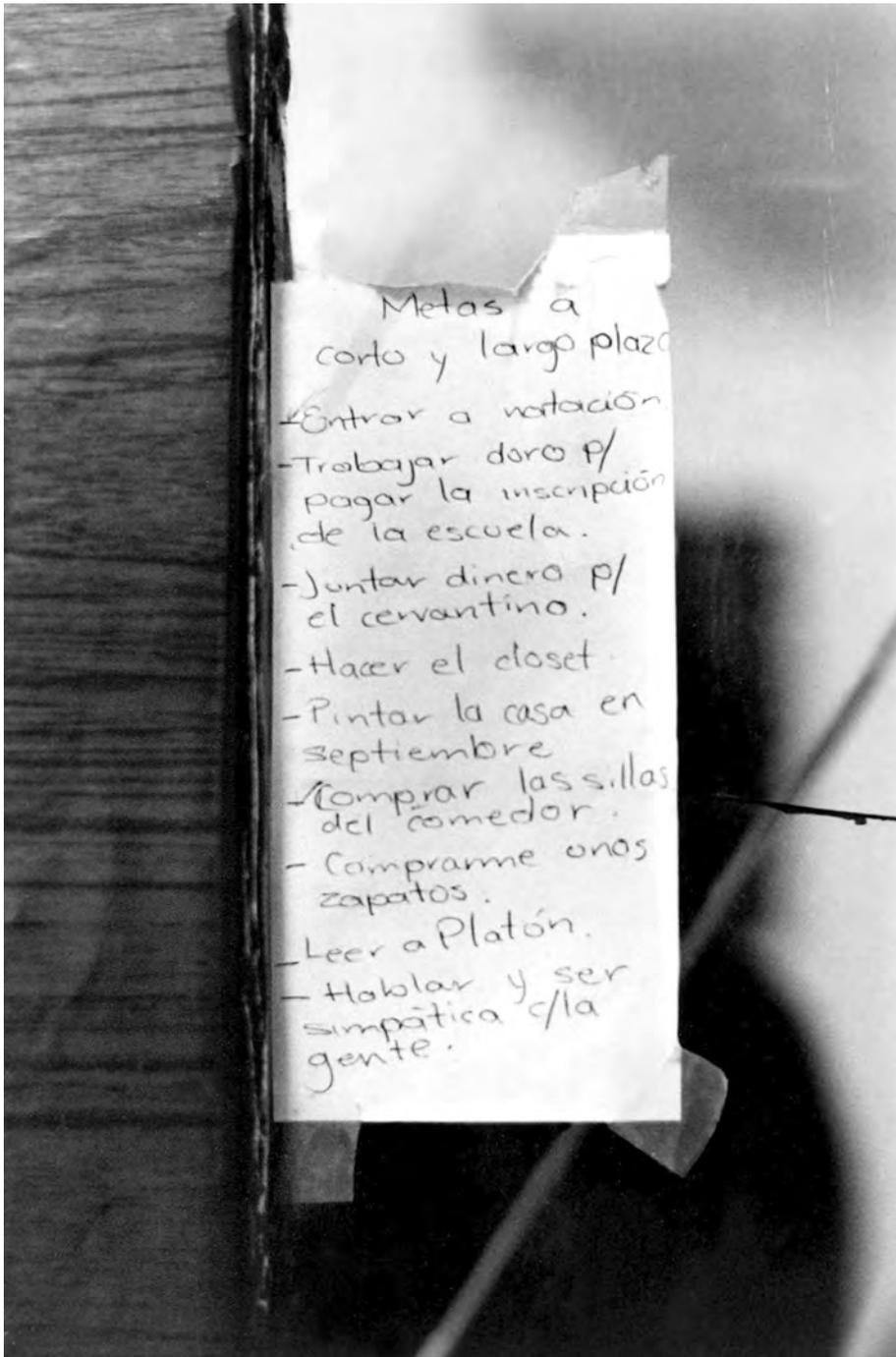
Álbum personal de Érika Carrillo, 19 años. Desapareció el 11 de diciembre del 2000

Me despetes abrazada de un
árbol!!!



Pero aquí me tienes feliz y contenta.





Metas a
corto y largo plazo

- Entrar a notación.
- Trabajar duro p/
pagar la inscripción
de la escuela.
- Juntar dinero p/
el cervantino.
- Hacer el closet.
- Pintar la casa en
septiembre
- Comprar las sillas
del comedor.
- Comprarme unos
zapatos.
- Leer a Platón.
- Hablar y ser
simpática c/la
gente.

Metas de Érika Carrillo, desaparecida en el 2000

©Enrique Ježik, *Obús V*, 1996.
Plomo y latón. Cortesía del artista ▶



PANÓPTICO

DE LO REGIONAL A LO PLANETARIO

ENTREVISTA CON
RODRIGO REY ROSA

Mauro Libertella

Rodrigo Rey Rosa es hoy uno de los escritores más universalistas de Centroamérica. Su historia personal está saturada de viajes y países, pero hay dos ciudades que fueron determinantes en sus años de formación: Nueva York y Tánger. Ida y vuelta, vivió saltando de los edificios, el dinero y el avantgarde neoyorquino a una urbe donde el tiempo no es nada y se consume entre los dedos a la velocidad de un cigarro de hachís. Rey Rosa alcanzó el equilibrio exacto: en ese péndulo que va de lo regional a lo planetario, de lo íntimo a lo híper público, se selló el tono de su literatura.

¿Cómo eran las librerías en la Guatemala de tu juventud?

Las librerías comerciales eran pésimas. Había unas librerías de viejos, interesantes, que ya han desaparecido, quizás quedan una o dos. Durante mi adolescencia, sin tener ninguna aspiración literaria, era visitador de librerías. Andaba buscando y no había nada. Clásicos era lo mejor que había. Porrúa, Losada y Sudamericana llevaban los clásicos. Había mucho esoterismo también. Un gringo tenía una librería en inglés en el centro, muy pequeñita, y él sí ofrecía literatura muy selecta. Pero si no, toda era una tierra de best seller. Un poco después encontré un libro de Borges, *Ficciones*. Lo compré por la portada, porque no sabía yo quién era Borges.

◀ Rodrigo Rey Rosa, 2015. Flickr / Casa de América ©

¿Y en tu casa?

Mi madre poseía una biblioteca reducida pero muy buena. Ella leía mucho en francés, a Simone de Beauvoir, a Sartre. Esos son mis recuerdos preliterarios. Tenía también un tío que era abogado y profesor de historia, con una gran biblioteca, sobre todo jurídica, pero también algunas buenas novelas en francés. Los románticos, Victor Hugo. De ahí sacaba algunas cosas también. Pero hay que pensar que había una censura increíble, eran los primeros años de la dictadura militar, y controlaban mucho el flujo de libros.

¿Cuándo empezaste a salir de Guatemala, a confrontar tu experiencia con otros lugares?

A los quince hice un viaje de un mes. Luego, apenas cumplí dieciocho, me fui un año entero a Europa. Ahí fui aprendiendo que se puede salir y vivir fuera.

Y cuando llegás a Nueva York para vivir, ¿cómo fue la adaptación?

Muy alegre. En ese tiempo, el Lower East Side, el Bowery, era muy latino. Yo me sentía como en casa. Nunca experimenté nostalgia ni melancolía por mi país. Me había escapado además de algo que no me gustaba, que era el ambiente guatemalteco, en el que no se podía respirar. Y no se sabía por qué, porque las grandes matanzas no estaban en la prensa. En Nueva York mismo me enteré un poco más de lo que pasaba en Guatemala, porque en mi país estaba todo velado.

¿Qué escribiste ahí?

Ahí empecé a escribir prosas muy violentas. Sufría mucho de pesadillas. Muchos de mis amigos habían muerto por cuestiones relacionadas con la política. Ese fue mi primer material literario. Trataba de expresar eso, y creo que ese tratamiento de la violencia fue lo que hizo que a Paul Bowles le gustaran mis cuentos. Bowles era también gran admirador de Borges, y cuando me preguntó qué escritores me gustaban, lo mencioné inmediatamente.

¿Cómo era tu relación con el idioma inglés y con la escena literaria viviendo en Estados Unidos?

Al año de llegar conocí a un poeta perteneciente a un movimiento de poesía radical que tuvo su origen en *The language poetry*, un programa que hacía poesía más con la sintaxis que con el sentido: formalista, conceptual. A mí me fascinaba, y ese era mi contacto con la literatura viva. Ellos se juntaban todos los domingos, y creo que se siguen juntando. Era algo religioso. Yo nunca llevaba nada para leer, pero ellos leían sus cosas y yo los miraba y los escuchaba. Había un intercambio interesante entre San Francisco, Nueva York, Londres, Toronto: las metrópolis de lengua inglesa. Me daba una cierta envidia no tener gente de mi edad y latinoamericana con quien establecer ese tipo de intercambio que veía en ellos. Los libros de ese grupo son difíciles de leer, pero si has estado en aquellas lecturas y has escuchado un poco cómo se debe leer eso, ya entras con mayor fluidez a los textos.



Berenice Abbott, *Manhattan Skyline: I, South Street and Jones Lane*, 1936. The New York Public Library ©

¿Y cómo fue tu experiencia en Marruecos? ¿Tu adaptación fue rápida?

Inmediata. Tánger lo sentí como mío rápidamente. Yo soy defensor del consumo de cannabis, y ese es el paraíso en ese sentido. Y esa mezcla entre lo exótico y lo familiar. Yo había leído sobre el norte de África bastante, así que ya tenía alguna idea de lo que me iba a encontrar. Ese año, el ochenta, tuve mucha suerte. Me fui de Guatemala, caí en Nueva York, a la casa de un amigo que me había ofrecido su sitio. Él me dijo que si quería quedarme no tenía que ser de ilegal, que estudiara cualquier cosa para conseguir una visa. No muy lejos había una escuela de arte donde ofrecían una beca para ir a estudiar literatura a Marruecos con Paul Bowles. Fue una serie de coincidencias. A los dos meses de haber llegado a Marruecos estaba embarcado ya de lleno en este programa. Bowles me cayó muy bien, un tipo muy divertido, al que

además le gustó lo que yo estaba escribiendo. Yo empezaba a escribir y se me soltó más la cuerda. Regresé a Nueva York, estuve todavía un año, y me compré un billete para volver a Marruecos. Me fue bien, salió un libro, mis padres entendieron que no estaba perdiendo el tiempo. La idea de Tánger para mí es la de la felicidad y la escritura.

¿Llegaron a hablar de cosas personales con Bowles, intimidades?

No. Era muy británico, no hablaba nunca de lo que le pasaba ni me preguntaba si yo tenía novia o algo así. Lo que yo le quería contar, él lo escuchaba, pero no preguntaba. Creo que por eso tuvimos una amistad tan larga y sin altibajos. Alguna vez le tuve que pedir dinero prestado, porque me habían robado. Y me preguntaba: ¿cuándo cree que me lo puede devolver? Él no tenía mucho dinero. Al final, cuando Bertolucci

En la India escribir con algún tipo de familiaridad es un proceso que le puede llevar años a un extranjero.

hizo la película basada en la novela *El cielo protector*, sus libros se reeditaron y empezó a vender mucho. Pero él vivía muy austeramente. Antes de que se transformara en un boom, en el 91, llegó un editor y le pagó 400 dólares por todos sus cuentos. Esa fue una gran lección para mí. Vivía en un apartamento pequeño. Cuando empezó a tener este éxito increíble llegaban periodistas y no podían creer que él viviera ahí. Sus amigos americanos lo admiraban por no haber hecho nunca nada que no hubiera querido. Era además de una gran ecuanimidad, no lo tocaban ni la gloria ni la fama. Nunca le decía que no al que le tocara la puerta: a un mendigo lo hacía pasar a tomar una taza de té, lo mismo que a Forbes, que llegó un par de veces porque tenía una casa en Tánger. La misma amabilidad para todos.

¿Tenés rituales tipo “necesito escribir con tal música, a tal hora”?

Antes escribía muy tarde, y eso ha cambiado, en parte porque tengo una hija. Así que tiendo a escribir más a la mañana, supongo que por la edad. Y sí, generalmente, cuando estoy avanzado, me gusta fumar un poquito para no distraerme con nada. Desconecto el teléfono, cierro la comunicación.

Escribiste sobre Tánger, sobre Nueva York, sobre India, sobre distintos lugares en los que has vivido. ¿Cuánto tiempo sentís que necesitás estar en un lugar para poder escribir sobre él?

Con Tánger tardé casi veinte años en animarme a escribir. Bowles había escrito so-

bre Tánger, y a mí me parecía impertinente hacerlo después de él. Depende un poco, supongo, del texto que uno quiera hacer. A la India fui a escribir lo que me pidieron. Pero en la India escribir con algún tipo de familiaridad es un proceso que le puede llevar años a un extranjero, por más que uno haya leído y tenga un previo conocimiento del lugar. Hay un tipo de escritura de viaje, sin embargo, en la que los anglosajones son expertos, por la que llegan a un lugar e inmediatamente hacen un tejido que tú comprendes, una especie de paisajismo por el que pueden transmitir lo que es estar ahí. Es un misterio anglosajón que echo de menos en la escritura de viajes latinoamericana. El libro de Octavio Paz sobre la India, *Vislumbres de la India*, es un libro sobre México. Es hermoso en sí, pero eso no es la India.

Cambiando de libro, leí que, a la mitad de tus investigaciones en el archivo de la Policía Nacional donde transcurre la novela *El material humano*, te prohibieron la entrada. ¿Por qué fue eso?

La persona que me dejó entrar ahí lo hizo porque temía que ese proyecto de recuperación se cayera, que lo sacaran y se destruyera. Él veía en mí una especie de reaseguro, un chip de seguridad. La garantía de que algo se iba a contar. Yo estaba entrando porque él me lo permitía. A él no lo conocía, pero le gustó mi proyecto y los dos nos encontramos útiles. Los que investigaban en el archivo tenían un contrato de mordaza, de no hablar de lo que sucedía. Había escritores ahí, gente que estudiaba

leyes, investigadores. Y ellos querían hablar de eso, pero no podían. Y yo, alguien de la calle, estaba de repente en ese mismo lugar para escribir sobre eso, lo cual molestó, generó envidia. El tipo me dejó entrar por debajo del control del procurador. Me dejó trabajar seis meses y un día no pude ir más. Eso no lo entendí muy bien. Mucho más tarde me explicó que él tenía gente más arriba que le impidió que yo siguiera adelante.

Ese es un libro muy complejo en términos de edición: ¿cuándo entendiste la estructura?, ¿cuándo la viste completa?

Ese libro es pura edición. La única ficción es el armado. Yo moví cosas para que se pudiera leer. Cuando tomaba notas no sabía, quería hacer un libro de no ficción. Cuando ya no me permiten entrar en el archivo, cambia todo. La última línea me la da involuntariamente mi hija. Me la llevé al mar, junto con todos los cuadernos para ver qué hacía con todo eso. Ella me pregunta qué estás haciendo y yo le digo que estoy escribiendo un libro pero que no sé cómo va a terminar. Y ella me dice: "Yo sé cómo va a terminar, que tú vas a desaparecer y yo voy a estar gritando porque no te encuentro". Ese es el final, supe.

¿Qué edad tenía ella en ese momento?

Seis. Impresionante para mí.

A tu madre la secuestraron y en ese libro también contás un poco de ese secuestro. ¿Cuándo ella volvió le contó cómo fue todo?

Sí. Ella, de hecho, había escrito toda la experiencia, pero le quitaron el diario cuando salió. Mi madre quería tener una memoria de lo que fue pasando a lo largo de todos esos meses de secuestro, y llenó cuadernos. La dejaron escribir, pero no la dejaron llevarse el cuaderno. Ella cree que estuvo en tres o cuatro lugares distintos, siempre dentro de un cuarto y en el cuarto en una tienda de campaña, de la que solo podía salir para hacer un poco de ejercicio.

¿Ustedes cómo sabían que ella estaba viva?

Al principio mantuvimos un contacto constante, cuando pedían un rescate. Eso fue en el 81, cuando hubo una avanzada guerrillera. Ocurrió una gran matanza en ese momento y nosotros durante dos o tres meses creímos que ella había caído en una de esas. Fueron meses de silencio, en los que yo pensaba que estaba muerta, hasta que aparecieron otra vez y pidieron la tercera parte del dinero que habían pedido en un principio. Además, deben haber sentido el calor, que estaba muy jodido, y quisieron solucionarlo rápido.

Y eso aparece una y otra vez en tus libros, como un fantasma.

Bueno, porque yo estaba comenzando a escribir en ese momento. Llevaba un año de estar escribiendo en serio, pero pasaron varios más hasta que lo puse en papel, porque era difícil de escribir y de decir. Pero luego apareció de diferentes modos, en muchas de las cosas que he escrito. **U**

LOS CAMINOS LETALES DEL SUEÑO AMERICANO Y EUROPEO

Guillermo Alonso Meneses

En junio de 2022, con pocos días de diferencia, ocurrieron dos tragedias en un par de puntos distantes del globo cuyas víctimas eran migrantes que intentaban, por una parte, cruzar la frontera y llegar a España y, por la otra, alcanzar una casa de seguridad o "clavo" en Estados Unidos. Me refiero a los trágicos eventos acaecidos en Nador y Melilla, ciudades ubicadas a ambos lados de la frontera entre Marruecos y España, donde murieron más de veinte migrantes de origen sudanés en el intento por saltar la valla de división (algunas fuentes elevan a cuarenta el número de víctimas), así como al hallazgo de 53 migrantes muertos (aunque se llegó a hablar de 64) en el interior de un tráiler estacionado en las afueras de San Antonio, en Texas.

No es la primera vez que ocurren tragedias similares en muy parecidas circunstancias. Además, los factores que animan a migrar asumiendo enormes riesgos en América, África o Asia siguen siendo los mismos desde hace décadas. Planteado esquemáticamente, sobresalen tres esferas causales: la primera sería la infraestructura: "las superficies duras de la vida", como diría Clifford Geertz, o sea, el territorio y la naturaleza; la segunda, la superestructura: instituciones como la familia, la escuela, el gobierno municipal o el federal; y la tercera, las visiones del mundo: imaginarios, valores, proyectos de vida.

En la intersección de estas tres esferas afloran sucesos siempre difíciles de prever. Por eso, entre otras causas,

Karl Wiener, *Presente*, ca. 1923 © ▶



Tragedias como las de Marruecos y Texas ocurren a diario por todo el planeta al menos desde hace un par de décadas.

quienes se embarcan en el proyecto migratorio muchas veces han sido empujados por el resorte de una guerra, la represión de un gobierno totalitario, una crisis económica, un huracán, sequías que hacen imposible la viabilidad de cualquier cosecha, la falta de oportunidades para iniciar un proyecto de vida o una red familiar y de amistades que ya residen en un país extranjero y los apoyan en su intento.

Tragedias como las de Marruecos y Texas ocurren a diario por todo el planeta al menos desde hace un par de décadas. Ya se olvidó la tragedia de Victoria (Texas) donde, como en el caso reciente de San Antonio, las víctimas murieron asfixiadas en la caja de un tráiler. Era el mes de mayo de 2003 y el vehículo que los llevaba a Houston tuvo problemas: fallecieron diecinueve personas procedentes de Honduras, El Salvador y de estados mexicanos como Puebla, Veracruz, Zacatecas y el Estado de México. Entre ellas había un niño de tres años y un anciano. En julio de 1987 aparecieron dieciocho migrantes muertos que se habían ocultado en un vagón que fue cerrado y estacionado durante semanas en Sierra Blanca, al suroeste de Texas. Un incidente similar ocurrió en octubre de 2002, cuando se hallaron los cadáveres de once migrantes que llevaban muertos varios meses en Denison (Iowa), también en un vagón ferroviario sellado y estacionado.

En Europa las cajas de los camiones también se usan para transportar a los migrantes y ha habido tragedias análogas. En junio del año 2000, en Dover (Reino Unido), al abrir el contenedor de un tráiler encontraron los cadáveres de 58 migrantes de origen chino. En agosto



Mexico: safe spaces for children on the move, 2018.

de 2015 fallecieron 71 inmigrantes de origen sirio, iraquí y afgano (es decir, de países sumidos en conflictos y guerras) en el interior de un camión frigorífico localizado en una carretera al este de Austria. Uno de los últimos episodios acaecidos en suelo europeo ocurrió en octubre de 2019 con víctimas también de nacionalidad china. Los 39 fallecidos se hallaban en un camión refrigerado que apareció en Essex, al este de Reino Unido.

Como se puede comprobar, sobre los contenedores recae una historia de décadas vinculada al desplazamiento de migrantes, tanto en México y los Estados Unidos como en Europa. Hace años entrevisté a un expollero tijuaneño que en 1969, con solo 17 años de edad, ya conducía de San Diego a Los Ángeles cargas de migrantes o de marihuana. Me dijo que el negocio experimentó un salto cualitativo a prin-



Fotografía de DG ECHO. Flickr ©

cipios de la década de 1970, cuando comenzaron a utilizar contenedores con aire acondicionado o refrigeración. La cantidad de personas que podía transportarse en un solo viaje aumentó, de modo que las ganancias se multiplicaron y los autos y camionetas se hicieron menos rentables.

Por otra parte, la tragedia entre Nador y Melilla tiene antecedentes históricos igualmente preocupantes. Melilla, ciudad española en tierras africanas, marca también con su frontera los límites de la Unión Europea. De ahí que en 1993, al entrar en vigor el Acuerdo de Schengen, que establece la libre circulación de ciudadanos de la Unión Europea por todos los Estados miembros, comenzó a levantarse una valla que impermeabilizaría la frontera española. Así se introdujo el concepto de “externalización de fronteras” y Melilla, situada

cerca de Argelia, se convirtió en una zona estratégica. Años después, en 2005, ante las distintas presiones fronterizas que se producían en países como Polonia, Grecia o España, se creó la Agencia Europea para la Gestión de la Cooperación Operativa en las Fronteras Exteriores de los Estados miembros de la Unión (Frontex), con sede en Varsovia.

Desde 1993 la frontera de Melilla ha sido reformada para hacerla cada vez más impenetrable —un proceso similar al de San Diego-Tijuana, cuya estructura no ha dejado de recibir “mejoras”, también desde, aproximadamente, 1993—. Melilla atrae sobre todo a migrantes procedentes de países subsaharianos que llegan por las “carreteras” de Argelia, de por sí hostiles debido a las condiciones del desierto. Hay dos principales rutas que atraviesan el desierto del Sahara y pasan por Argelia y Marruecos hasta llegar a las afueras de la ciudad de Melilla: una transcurre por Nigeria y Níger; la otra por Ghana, Burkina Faso y Mali. Sin embargo, las condiciones cambian dependiendo de los conflictos en la región. Por ejemplo, tras la muerte de Gadafi, Libia se sumió en el caos y se convirtió en trampolín migratorio. De Bengasi, donde fue asaltado el consulado estadounidense y asesinado el embajador, salían embarcaciones que alcanzaban la costa cercana de la isla italiana de Lampedusa. No hay que olvidar que la región está desestabilizada desde hace años por la presencia del terrorismo yihadista del Estado Islámico.

Fue en este contexto que el 24 de junio un grupo de aproximadamente mil 500 migrantes bajó de los montes donde históricamente han estado los campamentos de quienes aspiran a saltar las vallas fronterizas hacia Melilla. Al parecer, la mayoría eran ciudadanos de

Sudán y Sudán del Sur, una región con guerras locales y cuyos migrantes habían sido hasta entonces estadísticamente irrelevantes en Melilla, lo cual es un indicio de cómo los conflictos regionales “lejanos” pueden devenir en flujos migratorios extraordinarios. Al amanecer se presentaron en la frontera e intentaron forzar las puertas con herramientas. Luego intentaron trepar la cerca. Uno de sus tramos (hay varias líneas en paralelo) cedió y una veintena de migrantes cayó de espaldas desde más de cuatro metros de altura. Del otro lado, la Guardia Civil española utilizó material antidisturbios mientras algunos heridos graves se encontraban aún entre las estructuras. El resultado fue una represión inhumana que cobró un número indeterminado de víctimas. Solo Marruecos sabe la cifra real y, debido a la opacidad del régimen, es posible que nunca contemos con un dato fiable.

Esta visión comparativa de las dos recientes tragedias de migrantes irregulares muestra cómo los sueños migratorios concluyen en demasiadas ocasiones con la muerte. Además, durante décadas, las víctimas han pertenecido a países abandonados a su suerte por el Occidente enriquecido. Si en la frontera entre México y Estados Unidos han fallecido alrededor de once mil migrantes de 1993 a 2021, en el sur de la Unión Europea posiblemente el mar haya engullido al doble de víctimas. El norte global necesita migrantes por razones económicas y demográficas, de la misma manera que requiere de materias primas de los países de procedencia de estos migrantes. Si una política de fronteras abiertas y libre tránsito no es una solución factible, frente a los discursos políticos anti-migrantes que crecen en Europa y los Estados Unidos urge imaginar otras soluciones. **U**



Inmigrantes de Bangladesh retenidos en Melilla, 2009. Fotografía de Fronterasur. Flickr ©

MÁS ALLÁ DE LA GENÉTICA: LA EPIGENÉTICA

Rocío García Flores y Félix Recillas Targa

Los seres vivos que habitan nuestro planeta tienen la capacidad de reproducirse y heredar su material genético a las siguientes generaciones. Fue a partir del siglo XX cuando se descubrió que el ADN (ácido desoxirribonucleico) es la molécula responsable de la transmisión de la herencia. Este ADN se transcribe y se traduce mediante la codificación de su secuencia a proteínas que dan lugar a todos los tipos de células y por ende a un organismo. Más tarde se supo también que el ADN se encuentra en un pequeño núcleo de tamaño microscópico en las células nucleadas, que es igual en todas las células de un mismo organismo y que mide aproximadamente dos metros de longitud. Muchas interrogantes surgieron a partir de estos descubrimientos: ¿Cómo es que dos metros de ADN caben en un espacio tan diminuto?, ¿por qué existen células tan distintas en un mismo organismo si su material genético es el mismo? y también, ¿cuál es la relación entre la información genética y el entorno ambiental de cada célula, que en su conjunto determinan una característica o rasgo observable?

Hoy se sabe que la cromatina (o material de la herencia) está constituida por un conjunto de proteínas (histonas) y ADN, y que este último se encuentra "enrollado" alrededor de las histonas, formando su unidad mínima de compactación, y también que la sofisticada organización descrita conforma una estructura altamente compacta que, al descompactarse en ciertas regiones, permite la expresión de los genes que se encuentran en ella.

Bill Sanderson, *La familia de Laocoonte entrelazada en espirales de ADN*, 1990. Wellcome Collection © ▶



GENÉTICA VS. EPIGENÉTICA

En 1942 Conrad Waddington acuñó el término *epigenética* (del griego "epi", "sobre" o "por encima" de la genética) para tratar de explicar fenómenos biológicos que la genética no lograba clarificar. De esta forma se fue desarrollando la definición que, hoy en día, establece que la expresión de los genes puede ser regulada sin que ocurran cambios en la secuencia del ADN, y que dichos cambios pueden ser transmitidos de una generación celular a la siguiente (no de padres a hijos). Con los avances en el conocimiento se demostró la estricta interdependencia entre la información genética y la regulación epigenética para lograr la expresión de un gen en el momento adecuado del desarrollo de un organismo y en los tipos celulares y en los tejidos necesarios. En función de ello, evolutivamente hablando, se crearon "interruptores moleculares" que permiten controlar las señales para descompactar o compactar la cromatina y, de esta forma, facultar

de manera finamente regulada la expresión de los genes o su silenciamiento.

La expresión de los genes ocurre no solo mediante la lectura y transcripción del material genético, sino que depende también de poder modular (compactar o descompactar) la cromatina. Así pues, la regulación epigenética, además de centrarse en la expresión de genes, es primordial en la organización de la cromatina para alcanzar el mayor grado de compactación después de la duplicación del ADN, lo cual lleva a la posterior división celular y a la perpetuación de la vida.

La estrecha relación entre la genética y la epigenética es indudable. Uno de los ejemplos más claros son los estudios realizados en gemelos idénticos, cuyo genoma (información genética) es igual. Sin embargo, con el transcurso de los años y la influencia del ambiente, sus epigenomas (la manera en que la cromatina está compactada o no compactada) van cambiando. Lo anterior se ve reflejado en los casos



The Cholmondeley Ladies, ca. 1600-1610. Tate Collection ©

La epigenética, además, permite modular muchas respuestas extracelulares, como al frío, a ciertos alimentos, a la sequía en plantas.

en que uno de los individuos es sano y el otro presenta una patología, por ejemplo, algún tipo de cáncer o una padecimiento cognitivo como la enfermedad de Alzheimer. La presión social, el sedentarismo, los hábitos alimenticios, incluso los microorganismos que naturalmente cohabitan nuestro cuerpo, entre otros factores, pueden causar estas diferencias en el epigenoma.

EL EPIGENOMA

En el transcurso de las dos últimas décadas y con los avances de las nuevas estrategias de secuenciación a escala de genomas completos (genómica) ha sido posible describir y entender mejor la organización de los distintos epigenomas. Estos estudios se han completado con el desarrollo de nuevas metodologías experimentales, que incluyen la microscopía de fluorescencia de muy alta resolución, los protocolos moleculares sofisticados y la biología computacional, entre otros. De esta forma se ha generado una enorme cantidad de información que se almacena en grandes y complejas bases de datos, cuyo acceso es público. Así, los estudios científicos en este campo ha experimentado un cambio radical con la creación de grandes consorcios internacionales de investigación con un enfoque multidisciplinario. Cabe destacar el surgimiento de la biología computacional o bioinformática, herramienta imprescindible que hoy en día permite efectuar procesos de inteligencia artificial, modelaje computacional y el manejo de la enorme cantidad de datos derivados de la secuenciación para determinar procesos epigenómicos y genómicos.

Lo anterior nos ha llevado a concluir que la regulación epigenética es sumamente compleja, sobre todo por el gran número de paráme-

tros que intervienen. Además, se ha puesto en evidencia que el epigenoma no es continuo y que los cromosomas están compuestos por diferentes tipos de epigenomas, los cuales funcionan como un código de barras que transmite, a lo largo de cada cromosoma, señales que permiten la expresión regulada de los genes e, incluso, el control de la división celular.

EFEECTO DE LA EPIGENÉTICA EN EL DESARROLLO DE LOS ORGANISMOS

En etapas tempranas del desarrollo de un organismo, en particular en las divisiones celulares post-fecundación, la relación genética y epigenética es de suma importancia, ya que son necesarios procesos epigenéticos de "apagado de genes", es decir, la no expresión de genes coordinada con la expresión de otros para determinar y mantener cada uno de los tipos celulares que forman a los tejidos y, por lo tanto, a un organismo completo, sea humano, ratón, planta, etcétera. En cada división celular estos procesos determinan cómo se especializa una célula, es decir, cómo se forma una célula de hígado, muscular, cardíaca, del sistema inmune y así, hasta completar más de 200 tipos celulares distintos en el caso del ser humano. La epigenética, además, permite modular muchas respuestas extracelulares, como al frío, a ciertos alimentos, a la sequía en plantas, a la floración (invierno versus verano), a hormonas y muchos otros aspectos fisiológicos que llevan a la formación, mantenimiento y supervivencia de un organismo.

Lo relevante de conocer a fondo la participación de la epigenética en la diferenciación celu-

lar es que permite diseñar novedosas estrategias de terapia celular para abordar distintas enfermedades, como ciertas leucemias y cardiopatías.

ASPECTOS FISIOLÓGICOS DE LA EPIGENÉTICA

Recordemos que los aspectos ambientales claramente pueden modificar nuestro epigenoma. En la actualidad, los estudios que intentan entender el origen y desarrollo de diversos tipos de tumores deben tomar en cuenta la contribución de defectos genéticos y epigenéticos. Incluso mutaciones (cambios en la secuencia del ADN) en reguladores epigenéticos pueden amplificar el efecto patológico. Por lo tanto, a nivel clínico es necesario incorporar los procesos epigenéticos en el diagnóstico temprano, así como estrategias terapéuticas de diferentes enfermedades.

En mamíferos se ha demostrado que ocurre un borrado de señales epigenéticas que se inicia después de la fecundación para impedir que estas sean transmitidas de padres a hijos y evitar un proceso de cambio genético y epigenético acelerado e incompatible con las reglas evolutivas de los organismos. Por ello, aún no podemos hablar de determinismo epigenético, decir por ejemplo que “somos lo que nuestros padres comieron”. Sin embargo, algunos indicios sugieren que rasgos epigenéticos pueden ser transmitidos a las siguientes generaciones. Este es un tema de investigación actual muy atractivo, donde se plantean más preguntas que respuestas. Merece la pena mencionar también el carácter reversible de los procesos moleculares a nivel epigenético, lo que nos permite ser optimistas en cuanto a futuras metodologías terapéuticas y preventivas en beneficio de la salud.

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Una de las áreas emergentes dentro de la epigenética trata de estudiar cómo ciertos rasgos epigenéticos podrían transmitir un fenotipo a la descendencia entre padres e hijos, por ejemplo, la obesidad, el autismo o la depresión. Empero, los resultados que se tienen hasta el momento no permiten aún contar con claras certezas al respecto. Sabemos que la información genética es transmitida a las nuevas generaciones siguiendo las reglas de la genética clásica, pero aún falta por conocer con qué frecuencia se segregan los rasgos epigenéticos, incluso, si son realmente heredados y con una regularidad identificable.

Sin duda alguna, la combinación de errores genéticos (mutaciones principalmente) y errores epigenéticos son causantes de muchas enfermedades y su estudio es prioritario para un gran número de países e investigadores en todo el mundo. Entre muchas patologías, merecen particular atención desde la perspectiva epigenética: el estudio del cáncer, diabetes, enfermedades neurodegenerativas y cardiovasculares, entre otras.

Nos encontramos en un momento histórico y de indudable evolución en el conocimiento a través de cambios de paradigmas en la biología. Para ello, resulta urgente crear en nuestro país, en nuestra Universidad Nacional, un instituto que se concentre en el estudio multidisciplinario e integral de la epigenética, cuyas investigaciones puedan repercutir en la comprensión, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades que aquejan a nuestra población. Hoy en día, y con el esfuerzo realizado en nuestra universidad y otras instituciones, existen los recursos humanos con suficiente masa crítica y experiencia para lograrlo. Debemos aprovechar esta gran oportunidad. **U**

¿HA CERRADO FRANCIA SU CICLO POLÍTICO?

Guillermo Fernández-Vázquez

Cada cinco años en Francia la vida política se acelera, robustece, comprime y recompone hasta recuperar finalmente su ritmo habitual. Cada cinco años coinciden allí las elecciones presidenciales —a dos vueltas— y las legislativas en un largo *sprint* plebiscitario que deja casi todo decidido hasta el lustro siguiente.

No obstante, a pesar de que haya concluido el ciclo electoral, las cuestiones políticas en Francia continúan muy abiertas. En primer lugar, porque tanto las elecciones presidenciales como las legislativas han mostrado que el rechazo a Emmanuel Macron está muy extendido en la sociedad francesa. En segundo lugar, la oposición (liderada ahora por la izquierda alternativa —y no por el Partido Socialista— y por la extrema derecha —y no por los Republicanos—) ha logrado unos resultados históricos, dejando en minoría al partido del presidente en la Asamblea Nacional. Y finalmente, los cordones sanitarios y los acuerdos tácitos de naturaleza ético-política han perdido fuerza, autoridad, legitimidad y, por lo mismo, han dejado de seducir y movilizar al electorado. De pronto Francia constata, entre el desconsuelo y la excitación, que el viejo orden cuyo desmoronamiento comenzó en 2017 ha desaparecido definitivamente y, al mismo tiempo, que la recomposición política iniciada entonces aún no ha cristalizado; lo cual dibuja un panorama muy abierto y siembra incógnitas en el quinquenato de Macron. *Incertidumbre* es, de hecho, la palabra de moda en Europa.

Claude Monet, *La Rue Montorgueil en París. Celebración del 30 de junio de 1878*, 1878 © ▶





Marcha por el clima, París, 2021.
Fotografía de Jeanne Menjoulet. Flickr ©

LA SOCIEDAD DE LOS TRES BLOQUES

Antes de entrar al detalle de las interrogantes, es importante resaltar que en los últimos años la sociedad francesa se ha dividido en cuatro sectores equiparables en tamaño y en tres bloques políticos bien diferenciados. Los cuatro sectores se corresponden con el sector popular —11.2 millones de votos—, el centro-derecha liberal —11.4 millones—, la extrema derecha —11.3 millones— y la abstención: 12.8 millones de ciudadanos que deciden no acudir a las urnas.

Paralelamente, los tres grandes bloques apuntan en primer lugar al “bloque de la izquierda”, compuesto por el partido de La Francia Insumisa, el Socialista, el Comunista, Los Verdes, el Nuevo Partido Anticapitalista y Lucha Obrera, formaciones que comparten, a pesar de sus diferencias, una misma visión ideológica del país. En segundo lugar, el “bloque liberal” concentra al partido del presidente Macron —La República en Marcha (LREM)—, a los

conservadores clásicos de Los Republicanos y a pequeños partidos como el del centrista François Bayrou. Por último, el bloque de la “extrema derecha” o “derecha dura” reúne al *Rassemblement National* (RN) de Marine Le Pen, al partido de Éric Zemmour —¡Reconquista!—, y a *Debout la France*, la modesta formación de Nicolas Dupont-Aignan.

En consecuencia, ya no se trata de un gran bloque de la izquierda frente a su equivalente de la derecha —como ocurrió arquetípicamente en 2007 con Ségolène Royal y Nicolas Sarkozy, o en 2012 con François Hollande y Sarkozy—, sino de tres bloques parejos que necesitan realizar incursiones en el sector de la abstención para destacarse y estar en condiciones de formar mayorías.

MÉLENCHON Y LA NUPES: ACIERTOS Y EXTRAÑA SENSACIÓN FINAL

A pesar de que a finales de 2021 el panorama no parecía muy halagüeño para las izquierdas francesas, arrinconadas en la frustración de resignarse a presenciar otro duelo Macron contra Le Pen, la candidatura de Jean-Luc Mélenchon logró encabezar una asombrosa recuperación a lo largo de los meses de febrero y marzo de 2022 y se quedó apenas a 400 mil votos de acceder a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales.

Aunque no contó con el apoyo del resto de candidatos del “bloque de la izquierda”, el equipo de campaña de La Francia Insumisa supo presentar a Mélenchon como “el candidato del cambio”; o sea, como aquel que venía a desbaratar el cacareado y decepcionante duelo Macron/Le Pen. De esta manera, Mélenchon no encarnaba tanto el perfil de un izquierdista como un factor disruptivo, de quiebre de “la lógica de las cosas” en un país que había vivi-

La sociedad francesa se ha dividido en cuatro sectores equiparables en tamaño y en tres bloques políticos bien diferenciados.

do y sobrellevado cinco años realmente convulsos. Mélenchon fue percibido como el personaje impredecible que muchos esperaban e interpretó con maestría ese papel.

Más adelante, en el interregno entre las presidenciales y las legislativas, el equipo de campaña de La Francia Insumisa consiguió que el eje principal de disputa ya no enfrentara a Macron contra Le Pen y, consecuentemente, al *establishment* contra la extrema derecha; sino al partido del presidente saliente contra Mélenchon. O, lo que es lo mismo: a la derecha y al centro-derecha contra la izquierda. En suma, al “bloque liberal” contra el “popular”.

Este retorno a la discusión pública de la división horizontal de la política entre izquierda y derecha fue mérito de Mélenchon y de su equipo de campaña. Varios días antes de la celebración de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, una de las personas claves de su equipo, Manuel Bompard, acuñó el eslogan “Mélenchon primer ministro”, sorprendiendo al mundo periodístico e insuflando nueva esperanza al electorado progresista francés, que sentía que, por muy poco, otra vez se le había escapado la posibilidad de enfrentarse directamente contra Macron. Además, a través de este lema logró levantar una dinámica de entusiasmo popular —un *sí se puede*, un *aquí no se rinde nadie*— que acabó arrastrando al resto de formaciones de la izquierda a sellar un acuerdo de coalición de cara a las elecciones legislativas.

De pronto, todo lo que no se había logrado en años estaba ahí: el entusiasmo popular, el optimismo electoral, la unión de partidos y la posibilidad de ganar. Y lo que es más importante desde un prisma narrativo y afectivo: estaba ahí contra todo pronóstico. La épica residía en que, tras un largo periodo, el cambio era

posible y además lo protagonizaba la izquierda. O, lo que es lo mismo, que recaía en la izquierda la misión de bajar a la tierra a Macron, contrapesar su “monarquía presidencial” y poner punto final a ese estilo soberbio de hacer política que los franceses denominan “*la macronie*”.

Sin embargo, pese a la buena dinámica de la gran coalición de izquierdas —la *Nouvelle Union Populaire Écologique et Sociale* (NUPES)— los resultados de las legislativas no colmaron plenamente las expectativas. La opción progresista y ecologista logró que el partido de Macron no obtuviera mayoría absoluta en la Asamblea Nacional, lo cual conduce a una cierta “reparlamentarización” del juego político. No obstante, la candidatura de izquierdas no alcanzó a rebasar a LREM al menos en número de votos. Cabe destacar que, en esta ocasión, el cordón sanitario —o, mejor dicho, su ausencia—, perjudicó a los representantes de la coalición de izquierdas. Ante el miedo a ser desplazados por la NUPES, los candidatos del “bloque liberal” no dieron la consigna de “hacer barreira” a la extrema derecha en aquellas circunscripciones en las que en la segunda vuelta se enfrentaban candidatos de la coalición de izquierdas con candidatos del Reagrupamiento Nacional de Le Pen.

El argumento para rechazar el cordón republicano apuntó a que “no se puede obligar a los franceses a elegir entre opciones radicales”, resucitando el viejo mantra de “los extremos se tocan”. La gran beneficiada de este singular ejercicio de doble moral fue la propia Le Pen, que culminó en las nubes un curso político en que temió verse arrastrada por el suelo.

MARINE LE PEN: LA REVENANTE

La extrema derecha francesa ha vivido un duro combate *interno* a lo largo de los últimos meses. La aparición de la candidatura del polemista Zemmour debe ser interpretada como un desafío a Le Pen o, más específicamente, como un pulso a su liderazgo y estrategia. Un sector de la derecha “dura” francesa interpreta que la presidenta del RN es un obstáculo para la victoria del programa neoconservador en Francia. De acuerdo con este punto de vista, Le Pen representaría un lastre en dos sentidos muy precisos: en primer lugar, porque su apellido continuaría suponiendo un estigma para una parte de los franceses que, sin embargo, podrían simpatizar con sus propuestas sobre identidad, seguridad o inmigración. Y, en segundo lugar, porque su línea estratégica seguiría siendo excesivamente estatista en lo económico y complacientemente liberal en lo moral. Ambos motivos, razona un sector de la “derecha desacomplejada”, apremian a un cambio de rumbo y de caras en el autodenominado “campo de los patriotas”.

La candidatura de Zemmour, a contrapelo de las encuestas que ya situaban a un candidato de extrema derecha en la segunda vuelta de las presidenciales desde otoño de 2017, debe ser leída como un ajuste de cuentas. En este sentido, el artefacto político construido por el polemista de origen judío, *Reconquête!* no fue concebido como un fin o punto de llegada, sino como una plataforma instrumental para competir con Le Pen —e idealmente superarla en número de votos—, y preparar la futura “unión de las derechas” de cara al siguiente ciclo electoral. Por eso la función política de Zemmour era más la de un *croupier* que inicia un nuevo reparto de las cartas que la de un liderazgo alternativo propiamente di-

cho. Su misión era desbancar a Le Pen para permitir un proceso constituyente dentro de las derechas francesas cada vez más radicalizadas en torno a un programa de naturaleza liberal en lo económico, ultraconservador en lo moral y nativista en lo identitario. Un programa, en suma, en línea con los modelos de Hungría y Polonia, en sintonía con los conservadores británicos y capaz de integrarse en el grupo parlamentario de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR, en sus siglas en inglés).

Sin embargo, las buenas perspectivas electorales a las que apuntaban las encuestas del otoño de 2021 no se cumplieron. Zemmour fue perdiendo apoyo a medida que avanzaba la campaña de las presidenciales y en abril únicamente logró obtener el 7 por ciento de los votos, frente a una Le Pen que reunió el 23 por ciento y se clasificó para la segunda vuelta. Los planes de los “neocon” franceses se torcieron aún más en las elecciones legislativas, donde Reconquista no consiguió ningún diputado.

Ambos resultados dibujan a Le Pen como la ganadora del envite y a Zemmour como una apuesta fallida. De momento el liderazgo de la primera dentro del espacio político de la extrema derecha y su apuesta por mantener un modelo programático *sui generis* —que mezcla dosis de *welfare chauvinism* y de nativismo con tentativas de resignificar el feminismo o el ecologismo en clave antimusulmana— han sido ratificados tanto en las presidenciales como en las legislativas, donde el RN se ha situado como tercera fuerza. Resta por saber qué hará el grupo de los “neocon” franceses de cara al futuro, puesto que el proyecto de la “unión de las derechas”, aunque ha quedado muy tocado en este ciclo, seguro resurgirá en los próximos años. **U**

FRANCIS DARWIN: EL ARTE DE CONOCER

María del Carmen Tostado

*Las ideas (como los organismos)
evolucionan, y contra la evolución
los dioses luchan en vano.*

Francis Darwin

Francis Darwin vivió el tránsito entre el fin del naturalismo de los exploradores del siglo XIX y el cientifismo botánico y la fisiología de las plantas del siglo XX. De hecho, fue uno de los más importantes protagonistas de este cambio. Estudió matemáticas, ciencias naturales y medicina. Al concluir la carrera, regresó a su casa natal en Down Town donde su padre, Charles Darwin, se dedicaba a la investigación botánica y a la difusión de sus ideas evolucionistas basadas en las especies que recolectó durante el legendario viaje del Beagle. Ambos publicaron *El poder del movimiento en las plantas* (1880), y hoy día son considerados iniciadores de la fisiología botánica.

La familia Darwin compone un árbol genealógico pleno de frutos, ascendencias, descendencias cruzadas y matrimonios consanguíneos. Científicos y artistas profundamente creativos, mentes inquisitivas, curiosas e inquietas, entre las que recurrían temas e ideas que heredaron y desarrollaron en su seno. Por ejemplo, Erasmus Darwin —bisabuelo de Francis— escribió un libro de poesía titulado *Jardín botánico*, donde Charles escuchó por primera vez de la idea de la evolución. Robert —padre de Charles—, médico respetado por sus atinados diagnósticos, le transmitió a su hijo el horror a las cirugías que aún se realizaban sin anestesia. Los Darwin no se conformaban con los discursos habituales ni los principios



Francis Darwin, 1908 © ▶



Robert Jacob Gordon, *Mesembryanthemum testiculare*, 1977-1786. Rijksmuseum ©

de autoridad en la materia, sino que cada uno de ellos revolucionó el modo en que hoy percibimos la naturaleza.

Siempre es interesante ver hasta qué punto las características personales de un hombre pueden rastrearse en sus antepasados,

reflexiona Francis en el prefacio de *Vida y cartas de Charles Darwin* (1887).

De 1874 a 1882 Francis asiste a su padre —que se encuentra en plena efervescencia tras la publicación de *El origen de las especies*—, en la escritura de numerosos artículos relacionados con la importancia del sexo en el mundo animal y vegetal, la polinización y la coevolución de las flores y los insectos, especialmente en las investigaciones sobre el movimiento de las plantas a partir de sus observaciones de las trepadoras y las carnívoras:¹ Como nos dice el propio Francis en *Vida y cartas*:

¹ “Los efectos de la fecundación cruzada y la autofecundación en el reino vegetal” (1876); “Las diferentes formas de las flores en plantas de la misma especie” (1877); “Sobre los diversos medios por los que las orquídeas son fecundadas por los insectos” (1862). También lo apoyó en la segunda edición de *El origen del hombre y la selección en relación con el sexo* (2 vols., 1874), “La variación de los animales y las plantas bajo domesticación” (1875) y *El poder del movimiento de las plantas* (1880).

Tenía la costumbre de trabajar más o menos simultáneamente en varios temas. A menudo, el trabajo experimental se llevaba a cabo [...] mientras se escribían libros que implicaban el razonamiento y la recopilación de grandes conjuntos de hechos.

También recuerda lo estricto que era su padre en la formulación de los textos:

Creo que el mejor ejercicio de inglés que he realizado ha sido la corrección de las hojas de prueba de mi padre [...] la necesidad de tener que explicar clara y exactamente por qué me oponía a una determinada frase, ya que naturalmente no podía expresar mi desaprobación sin más.

En *Vida y cartas* Francis reúne la correspondencia relacionada con las investigaciones que realizan juntos en torno a las plantas trepadoras y carnívoras que cultivan en su invernadero, además del interesante e intenso diálogo que su padre sostiene con científicos, exploradores y amigos, principalmente con Charles Lyell, Thomas Huxley, Alfred Russel Wallace, Joseph Dalton Hooker o Asa Gray. Esta recopilación da cuenta de la gestación de las ideas y del proceso de construcción del conocimiento, y va

El poder del movimiento de las plantas, publicado tres años después (1880), causó una previsible polémica.

acompañada de las notas y comentarios con que Francis ubica el contexto y los personajes.

La correspondencia de Charles con Joseph Dalton Hooker y Asa Gray es especialmente conmovedora, además de que adelanta hacia dónde se centrarán las investigaciones de los Darwin a partir de entonces:

Estoy asustado y asombrado de mis resultados [...]. ¿No es curioso que una planta sea mucho más sensible al tacto que cualquier nervio del cuerpo humano? [...] muy análoga a la materia nerviosa de los animales [...] mi querida *Drosera* es una planta maravillosa, o más bien un animal muy sagaz.²

En cada publicación Francis anota su tiraje, lo que me hace pensar que, en parte, dependían de esas ventas para la continuidad de sus investigaciones o de calcular el impacto de su trabajo. Todos los libros de los Darwin fueron editados por John Murray, también editor de *Teoría de los colores* de Johann Wolfgang von Goethe (1840). *Plantas insectívoras* se publicó el 2 de julio de 1875 y se vendieron 2 mil 700 ejemplares de una edición de tres mil. *Plantas trepadoras* salió en septiembre de 1875 con una edición de mil quinientos ejemplares que se vendió bastante bien. En junio del año siguiente se imprimieron quinientos ejemplares más.

En el verano de 1877, tras la publicación de *Las distintas formas de las flores en plantas de la misma especie*, padre e hijo comienzan formalmente el trabajo de investigación relacionado con el movimiento de las plantas. Sin embargo, Charles escribe a Thiselton Dyer:³

² A. Gray, 1863.

³ Dyer escribió en la revista *Nature*: “A pesar de la amplitud y variedad de su trabajo botánico, el sr. Darwin siempre renunció

Estoy abrumado con mis notas, y casi demasiado viejo para emprender el trabajo que tengo entre manos, es decir, movimientos de todo tipo.

El poder del movimiento de las plantas, publicado tres años después, causó una previsible polémica. Charles le escribe meses antes de morir al Dr. Julius Wiesner, profesor de botánica en la Universidad de Viena, sobre el futuro de su trabajo, que lleva adelante con la ayuda de su hijo:

Solo puedo decir que me siento totalmente desconcertado por la diferencia de nuestras conclusiones; pero no pude entender del todo algunas partes que mi hijo Francis podrá traducirme cuando vuelva a casa. [...] Por último, desearía tener la fuerza y el espíritu suficientes para comenzar una nueva serie de experimentos y publicar los resultados, con una retractación completa de mis errores cuando me convenza de ellos; pero soy demasiado viejo para tal empresa.

Francis, en efecto, desarrolla las investigaciones que Charles había comenzado con su ayuda, y en 1901 publica en la revista *Nature* un texto donde advierte que creer que las plantas son organismos inmóviles es una “evidente confusión”:

Los árboles están arraigados a un lugar, pero no por ello son inmóviles. [...] Y cuando nos aden-

a cualquier derecho a ser considerado como un botánico profesional [...] su mente estaba absolutamente libre de cualquier prejuicio. Nunca tuvo miedo de sus hechos, ni de formular ninguna hipótesis, por sorprendente que fuera, que pareciera explicarlos [...] su larga experiencia le había dado una especie de visión instintiva del método de ataque de cualquier problema biológico”.

tramos en el terreno de la ampliación, donde lo pequeño parece grande y lo lento parece rápido, vemos tal evidencia de movimiento que nos sorprende no oír, además de ver, la corriente de vida que fluye ante nuestros ojos.

Tras la muerte de su padre, Francis también desarrolla herramientas precisas de medición y experimentos que le ayudan a demostrar científicamente sus ideas sobre los efectos de la luz en las plantas, los movimientos circadianos, el heliotropismo de los tallos de las plantas trepadoras, la gravitación de las raíces y los brotes de las semillas que enderezaban su tallo en unas pocas horas tras colocar la maceta horizontalmente. Sus investigaciones en torno a la hipótesis de que “el poder de succión de la rama depende de sus hojas, ya que si estas se quitan la velocidad de la corriente disminuye”, lo llevan a inventar el porómetro, un instrumento que mide la transpiración de las hojas y el estrés hídrico de las plantas, el cual todavía es utilizado en huertos y viñedos para optimizar el riego sin perjudicar los frutos. Los experimentos acerca del fototropismo —que realiza con ayuda del microscopio, donde observa el protoplasma de las plantas que se mueve libremente, “como un rebaño de ovejitas verdes que podemos conducir de un lado a otro con un rayo de luz”— derivaron en el conocimiento de la fitohormona llamada *auxina*: reguladora del crecimiento de las plantas y promotora del de las raíces.

Francis Darwin además dedica tiempo a la enseñanza de sus investigaciones y las de su padre. De las clases de fisiología de las plantas impartidas a estudiantes de la Universidad de Cambridge publica en 1894 *The Practical Physiology of Plants (La fisiología funcional de las plantas)*, donde no solo se interesa por temas

como la fisiología y la química del metabolismo de las plantas, sino también por la búsqueda de métodos científicos.

Hacia el final de su carrera, sin abandonar la ciencia, comienza a explorar otros terrenos, como la literatura. En su último libro, *Sonidos rústicos y otros estudios de literatura e historia natural (1917)*, recoge fragmentos de su infancia y de la vida y la obra de su padre, a los que suma una serie de ensayos y conferencias en torno a la ciencia y la literatura. Como reflexiona en esta obra:

Me gustaría que la palabra *ciencia* pudiera recuperar su significado original de conocimiento, o el arte de conocer.

La tesis del movimiento de las plantas que desarrolló junto a su padre, y a la que dedicó gran parte de su vida escondía otra noción perturbadora que a lo largo del tiempo ha tardado en evolucionar. Se trata de la idea de que existe una inteligencia vegetal, de la cual hemos tardado centurias en percatarnos. Francis deliberaba a principios del siglo XX al respecto:

Si las plantas tienen los rudimentos del deseo o de la memoria [...] nos enfrentamos a la cuestión de si en las plantas hay algo en lo que podamos reconocer los débiles comienzos de la conciencia.

En la primera década del siglo XXI, investigadores como Barbara McClintock, Anthony Trewavas, Stefano Mancuso, Monica Gagliano o Daniel Chamovitz retoman los experimentos de los Darwin y comienzan a hablar de una inteligencia vegetal, de la comunicación entre las plantas y su capacidad de aprendizaje. Quizás pronto podamos descubrir, también, si sueñan. **U**

TESOROS EN EL DESIERTO

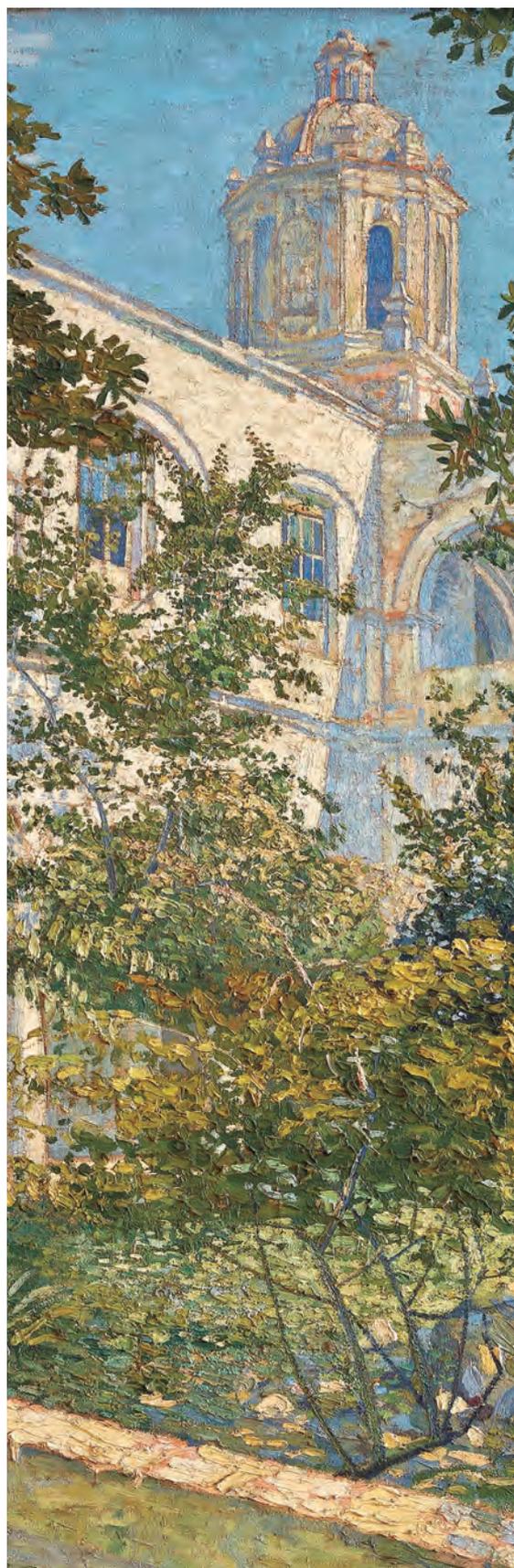
Adrián Román

Estamos caminando en el desierto de Santa Fe. Buscamos tesoros. Nos rodea el silencio brutal con el que los carmelitas buscaban a Dios. Somos cuatro, como los monjes perpetuos del convento del Desierto de los Leones. Cada uno carga con al menos un aparato que ayuda a rastrear metales enterrados. Ellos llevan palas y picoletas, además de un aparato de precisión, yo solo llevo una pala y un Garrett 250. Pobreza, trabajo manual, fuerza espiritual, abstinencia, ascetismo, oración continua, tales eran los preceptos que regían el monasterio ubicado en lo que fue conocido como la zona norte del Ajusco. Buscamos monedas u otros objetos cubiertos por la tierra, buscamos tesoros donde un grupo pequeño de hombres se dedicaba a la contemplación de la naturaleza, las cosas celestiales y a la santa práctica de la soledad.

Lupe, Pepe, Rey Carolo y yo nos movemos despacio por encima de la hojarasca. Al menos diez metros nos separan a unos de otros. Héctor de Mauleón cuenta que antes de llegar a América, en su segundo día de navegación, los carmelitas sufrieron el incendio de uno de los barcos. Los que pudieron se lanzaron al mar y se agarraron de alguna tabla, fueron rescatados y así es como llegaron once hombres descalzos a este continente. Es la primera vez que uso un detector de metales. Los monjes carmelitas no me aceptarían en su breve cofradía. Rechazaban a los melancólicos y a los iracundos, y yo soy ambas cosas.

Caminamos con calma mientras escuchamos trinar a los pájaros. Movemos el detector en semicírculos que

Salvador Martínez Báez, *Patio de un convento*,
1921. Museo Nacional de Arte/INBA © ▶



Para Lupe encontrar una moneda es una especie de regalo del universo, algo para lo que solo ella fue elegida.

comienzan en un talón y terminan en el otro. Paciencia es la primera virtud que hay que aprender en este hobby. Féreos practicantes del ascetismo, los carmelitas buscaban la felicidad lejos de sus semejantes. Rechazaban la carne pero también lo laico. Querían evolucionar espiritualmente al estar en contacto cercano con la naturaleza. Trasegamos estos terrenos que fueron habitados por gatos monteses, jaguares, pumas, lobos y coyotes.

Los monjes carmelitas leían, caminaban, se flagelaban, oraban, cargaban leña y labraban la tierra para sembrar su alimento. Este fue el primer convento en América dedicado por completo a la contemplación. Su primera piedra fue colocada el 26 de febrero de 1606.

Guadalupe Delgado Montoya (Lupe) envió hace tres años, ahora busca tesoros. Su difunto marido estaba interesado en este pasatiempo, compró tres detectores de metal y varias herramientas y equipo que por desgracia nunca usó. Él intentaba encontrar algo por medio de las varillas, pero jamás lo consiguió. Lupe comenzó a sentir curiosidad por esta forma de gastar el tiempo, observaba videos en la red y contactó a un buscador de Aguascalientes, quien la recomendó con el Rey Carolo. Quedaron de verse en el bosque de Chapultepec, donde fue su primera búsqueda. Esa tarde encontró seis monedas. La más vieja de ellas es de 1937. Para Lupe encontrar una moneda es una especie de regalo del universo, algo para lo que solo ella fue elegida. Aunque no sean monedas muy valiosas, lo que le gusta es buscar.

Rey Carolo se llama Fernando Rodríguez. Su apodo viene de la moneda de Carlos IV que encontró en su primera salida, la cual tiene gra-

bada en una de sus caras el perfil del monarca y está fechada en 1804, con una leyenda que dice algo así: "por la gracia de dios rey de las Españas". En la parte posterior una corona de laurel rodea a unos leones con escusón de los borbones, un acueducto y la cruz de Don Pelayo. Otra de las cosas que hace Rey Carolo es descontaminar los lugares a donde va a buscar. Tiene varias reglas, como cubrir todos los agujeros que hace. La vida ha sido dura con Carolo, una enfermedad le atrofia las rodillas y la falta de empleo le provoca conflictos con sus hermanos. Carolo vive en el Estado de México. Va a vender las piezas que encuentra a expos de buscadores y de lo que consigue le da algo a su madre para los gastos de la casa.

Pepe tiene abiertas las puertas del mundo paranormal. Mira cosas que no todos podemos ver. Muertos, fantasmas, presencias extrañas. Dice que a los muertos los ve borrosos, no como a los vivos. Más bien los ve como diluidos en agua o a una distancia muy grande. Hay temporadas en las que Pepe no ve nada y otras en las que las visiones no lo dejan en paz. Algunas veces ha tenido experiencias paranormales mientras busca tesoros. Una vez vio a un muerto junto a una de las ermitas que hay en el Desierto de los Leones. Un cuerpo parado en un árbol, como una sombra. Otra vez, en Chapa de Mota, vio a un anciano vestido de blanco, con su morral y su sombrero, que salió de la nada y se perdió entre una bruma que se fue con él. Otra vez vio una cosa perderse detrás de un árbol, algo pequeño, un bulto, un ente que caminaba, al que buscó y no encontró.

Les grito a mis compañeros de aventura que mi detector suena. Pepe me recuerda que no todo lo que suena es oro. Pero el sonido constante del aparato que me han prestado lo obliga a acercarse. El aparato que trae es mucho

más potente y preciso. Le marca en la pantalla qué tipo de metal puede ser. Lo pasa y me dice que quizá es una moneda. Con su picoleta hace un agujero velozmente. Con su pointer busca el lugar preciso donde puede estar la pieza, que quizá es una corcholata o la lengüeta de un envase de aluminio. Busca con el detector dentro del hoyo y ya no suena, ahora busca en la tierra que sacamos y ahí el sonido se intensifica. De entre la tierra rescata una pequeña medalla plateada con un Jesús o una virgen y me la extiende, me dice que es mía. Mi primer tesoro, el primero del día.

Viejo Zorro y Pepe penetran la majestuosidad del bosque. Llevan sus herramientas y mucha esperanza. Son compas, seguido salen juntos a buscar tesoros. La luz del sol permite que todo se vea claramente. Puede que sea un buen día, sienten entusiasmo. Pepe levanta la vista y disminuye el ritmo de sus pasos. Algo percibe. Le dice a su compañero que la vibra está rara, que hay mucha energía oscura. Como prueba le muestra su piel erizada. Pepe siente que en ese lugar hubo muertes humanas. A pesar de lo que le dicta su intuición ambos siguen caminando, encienden sus aparatos y comienzan a buscar. El aparato no chifla, pero encuentran algo que no buscaban. Brujería: dos veladoras, piedras de colores y un lazo envolviéndolo todo. También encuentran colibríes muertos, envueltos en una tela y con un hilo rojo que les atraviesa el cráneo y les sale por el ojo, con el nombre de personas, fechas de nacimiento, yerbas. Calcetines con fotos de personas y monedas actuales, una vasija con trinchas, tenedores y espadas diminutos y metálicos. A un buen buscador de tesoros no lo detienen ni las fuerzas sobrenaturales.

Siguen buscando hasta que el timbre del detector suena. Pepe encontró una *macuca*, como se les conoce a las monedas del siglo XVI que se fabricaban fundiendo el metal, haciendo láminas a golpe de martillo, recortando los fragmentos y grabando los cuños. Todas estas monedas son de formas irregulares y su precio en el mercado es alto. Ambos celebran el feliz hallazgo y continúan buscando. Pepe escucha una voz que lo llama. Le pregunta a Viejo Zorro qué necesita. Viejo Zorro le dice que él no ha hablado y que tampoco escuchó nada. La piel y las entrañas se estremecen y ambos dejan el lugar a toda velocidad, olvidándose de los posibles tesoros que pudieran encontrar.



Arcos en el Desierto de los Leones, 2015.
Fotografía de ©Ramón Bórquez. Flickr

Existen otros métodos de búsqueda, las varillas y el péndulo, pero para eso se necesita un don. Rey Carolo me dice que él puede agarrar las varillas, intentar usarlas, pero si no posee el toque, el don, no sirve de nada. Porque pedirle a este instrumento exige una cierta energía para mandar y que obedezca, es como el que trabaja con la güija. Si manejas las varillas y el péndulo es porque le estás pidiendo ayuda a alguien inexistente, concluye Carolo.

Carolo me habla de casos de éxito, de buenos buscadores que usan las varillas. Me cuenta de una persona en Querétaro que incluso las fabrica. Lo conocen en el medio como Gari. Hay otro, el Chino de Jalisco. Y tiene un amigo que vive en Xochimilco y encontró dos esclavas de oro por las cuales ganó cuarenta mil pesos. Ese mismo amigo encontró además una cajita repleta de cartuchos útiles de la época de los zapatistas. Muchas veces no es el aparato, sino quién lo maneja y cómo lo usa. Otro amigo de Carolo sacó una moneda de oro de Maximiliano. Fue a otro lugar y volvió a sacar otra idéntica. Esto a veces es de mucha suerte, concluye Carolo, mientras mueve el plato de su detector.

Lupe y yo sentimos curiosidad al ver una ermita abierta. Sé que originalmente se construyeron diez, pero solo sobreviven ocho. Adentro se percibe calma, aunque me encuentro en estado de alerta, por si de pronto sale un humano o un animal. Los muros son anchos y los techos generosos. Me asomo a una ventana desde donde resulta más sencillo imaginarme la vida de los monjes que llegaron a vivir aquí. Nos envuelve un silencio viejo, una cierta serenidad. La vivienda dispone de un fogón o cocina con su chimenea, un cuarto para dor-

mir, algo que se asemeja a un retrete, quizá una letrina, y un lugar que debió de ser un oratorio. Tiene un jardín o un espacio que bien pudo emplearse como huerta y lugar de contemplación. El templo muestra una gran obra de ingeniería hidráulica. Cada una de las ermitas poseía un pequeño acueducto hecho de piedra que primero regaba la huerta y luego cruzaba por el baño para perderse como un arroyo en el bosque. Los carmelitas se angustiaron al pensar que sería imposible tener agua en este lugar, hasta que uno de los primeros frailes en llegar encontró a un misterioso indio vestido de Juan el Bautista, quien lo condujo a un manantial de abundante agua cristalina.

Mi segundo hallazgo del día fue un peso de 1971 que trae en la cara principal a Morelos. Su color es por completo cobrizo por el óxido. Yo llegué a usar esas monedas. El Santo Desierto de los Bosques de Nuestra Señora del Carmen de los Montes de Santa Fe y su generosidad están conmigo. Mis compañeros no han tenido suerte.

Mientras rescato de una montaña de tierra mi tercer tesoro, una moneda de diez pesos con el rostro de Hidalgo fechada en 1976, un guardabosques nos dice que lo que hacemos está prohibido. Pepe afirma que no es cierto, pero nos sacan sin haber concluido nuestra jornada. Le dicen a Pepe que solo deben avisar en la administración, pero ya para la otra. **U**

©Enrique Ježík, *Obús V*, 1996.
Plomo, latón, fundición de hierro, hule,
y tornillos. Colección particular,
Ciudad de México. Cortesía del artista ▶



CRÍTICA

EL ATREVIMIENTO DE NARRAR LO ÍNTIMO

Belén López Peiró



Palíndroma,
Querétaro, 2021

Como casi todo lo que escribo, empecé estas primeras líneas en mi cabeza. Dos o tres oraciones disparadoras que podían ser un buen comienzo. Después me senté frente a la computadora y las rechacé: no me convenían, no eran suficientemente buenas. Fui y volví a la hoja en blanco sin atreverme a comenzar. Busqué otros textos, leí entrevistas, artículos sobre el tema, y aun así me iba. ¿No tengo nada para decir? Me pregunto por qué me siento insegura si soy una mujer que escribe. Escribí, de hecho, dos novelas de no ficción, *Por qué volvías cada verano* en 2018 y *Donde no hago pie* en 2021, que fueron traducidas y editadas en diferentes países. En ambos libros narro el abuso sexual que viví en mi adolescencia a manos de un tío comisario en un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, y todo el entramado legal que una víctima de violencia de género tiene que atravesar al denunciar ante la Justicia argentina.

La propuesta de este ensayo tiene que ver con eso, con pensar acerca de la literatura que nos pone en el centro de la escena, aquella que parte de la experiencia y nos exige un doble rol: ser protagonistas y narradoras al mismo tiempo. Hablo de la literatura de no ficción o autoficción o literatura del yo o narrativa personal, como quieran llamarla, en la que trabajo desde el ejercicio de la escritura y la enseñanza hace ya varios años. Entonces, ¿por qué la inseguridad? Vuelvo unos días atrás.

Estoy de gira en Italia, presentando mi primer libro. Visito librerías preciosas, el verano se adelantó y el clima es propicio para pasar un buen rato, hablar de literatura a dos lenguas, conocer qué leen del otro lado del océano. Una propuesta que me llena de alegría. Una alegría que se disipa cuando descubro que no importa a dónde vaya, no importa dónde presente el libro, siempre pasa lo mismo: presentadores o periodistas o alguien del público que al hacer una pregunta no hablan de literatura, sino de mi vida privada. ¿Cómo reaccionó tu mamá al abuso? ¿La culpás a ella igual que a tu tío? ¿No te parece poco feminista? ¿Tu tío sigue libre? ¿En qué estado está la causa? ¿Recuperaste el dominio de tu cuerpo? ¿Tu femineidad? ¿El abuso rompió tus sueños?

La sensación en el cuerpo, el golpe, continúa hasta hoy. La sensación de volver a sentarme en el banquillo, de volver a declarar. Si antes me arrepentía por haber denunciado, ¿tenía que arrepentirme ahora de haber escrito? Incluso peor: conformarme con la idea de ser valiente y no lo suficientemente buena escritora, que elogien mi coraje y no mi

trabajo, que nadie hable de lo formal, de mi oficio, de mi literatura. ¿Por qué me siento insegura al escribir este ensayo? ¿Por qué?

Hace unos días, leí un artículo donde se hablaba del fin de la literatura del yo. Decía que existía un agotamiento, un empacho de lo confesional y lo catártico, y un retorno de la imaginación a la literatura. Este artículo me disparó varios pensamientos. Primero lo primero: ¿alguna vez se fue la imaginación? ¿En algún momento dejaron de publicarse novelas de ciencia ficción, terror o fantasía? ¿No hubo acaso un resurgimiento del realismo mágico latinoamericano? Esa es la primera falacia: siempre coexistieron. Puede haber mayor o menor producción de algunas obras, mayor o menor interés editorial, pero siempre estuvieron ahí. Ahora bien, ¿por qué el interés de sacar este tema una y otra vez? ¿Por qué denostar al género? Asociarlo al narcisismo, a la vanidad, llamarlo pornografía emocional. Acusarnos de pereza intelectual. ¿Qué es lo que distingue al testimonio de la literatura? ¿No trabajan acaso con las mismas herramientas? ¿Los mismos recursos? Intentaré encontrar una respuesta.

Recuerdo las primeras veces que envié el manuscrito de mi libro a las editoriales. No publicamos libros sobre abuso, me dijeron. El lenguaje es demasiado fuerte. Hay temas de los que no se habla. ¿Y eso? Eso no es literatura. Recuerdo la primera vez que leí un libro de no ficción. Estaba en la universidad. Estudiaba periodismo. Un docente nos listó diez libros que no podíamos dejar de leer. Empecé por *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh, pionero del género en Latinoamérica. Ahí donde hubo una desaparición, Walsh creó una obra de arte. Utilizó la literatura para denunciar a las fuerzas de seguridad. Y lo hizo de forma magnífica: preocupándose por el estilo, la oralidad, la transparencia.

En *La trastienda de la escritura*, la autora argentina Liliana Heker habla acerca de su proceso creativo de escribir a partir de la experiencia. Dice que la realidad no construye de por sí hechos artísticos. Que justamente ahí está el trabajo del escritor:

Construir con la experiencia personal un hecho literario, susceptible, como cualquier otro, de justificarse no por su condición de cosa vivida por mí sino por su intensidad, su belleza, por el absurdo o la repulsión o el miedo en que sumerge a quien lee, por la conmoción o el impacto estético que provoca.

Otra autora que admiro profundamente es la neoyorkina Vivian Gornick, autora de *Apegos feroces*, entre otros libros, quien utiliza su vida como materia de escritura. En una conferencia, habló sobre este tema:

Para llegar a un libro, una obra que no sea confesional, que no sea terapéutica, para elaborar una historia que se acerque a lo literario, tenés que tener una visión, una inspiración sobre esta experiencia que vaya más allá del mero narrar un resumen de lo que sucedió. No importa lo que sucedió sino el sentido que le das a lo que sucedió.

Cuando dicto talleres de escritura, la experiencia personal suele surgir entre mis alumnos como un disparador natural en el proceso de escritura. ¿Por qué debería reprimirlo? Recuerdo al poeta Rainer Maria Rilke, quien a principios de 1900 da consejos de escritura a un joven y le pide que se pregunte por el motivo de esta:

Incluso aunque usted se hallara en una cárcel, cuyas paredes no dejasen trascender hasta sus sentidos ninguno de los ruidos del mundo, ¿no le quedaría todavía su infancia, esa riqueza preciosa y regia, ese camarín que guarda los tesoros del recuerdo?

Eso no significa que se vuelva una obra, pero si sucede, ¿qué pasaría? Si en vez de prestar atención al tema, o al origen de ese tema, nos ocupáramos de lo formal, del lenguaje y las descripciones y la musicalidad y la construcción de los personajes, insisto: ¿no estaríamos haciendo el mismo trabajo de la ficción?

Leí que alguien decía que escribir sobre el yo es vivir con miedo, que es no meterse en ningún jardín, que la ficción es la única manera de acceder a la verdad. No tengo dudas de que la intimidad puede para algunas personas estar en la escritura misma, en la búsqueda de las palabras, en la publicación de la propia obra. En lo personal, no hubo momento de mayor intimidad que atreverme a enfrentar mi pasado, registrar los hechos, denunciar a mi propia familia, hacer preguntas sobre mi sexualidad, dejar que otros pasen y vean y opinen sobre la historia de mi abuso. Me atreví a formular palabras ahí donde no las hubo. A buscar un lenguaje que nombre la violencia sin revictimizarme. A escribir un texto que rompa con la comodidad del silencio. Y a hacerlo bien.

Se me ocurren varios ejemplos más: autoras latinoamericanas que se atreven a indagar en lo real, a problematizar su historia, a mirar ahí donde otros no quieren ver. Obras como *Las malas*, de la argentina Camila Sosa Villada, o *Poesía travesti resentida y furiosa* de la chilena Claudia Rodríguez, dos autoras que narran desde la marginalidad travesti: hablan de la transformación de sus cuerpos, la monstruosidad, la pros-

titución y la pobreza. Pienso en *Notas sobre el hambre* de la brasilera Helena Silvestre, que viviendo en una favela escribió sobre el hambre que se apoderó de su cuerpo y rugió desde la infancia en su estómago. En *Siberia*, de la ecuatoriana Daniela Alcívar Bello, que narra el dolor por la pérdida de su hijo recién nacido, el cuerpo vacío, las tetas escupiendo leche. En *El invencible verano de Liliana*, donde la mexicana Cristina Rivera Garza recupera la memoria de su hermana, víctima de femicidio en los noventa, un crimen que aún hoy sigue impune. En *Huaco retrato*, de la peruana Gabriela Wiener, que hace preguntas fundamentales acerca de la colonización no solo de los territorios sino también de los cuerpos y su deseo.



©Vera Primavera, *La Marcha*, 2022. Cortesía de la artista

Relacionar la literatura con el #NiUnaMenos y el #MeToo y pensar que ahora hay más escritoras, “el boom de escritoras” lo llaman, es negar genealogías, negar que estas escritoras existían pero no había editores que quisieran publicarlas ni catálogos que desearan incluirlas porque lo que interesaba, lo que vendía, los dueños de la palabra, eran los vatós con apellidos exuberantes, como dice la poeta Tamara Kamenszain en *Chicas en tiempos suspendidos*. Sería lo mismo que pensar que hay más abusos o violaciones o femicidios porque ahora los libros hablan de eso, porque las editoriales se atreven a publicar, siguiendo o no al mercado, qué importa. Decir que la literatura del yo puede colaborar con el victimismo, con mostrar a las autoras como un conjunto de síntomas, es aberrante además de reduccionista.

Ahora me pregunto, ¿de qué hablamos cuando hablamos de literatura del yo? Pienso en la idea de subjetividad, de narración de mundos íntimos. De un cuarto propio que se vuelve público. De una literatura que deja de ser individual para ser colectiva. ¿Y quiénes la escriben? ¿Autoras o autores? ¿Hacia quiénes va dirigida la embestida?

Que el panorama literario se esté abriendo, que incluya otras voces, voces que hablan desde la marginalidad, desde la pobreza, desde las disidencias, para narrar experiencias personales o cuentos de terror, eso sí

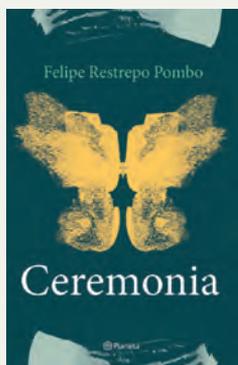
es otra cosa. El panorama se abre (tampoco tanto, no exageremos) pero los géneros coexisten, conviven, se entrecruzan: caminan en esa delgada línea; puede haber alguna que otra tendencia, pero no es el fin ni el comienzo de nada, ni un género determina que el texto sea mejor o peor, la calidad pasa por otro lado. Y por qué se abre una y otra vez este debate, qué es lo que buscan, me pregunto, y entonces recuerdo: ¿qué género se ha atrevido a tanto? **U**

CEREMONIA

FELIPE RESTREPO POMBO

POR UNA VIDA QUE DE VERDAD NOS PERTENEZCA

S. Juliana Granados



Planeta, Bogotá, 2021

Con una escritura que absorbe desde la primera línea, *Ceremonia* (Planeta, 2021), la segunda novela de Felipe Restrepo Pombo, testimonia el descomunal ascenso y el consiguiente declive de los Ibarra, una familia pudiente, poderosa y con altísimo estatus dentro de la élite colombiana, cuyo destino parece estar determinado por la complejidad de las relaciones familiares.

La novela inicia, precisamente, con una ceremonia que celebra la unión a conveniencia de la hija mayor de los Ibarra, Daniela, con una joven promesa de la política conservadora de su país. Lejos de ser feliz, la primogénita vive a diario el peso de no ser quien desea, pues en su medio natural de opulencia y risas falsas, su deber es levantar la cabeza y triunfar, dejando de lado el amor y el deseo, renunciando naturales ante la fantasía de la imagen pública. Tanto ella como sus familiares parecen estar condenados a la soledad, la tristeza y el olvido.

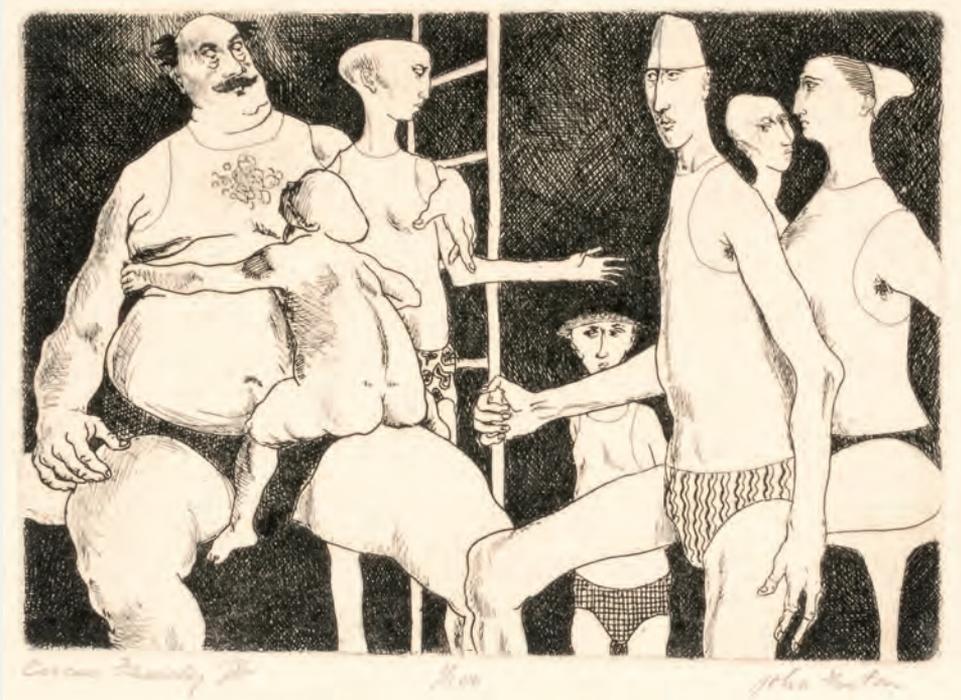
La vida de los Ibarra está plagada de falsedades e imposiciones sociales acordadas con los estereotipos reinantes en las familias latinoamericanas de clase alta y Daniela, después de una época de intensa rebeldía, decide alinearse con ese modelo de familia. Sin conocer la sinceridad, la autenticidad y el amor, apuesta por lograr una "vida exitosa" —como la de su padre y abuelo—, y se incorpora a una organización mundial que aparentemente prepara a los líderes del futuro, pero que en el fondo es una peligrosa secta que engeguece la sensatez y apacigua las voluntades, al tiempo de vaciar los bolsillos de sus millonarios adeptos.

Patricio, hermano de Daniela, es otra desventurada pieza de Ceremonia. Un joven solitario y temeroso que comprende rápidamente el juego al que se encomiendan todos los miembros de su familia: la doble vida. De un lado, la que se muestra en los clubes privados y en los eventos sociales, un cúmulo de sonrisas y vítores sobre la fortuna de pertenecer a los Ibarra; del otro, la que se oculta, esa vida llena de pulsiones enfermizas heredadas de su linaje. A pesar de su personalidad débil y temerosa, Patricio parece ser el único personaje que logra saborear mínimamente el amor y el placer cuando encuentra que la mejor compañía —la más cálida, en la que termina desvaneciéndose— no es la de su madre clasista ni la de su padre pretencioso, tampoco la de su compañero de escuela con quien, incapaz de reconocer su homosexualidad, se masturba todas las tardes, sino la de un *rentboy* de la zona gay de la fría y lluviosa ciudad en la que vive.

Valeria Ibarra, la tercera hermana, también está condenada a cargar con el peso —aunque también con los beneficios— de su apellido, que la convierte en la joven promesa del arte nacional, porque claro, los espacios culturales han sido también colonizados por círculos de castas blancas, una realidad que logra entender muy bien el autor. Con un espíritu más libre pero aún temeroso, Valeria representa el estereotipo *hippie* tan común en las familias de élite. Es su sensibilidad artística la que le permite concebir a su familia como una tensa y oscura red que solo lleva a la desesperación, y de la que ningún Ibarra podrá salir ileso.

Pero el malestar de estos personajes viene de atrás. Sus padres, Mauricio y Genoveva, se casaron muy jóvenes para conformar una familia aparentemente feliz. Ella asumió el rol de mujer silenciosa, a la sombra del marido, mientras él, heredero de la gran fortuna acumulada por su padre algunas décadas atrás, se convirtió en un ejecutivo poderoso, exitoso y refinado, todo un magnate que sabe llevar muy bien su pantomima.

El destino familiar parece originarse, pues, en Arturo Ibarra, padre de Mauricio, el patriarca todopoderoso y símbolo de la ley; el amo y señor de una región cercana a la capital a la que llegó en plena juventud para explotar carbón y de la que se fue adueñando poco a poco hasta crear su propio emporio. Es en ese maratón autoimpuesto donde Arturo excluye de su vida cualquier posibilidad de dar y recibir amor, condenando a eso mismo a toda su descendencia. Arturo es un tipo oscuro, frío, crudo, capaz de realizar todas sus perversiones sexuales. Es el típico cacique regional cuya historia, junto con la de su familia, explica el que quizás sea el episodio más sangriento y doloroso atestiguado por el pueblo colombiano: el nacimiento del paramilitarismo, esa amalgama entre el



John Fenton, *Circus Family III*, s.f. ©Smithsonian American Art Museum

ejército, el Estado y los caciques que, como Arturo, promovieron y financiaron la guerra contra sindicalistas, líderes sociales, campesinos, obreros y, por supuesto, guerrilleros.

En la novela el destino es una enorme red en la que cada personaje se enreda con su pasado y el de sus ancestros. Todos los Ibarra están destinados a sufrir una vida minada por patrones inconscientes que no mermarán nunca y que, antes bien, solo avivarán la desdicha, el dolor y la soledad.

Ceremonia es una novela precisa, que no peca de excesos. Es justa con cada forma del lenguaje que utiliza, pero también con la historia y el contexto político y social colombiano y latinoamericano. Su autor no teme mostrar escenas de olvido, abandono y tristeza propias de la clase alta, al tiempo que asesta un fuerte golpe a la concepción de la sagrada familia. El libro es la invitación a una ceremonia final, un encuentro luctuoso, intrigante y, por supuesto, ostentoso en el que convergen los personajes y en donde solo hay lugar para la desconfianza y el miedo.

Valeria Ibarra, quizás atendiendo a su inconsciente, prepara una instalación artística final en la que los espectadores se pierden por túneles y luego en un laberinto de espejos que no dejan ver más que esa horrosa e incómoda imagen del propio yo. Esa es la ceremonia: una solitaria celebración de la imagen de los Ibarra, un espacio que convoca rostros vacíos cargados con el peso de jamás poder vivir y expresar el amor.

La instalación final es la perfecta metáfora de una historia familiar cuyos descendientes sufrieron la desdicha de nunca conocer los afectos.

En este punto valdría la pena recordar cuando García Márquez dijo que los escritores, en tanto creadores de utopías, por principio y fidelidad a su oficio deben negarse a pensar en la destrucción colosal de la humanidad, aun cuando no aparezca como posibilidad un escenario distinto. La tarea sería, entonces, imaginar mundos en donde exista el amor y sea posible la felicidad. Esa tarea la entiende muy bien Restrepo Pombo, al provocar al lector a que renuncie a la complicidad de los embustes sociales, a las ceremonias de olvido y soledad, a que rompa la normalidad y normatividad, porque es precisamente en esa ruptura donde se encuentran la pasión y el calor de los afectos.

Ceremonia es una novela destellante que merece ser leída por su prosa y ritmos admirables, pero también por el trabajo documental que la soporta y por la crítica social que la atraviesa. ¿Acaso no son las ceremonias una especie de rito, una formalización de las prácticas que se repiten incesantemente sin cuestionamiento alguno? El libro de Felipe Restrepo Pombo propone, en todo caso, la idea de una ceremonia distinta, en la que sus protagonistas —es decir, nosotros mismos— podamos tener *una vida que de verdad nos pertenezca*. **U**

CENIZA ROJA

SOCORRO VENEGAS

DIARIO DE UN DUELO

Daniel Saldaña París

Salvo unas cuantas, discretas excepciones, la historia de la literatura mexicana carece de grandes diarios personales. Una especie de pudor, aderezado con la exigencia de la erudición y el ingenio, ha impedido que florezca un género que, en otras latitudes, dio obras maestras (del Ribeyro de *La tentación del fracaso* al *Diario* de Pizarnik, por nombrar dos del ámbito latinoamericano). Cuando se publican, los diarios aparecen expurgados cuidadosamente por los herederos (el caso de los de Elizondo), encriptados por un filtro poético (*La invención de un diario*, de Tedi López Mills, por lo demás excelente) o transfigurados en un ensayo de ideas donde queda muy poco de la salvaje intimidad y la inestabilidad



Páginas de Espuma,
Madrid, 2022
Ilustraciones de
Gabriel Pacheco

del género. Por fortuna, algo de esa pudorosa tendencia parece haberse disipado, y ahora es más común que las herramientas propias del diario personal —su incomodidad, su resistencia a las clasificaciones— aparezcan integradas en textos personalísimos e híbridos (pienso en la obra de Jazmina Barrera, por ejemplo). En este contexto, *Ceniza roja*, de Socorro Venegas, supone la aparición de un precursor extemporáneo, un texto escrito hace décadas que se publica ahora para confirmar lo que ya se sospechaba: que la literatura de Venegas abre caminos por los que seguiremos transitando un buen rato.

Existen los diarios sin bordes, que todo lo fagocitan y que mutan en paralelo a la vida de sus autores, hasta fundirse con esta: los de Virginia Woolf, los de André Gide, los de Pavese. Pero existe ese otro tipo de diarios, los que solo acompañan a sus autoras en un tránsito puntual: diarios de enfermedad (el de la hepatitis de César Aira), de duelo (el de Roland Barthes tras la muerte de su madre), de años malos (los de la pandemia, que seguirán apareciendo a cuentagotas durante un tiempo, vaticino). A esta segunda categoría pertenece *Ceniza roja*. Es la escritura que surge, balbuceante, en un territorio devastado, donde ninguna otra es posible. Es el grado cero de la escritura, la escritura antes de la literatura, como percibe Barthes en su propio texto: “No quiero hablar por temor a hacer literatura —o sin estar seguro de que eso no lo sería—, aunque de hecho la literatura se origine en estas verdades.”

Tres meses después de la muerte de su compañero sentimental, con veintisiete años recién cumplidos, Socorro Venegas abre un cuaderno y escribe las primeras líneas: “Tres meses. La pluma en mi mano, la tinta en la pluma, el rasgueo sobre el papel”. Desde ese comienzo, estamos ante una escritura *distinta*. Venegas logra convocar ese silencio, a veces angustiante, en el que el ruido de la pluma sobre el papel va hilvanando sensaciones, recuerdos, bordeando siempre el centro ciego del dolor. El efecto sobrecoge. Leemos sin parar, pero conteniendo la respiración, como para no perturbar esa llamita que parece haberse encendido en la noche oscura de la autora. Se puede leer, aquí y allá, un baile de oposiciones: la ausencia del amado y la convivencia física, casi carnal, con esa ausencia; la abstracción del duelo y la concreción del propio cuerpo; la banalidad de las palabras de aliento y la importancia crucial de los otros, que contienen y acompañan el duelo, dándole un espacio para espesarse y resonar.

Y más allá del duelo, en *Ceniza roja* se encuentran también varios de los tópicos sobre los que regresan, de manera compulsiva, los grandes

diaristas de cualquier época. Así, cuando Venegas escribe "Mi tercera persona y el pretérito", y procede a narrar desde esa perspectiva, viene a la mente ese lúcido apunte de *Los diarios de Emilio Renzi*, de Ricardo Piglia:

La primera persona puede ser generada por la tercera persona, etc. La escritura produce una serie de transformaciones y desintegraciones, sea del yo que pone en escena al relato, sea por la materia o la experiencia que integra en su funcionamiento,

pero también la ambición, declarada por Pizarnik en su diario, de escribir una novela autobiográfica "en tercera persona". La diarista se desdobra, necesita verse desde fuera, separarse de la experiencia del duelo y observarla con la distancia de la narradora, que se contempla además desde un futuro hipotético en el cual ya *ha sobrevivido*. Son desplazamientos textuales que no ocurren por retruécano, sino por la búsqueda de una forma que permita expresar lo "inexpresable", tal y como lo llama Venegas. En esta búsqueda, aparece constantemente el sinsentido de tener que funcionar en la vida cotidiana y, a la vez, dolerse. La narradora le reprocha al mundo su inmutabilidad, la "perdurable intensidad de las cosas", nos dice citando a Banville. Resuena de nuevo el duelo de



Ilustración de Gabriel Pacheco para el libro *Ceniza roja*, cortesía del artista

Barthes: "Una parte de mí vela en la desesperación; y *simultáneamente* otra se agita mentalmente arreglando mis asuntos más fútiles. Resiento esto como una *enfermedad*."

Alrededor de esa soledad fundamental de la diarista surgen, con pinceladas mínimas, otros personajes: los amigos, el psiquiatra —Millán— al que visita una vez por semana, el amable y desconocido neurocirujano que le escribe desde Buenos Aires, el maestro escritor, también difunto, cuya muerte preparó de algún modo este otro duelo... Y el personaje ausente en torno al que revolotean todas las palabras y todos los silencios del libro, Alan, el esposo convertido en ceniza. Aquí es donde se percibe la maestría narrativa de Venegas, su olfato y su destreza para las formas breves. Le basta una recurrencia, un guiño al interior del texto, para crear trama, para apuntalar un personaje, para obligarnos a seguir leyendo. Pero se trata, claro, de una trama sutil: el día a día relatado de forma casi aforística y la transición desde el dolor opresivo hacia esa luz que se anuncia, desgarradoramente, en la dedicatoria del volumen: "A quienes se les han dilatado las pupilas con la pérdida. La luz volverá".

Esa luz que Venegas va encontrando y nos comparte no es genérica: no es el olvido ni la superación del conflicto que prometen los manuales de autoayuda. Es una luz que se resiste a serlo, y que carga todavía con una cierta opacidad, un dolor que, poco a poco, ha encontrado las palabras que lo nombran.

La edición de Páginas de Espuma es un pequeño deleite; se trata de un sello que sabe trabajar con los textos inclasificables y presentarlos al lector en una envoltura sensorialmente atractiva. No soy un entusiasta incondicional de las ilustraciones de Gabriel Pacheco, pero aquí funcionan como un contrapunto interesante al libro sin determinar demasiado la lectura. Con puro ánimo de buscarle peros, objetaría la elección de la portada, acaso demasiado *trendy* para un texto que pide un pórtico más íntimo, de una oscuridad menos mercable. Pero me estoy poniendo tiquismiquis.

Ceniza roja es un libro incandescente, un libro honesto —si tal cosa existe— pero también preciso, donde las palabras tienen, a veces, el peso y la plenitud que solo alcanzan al interior de un poema. Yo lo leí en medio de mi propio tránsito doliente (menos drástico, es cierto, pero soy propenso al drama), y pocas veces antes he agradecido tanto la posibilidad de llorar y deslumbrarme con un dolor ajeno, con un trabajo de la palabra tan exacto y punzante. **U**

MENTIRAS PIADOSAS DE UNA ANALFABETA

Pablo Berthely Araiza

Montaigne lo conceptualizó como “mentiras oficiosas”; antes Platón ya lo había referido como “nobles mentiras”. En todo caso, algunos atribuyen a Gorgias la frase que, hace más de 2 mil 400 años, enraizó la misma idea: “La ficción es un engaño en el que quien engaña es más honesto que quien no engaña, y quien se deja engañar es más sabio que quien no se deja engañar”. La escritora Agota Kristof se adscribe irrefutablemente al postulado. Su literatura es una gran mentira que cada lector convierte en verdad en la medida en que se deja engañar.

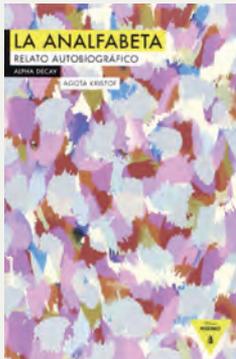
Nacida en Hungría en 1935, al borde de la Segunda Guerra Mundial, Kristof creció sorteando las embestidas del nazismo y atravesó la adolescencia cuestionando los asideros ideológicos de un emergente estado prosoviético. El fracaso de la Revolución Húngara de 1956, que buscaba derrocar al régimen, la expulsó de su país natal. Con veintiún años se refugió en Suiza, acompañada de su hija de cuatro meses y su marido, un profesor de historia involucrado en el fallido intento revolucionario. Durante años trabajó en condiciones precarias en una fábrica de relojes, sin dominar siquiera las nociones básicas de la lengua francesa. Tras un lustro en el exilio abandonó su actividad proletaria, su marido y su lengua. Estudió francés con disciplina y un cuarto de siglo después, con más de cinco décadas de vida, publicó su primera novela en este idioma.

Pocos años antes de morir escribió un relato autobiográfico, *La analfabeta* (2004), en el que diseminó pistas para entender buena parte de su obra. No es casualidad que eligiera su incapacidad para leer y escribir como título del libro sobre su vida. Esas páginas de memorias parecen sugerir que su identidad —y no solo como escritora— subyace precisamente en el lenguaje. Sobreviviente del alemán y del ruso, lenguas enemigas, prefirió el francés sobre el húngaro “para poner distancia entre mi terror y mi escritura”. El destierro la convirtió en una analfabeta francófona que, al dejar de serlo, escribió algunos de los fragmentos más lúcidos de la literatura europea del siglo XX.

Su biografía también se puede conocer a través de sus ficciones. Los temas que hierven en sus cuentos, novelas y obras teatrales son los que condujeron su propia existencia. Los estragos de los totalitarismos se



Libros del Asteroide,
Barcelona, 2021
Traducción
de Ana Herrera



Alpha Decay,
Barcelona, 2015
Traducción de
Juli Peradejordi

presentan con crudeza: el exilio tortuoso, la incapacidad de volver, el deseo infecundo de olvidar, la soledad en diálogo constante con la muerte son algunas de las válvulas que bombean las mentiras piadosas de Agota Kristof. El calificativo a su estilo de “mentiras piadosas” es preciso porque sus narraciones parecen implorar piedad a un mundo que avanza sin el menor asomo de reparación a todas las identidades fracturadas por las guerras. Las letras de la escritora húngara son un estruendo de perturbaciones características de ese grupo etario que se ha convenido etiquetar, paradójicamente, como la *silent generation*. En tiempos bélicos como los presentes, conviene amplificar los ecos que su literatura ha dejado en las tierras arrasadas de Europa del este.

En el documental *Continente K*, del cineasta Eric Bergkraut, la escritora aseguró que no todo lo que aparece en sus libros fue vivido, pero mucho sí lo sintió: “lo que hice fue describir mis sentimientos”. Sin embargo, las palabras que definen los sentimientos suelen estar cargadas de vaguedad y son propicias a diversas interpretaciones. La solución que Kristof encontró para no caer en la trampa de las emociones al narrar la explica en *El gran cuaderno* (1986), el primer volumen de su brillante tríptico sobre los hermanos Claus y Lucas. La voz mimetizada de ambos niños sugiere que la redacción debe ser verdadera y para lograrlo

debemos escribir lo que es, lo que vemos, lo que oímos, lo que hacemos... Escribiremos: “comemos muchas nueces” y no: “nos gustan las nueces”, porque la palabra *gustar* (en tanto que es un sentimiento) no es una palabra segura, carece de precisión y de objetividad. “Nos gustan las nueces” y “nos gusta nuestra madre” no puede querer decir lo mismo.

La prosa de Kristof se desdobra como un ejercicio minimalista, como si cada frase hubiera experimentado un efecto de destilación. No hay un adjetivo de sobra, abandona la tiranía de la metáfora y el uso de los verbos se antoja, incluso, pediátrico. Es posible que la economía lingüística obedezca, como apuntaba antes, a la convicción que tuvo la autora de escribir en la lengua del país que la acogió y la convirtió en una analfabeta. Este recurso de exactitud con las palabras, no obstante, resulta ser un vehículo muy funcional para las atmósferas sórdidas y crueles que constituyen sus libros.

A diferencia de sus obras como dramaturga, su narrativa está completamente traducida al español y recientemente su cuarta y última novela, *Ayer* (Libros del Asteroide, 2021), ha sido nuevamente publicada con traducción de Ana Herrera.

Sándor Lester, un hombre de mediana edad, vive exiliado en una ciudad europea nebulosa, malgasta sus días entre un trabajo monótono en una fábrica de relojes, visitas románticas a una mujer a la que no ama, encuentros de taberna en los que se entera de la miseria con la que viven sus connacionales también en el exilio y la irremediable tragedia que los va arrojando al abismo del suicidio. En sus tiempos de soledad se dedica a escribir con el pujante cuestionamiento mental de para quién y para qué lo hace. Él mismo explora una respuesta: “al convertirte en un *donnadie* puedes hacerte escritor”.

Su invariable vida pierde la rutina cuando aparece Line, una madre extranjera que llega a trabajar temporalmente a la fábrica mientras su esposo cumple un periodo obligatorio de labores en esa ciudad. Sándor se obsesiona con la mujer y propicia encuentros afables, que hacen que rápidamente se gane su confianza y se construya un vínculo de intimidad entre ambos. La pretensión de Sándor es confesada al lector: hacer que Line abandone a su marido, se quedé con él y le transfiera las obligaciones paternales en el cuidado de su pequeña hija. Sin que Line lo sepa, Sándor realiza todas las adecuaciones necesarias para que su casa —que solía ser un espacio descuidado que servía de albergue para amigos



Karl Suschnik, *Los marginados*, s.f. ©

alcoholizados y migrantes desprotegidos— se convierta en un hogar pintoresco para su idílica familia.

El plan de Lester, sin embargo, se sostiene en una mentira inconfesable: su origen. El narrador y protagonista (cuyo verdadero nombre no es Sándor Lester, sino Tobías Horvath) relata su infancia, donde se esconden las claves para entender su presente, al tiempo que narra la angustiante imposibilidad de compartir la verdad con Line. La causa de su emigración y las razones para persistir en la mentira se presentan como una ilusión en la que Agota Kristof, fiel al más elemental truco de magia, apela a que el lector asuma el relato que Sándor plantea, sabiendo que muy probablemente todo sea una farsa. La ficción despliega varias capas del engaño: la del personaje, la del narrador y la de la escritora. Solo así, hilvanando un relato ficticio pero tan diáfano en su autorreconocimiento como mentiroso, se abre la posibilidad de visualizar verdades.

La literatura, nos enseña Kristof, es un engaño con la promesa de construir un significado. Una mentira que puede, o no, convertirse en realidad.

Ayer fue la última novela que escribió Agota Kristof. Tiempo después declaró que al terminarla tomó conciencia de que no podría escribir mejor en lo sucesivo y decidió abandonar el oficio. Su alter ego masculino, Sándor Lester, cierra la novela con la frase “ya no escribo”. **U**

LAS VESTIDURAS DEL PALACIO

ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN

UNA ÚNICA OBRA, MUCHAS VOCES DE ANGELINA

Ethel Krauze

No es posible presentar el nuevo libro de Angelina Muñiz-Huberman, *Las vestiduras del palacio* (2022), sin hablar de la obra de esta escritora en su conjunto. Hay que entender que, en lo profundo, toda ella es una sola, única, fértil, caleidoscópica, que se abre en afluentes, siempre con la misma agua viajera para llegar al mar de su destino, que no es otro sino el mar de la lengua y sus invocaciones.

Angelina pertenece a la estirpe de autoras que buscan a lo largo de su vida una revelación de las palabras que les permita acceder a aquel paraíso en el que la literatura se hace realidad y se asienta en plenitud.

Párrafo tras párrafo, verso tras verso, como animal primigenio y exquisito que olfatea el curso del oasis, hay autores como ella que hacen de este oficio una promesa de vida, de eternidad. Pienso en Borges, claro, él mismo lo hace acá y allá en sus muchas letras. Pero, sobre todo, pienso en la tradición literaria de filiación judía.

Sin embargo, quien me vino primero al pensamiento fue nuestra recientemente fallecida poeta Gloria Gervitz, prácticamente contemporánea de Angelina. Gervitz dedicó buena parte de su vida a configurar *Migraciones*, un libro al que llamó “definitivo” y que fue componiendo por versiones publicadas previamente, extendidas y reconstruidas. Al borde de la muerte, siguió escribiéndolo “porque todavía sintió que algo faltaba”. No puedo dejar de pensar también en Esther Seligson, en la misma órbita literaria, cuya vida tampoco le alcanzó para culminar la ceremonia de su obra.

Como dije, la literatura de Angelina va descubriendo afluentes en el camino, se detiene, los observa, los recoge, entra en las hondonadas que se forman y se pierde y se recobra en las olas que aparecen, para luego volver a la superficie y retomar el destino. Un destino que se siente, se adivina, pero por el que se transita a ciegas, tanteando con los dedos de las palabras, como si el lenguaje fuera una prolongación del cuerpo y una sublimación del alma para continuar, siempre continuar.

Su obra es completamente personal y se dirige a un lector al que llamo *ideal*, es decir, al que un autor considera su par, un interlocutor armado para entablar un diálogo, donde ambos son referentes recíprocos, en el seno del sentido más auténtico de la creación literaria, sin concesión paternalista o miramiento ajeno. Convertirse en su lector es un reto magnífico, siempre refrescante; es entrar con ella, con su lenguaje, por la puerta estrecha para atisbar el enigma de lo sagrado.

Angelina Muñoz-Huberman nació en Hyères (Francia) el 29 de marzo de 1936. Su abuelo paterno era Juan de Dios Muñoz Bretón de los Herreros, marqués de Palacio y de Caridad, liberal y republicano. Su padre era sobrino nieto de Manuel Bretón de los Herreros. Su madre, aunque madrileña, provenía de una familia de raíces judías, las que asume Angelina como uno más de sus exilios: la tierra, la patria, la historia, las lenguas. En 1942, tras una breve estancia en Cuba, los Muñoz-Huberman terminaron por asentarse en México.

En *Las vestiduras del palacio* su voz poética ya se ha transformado en las muchas voces que conforman un pueblo, en este caso, el judío, con su milenaria historia de éxodos cargando un solo libro en una lengua inamovible, además de los muchos pueblos que reúnen uno solo: el de



Universidad Autónoma
Metropolitana,
Ciudad de México, 2022

los exiliados, los perseguidos de antes y de ahora, los apátridas, los desterrados, los que viajan ligero dejando todo atrás, los que permanecen a caballo entre dos tierras, dos lenguas, un pasado y un presente que no son caras de la misma moneda.

Todas esas voces viajan por los siete palacios, buscando un sentido, un nombre que los reunifique, una especie de patria donde recalar, ¿qué otra cosa es, sino el espíritu humano, un férreo grito, siempre murmurado, de invocar lo sagrado? Este poemario se inspiró en los *heijalot*, que fueron poemas místicos de la Edad Media basados en la imagen del palacio como símbolo de lo sagrado, nos explica la propia autora.

Hay siete palacios como los siete días de la creación y hay cuatro diosas sin palacio, como las cuatro matriarcas bíblicas. Hay también un epígrafe del cabalista y filósofo sefardí del siglo XIII Abraham Abulafia, tomado del libro del signo, o *Sefer Ha Ot*, que dice: "En el jardín de la nuez las cosas sentidas y pensadas y la sensación de su pensamiento son como un palacio". Puntos nodales para adentrarse en la lectura de lo sagrado de este recorrido de palacios poéticos.

Abulafia, en su *Hokhmat ha-Tseruf* o *Ciencia de la combinación de las letras* propone una guía metódica para la meditación con ayuda de las letras y sus grafías. La finalidad es provocar un nuevo estado de conciencia que puede ser definido como un movimiento armonioso de pensamiento puro rompiendo toda relación con los sentidos para llegar a la "sabiduría de la lógica interna y supernatural". Una de las técnicas para alcanzar el éxtasis místico es la recitación del Nombre de Dios: ¿cómo recitar un nombre que no se puede pronunciar? ¿que se desconoce? ¿al que es imposible acceder? Un *Álef*, la primera letra del alfabeto hebreo que es la suma de todo, la unidad, el nombre único y eterno, y que está fuera del Génesis, el cual inicia con la letra Bet: *Bereshit bará Elohim et hashamáyim ve'et ha'árets* (En el principio, nuestro Dios creó los cielos y la tierra). La respuesta podría encontrarse buscando en las letras, horadando en la textura del lenguaje, en la numerología de los sonidos. Ya encontraremos en algún intersticio la palabra/llave que nos lleve por la noche oscura... Porque el exilio no solo es de una tierra prometida o de una patria abatida por las dictaduras, el verdadero exilio es habitar a la intemperie del alma que no conoce el nombre de Dios. En "Palacio del *Álef*" la poeta nos dice: "El *álef* en su palacio se dibuja / con los brazos de todas las letras / y los sonidos de todos los sonidos."

Cada palacio tiene su manera de invocar. Desde el primero aparece su carta principal. Los versos giran sobre sí mismos y se redupli-

can para formar rizos que tejen collares/estrofas y desembocan donde iniciaron. El predicado se convierte en sujeto del siguiente verso, y a su vez el predicado del segundo será el sujeto del que sigue... Una estructura de círculos concéntricos que se ensanchan en crecimiento, como si se pasaran la estafeta de una carrera que recomienza ahí donde parece haber terminado: "Sus rostros que no son rostros reflejan espejos / espejos del alma para los que hacen preguntas / preguntas que se deshojan entre los labios / labios nacidos para nombrar lo expectante."

Un ritual, una ceremonia, una repetición que es énfasis, como el *shofar*, el cuerno del carnero que se toca como trompeta durante el Rosh Hashaná y al final del Yom Kipur. Los cuatro sonidos del shofar — *tekiah*, *shevarim*, *teruah* y *tekiah gedolah*— recuerdan la voz que llora y abre los oídos de Dios el Día del Perdón.

En "Palacio descreído", los versos urden letanías, ritualidad, anáforas poéticas sobre la sensación de que la lengua es proeza que habrá de cumplirse. Cito: "Fuente de cuatro sendas / Fuente de paloma mensajera / Fuente de estrellas en el pozo / Fuente para calmar la sed del ausente".



Mikalojus Konstantinas Čiurlionis, *Finale* de la serie *Sonata de la serpiente*, 1908©

Hay versos aforísticos que tocan el ensayo, vasos comunicantes entre los géneros que la autora combina, enriqueciéndolos, sin que ninguno pierda identidad, y son la sentencia que da cuerpo al libro y alma a su contenido. "Desolado quien no cree en lo increíble / ni dibuja nubes en las copas de los árboles / ni traza líneas del uno al otro confín / ni escucha campanas al vuelo desatado".

Están además los ecos bíblicos de *El Cantar de los Cantares*, (*Shir Hashirim*), esta fórmula lingüística tan cara al pueblo judío para referirse al ser que es, una aparente autodefinición que instauro la diferencia entre el único y lo otro. En "Palacio de palacios": "Siempre habrá un palacio / que será palacio de palacios... / Incendio de incendios... / Puerta tras puerta, llave de llaves".

En otra puerta donde atisba la fe, habitan los poemas que dialogan con los místicos gloriosos de los siglos españoles. La autora no se esconde, se enfrenta a nombrar su poema con el primer verso de *La noche oscura* de San Juan de la Cruz, y viaja por el palacio de Teresa, la Santa: "El incomprensible, el incógnito, el Escondido / son nombres apenas tartamudeados / en la punta de tu lengua / a solas, a oscuras, a locas".

Finalmente, en "El palacio como estuche", la autora retoma el papel del libro y de la lengua como estuche del alma: el texto sagrado, la Torá, sello de unidad, convertido en un palacio de puro cielo azul de terciopelo: "También el palacio puede ser un estuche / un preciado estuche donde guardar el alma / un acomodo de la Torá y sus preguntas". **U**

NUESTROS AUTORES



**Yásnaya
Elena A. Gil**

(Ayutla Mixe, 1981) forma parte del Colmix. Ha colaborado en proyectos sobre divulgación de la diversidad lingüística y proyectos de atención a lenguas en riesgo de desaparición. Se ha involucrado en el desarrollo y traducción de material escrito en mixe y en la creación de lectores mixehablantes.



**Guillermo
Alonso
Meneses**

es antropólogo cultural e investigador de El Colegio de la Frontera Norte y sus intereses temáticos se centran en la antropología del mundo contemporáneo. Es autor del libro *El desierto de los sueños rotos, detenciones y muerte de migrantes en la frontera México-Estados Unidos 1993-2013* (2013).



**Luigi
Amara**

(Ciudad de México, 1971) es poeta y traductor. Estudió filosofía en la UNAM. Fundador y jefe de redacción de la revista *Paréntesis*. Ha obtenido premios como la Medalla Gabino Barreda, el Premio Norman Sverdlin, el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino, entre otros.



**Pietro
Ameglio**

es defensor de los derechos civiles y activista por la paz. Es profesor de la Universidad La Salle en Cuernavaca. Es autor de *Gandhi y la desobediencia civil. México hoy* (2002) y miembro del Consejo Latinoamericano de Investigación por la Paz.



**Marina
Azahua**

(Ciudad de México, 1983) es ensayista, historiadora y traductora. Escribió *Retrato involuntario. El acto fotográfico como forma de violencia* (2014). Actualmente cursa un doctorado en antropología en la Universidad de Columbia.



**Pablo
Berthely
Araiza**

(Veracruz, 1990) ha promovido proyectos culturales en teatro, televisión y cine. Cofundó la productora Tyrano Films y fue becario del programa Jóvenes Creadores del SACPC. Su novela *Enemigos imaginarios* obtuvo el Premio Nacional de novela Jorge Ibargüengoitia en 2020.



**Centro de
Investigación
de Crímenes
Atroces**

es un centro de investigación interdisciplinaria que pretende aumentar el conocimiento sobre genocidios, crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra, así como su reconocimiento, prevención y sanción.



**Enrique
Díaz Álvarez**

(Ciudad de México, 1976) es doctor en filosofía por la Universidad de Barcelona y profesor de filosofía y teoría política contemporánea, arte y poder en la FCPyS. Es autor de *La palabra que aparece. El testimonio como práctica de supervivencia*, entre otros ensayos.



Ileana Diéguez

escribe en torno a prácticas artísticas y est/éticas, cuerpos, violencias, teatralidades y performatividades, utilizando la palabra como una manera de accionar para insistir en lo que molesta al poder. Es profesora investigadora en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.



Guillermo Fernández Vázquez

es licenciado en sociología y filosofía y doctor en ciencia política por la Universidad Complutense de Madrid. Trabaja como profesor de ciencia política en la Universidad Carlos III de Madrid. Es autor del libro *Qué hacer con la extrema derecha en Europa. El caso del Frente Nacional* (2019).



Rocío García Flores

es maestra en ciencias con especialidad en biomedicina molecular. Realizó estudios de doctorado en el LANGEBIO-CINVESTAV del IPN. Colabora en el laboratorio de epigenética y biología de la cromatina en el Instituto de Fisiología Celular de la UNAM.



S. Juliana Granados

(Bogotá, 1990) es filósofa, profesora y, sobre todo, lectora.



Ethel Krauze

(Ciudad de México, 1954) es escritora y conductora de televisión. Es autora de obras como *Infinita* (1992), *El secreto de la infidelidad* (2000) y *El país de las mandrágoras* (2016).



Mauro Libertella

nació en la Ciudad de México en 1983. Un año después su familia se trasladó a Buenos Aires, donde él estudió letras. En 2017 fue seleccionado por el Hay Festival como parte del grupo Bogotá 39-2017. Sus libros se han publicado en Argentina, Chile, Costa Rica, Colombia, México e Italia.



Belén López Peiró

(Buenos Aires, 1992) estudió periodismo y ciencias de la comunicación en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente coordina talleres de escritura de no ficción con perspectiva de género. *Por qué volvías cada verano* (2018) es su primera novela publicada.



Vania Macias Osorno

es historiadora del arte y editora. Ha colaborado en proyectos expositivos y editoriales, de archivo y memorias. Actualmente es editora de arte de la *Revista de la Universidad de México* y miembro del seminario Despatricularizar el archivo.



**Cristina
Marcano**

es una periodista venezolana radicada en México, coautora de la biografía *Hugo Chávez sin uniforme* (2004). Se inició en los periódicos venezolanos *El Diario de Caracas* y *El Nacional*. Ha trabajado como corresponsal en Venezuela y México, y como colaboradora en diversos medios internacionales.



**Mayra
Martell**

(Ciudad Juárez, 1979) es fotógrafa, conocida por sus obras sobre desapariciones en América Latina. Entre sus trabajos destacan *Falsos Positivos* (2009), *Cerro de Petare* (2007) y *Ensayo de la Identidad* (2005-2010).



**Mariano
V. Osnaya**

(Ciudad de México, 1985) es escritor y editor audiovisual con experiencia en cine documental, reportajes, televisión cultural y videos educativos.



**Claudia
Rankine**

(Jamaica, 1963) ha publicado cinco libros de poesía, dos obras de teatro, numerosas colaboraciones en video y ha editado varias antologías. En su obra a menudo se cruzan géneros discursivos para reproducir el flujo de la conciencia de forma precisa y salvaje. Es profesora en la Universidad de Yale.



**Daniela
Rea**

es una reportera independiente. En 2013 recibió los premios Excelencia Periodística y Género y Justicia (otorgado por ONU Mujeres y la Suprema Corte de Justicia de la Nación). Es integrante de los Nuevos Cronistas de Indias de la FNPI y fundadora de la Red de Periodistas de a Pie.



**Félix
Recillas**

es doctor en bioquímica por la Université de Paris 7. Es investigador del Instituto de Fisiología Celular de la UNAM. Sus investigaciones han sido publicadas en revistas como *Nature Communications*, *Nucleic Acid Research*, *Epigenetics*, entre otras.



**Rossana
Reguillo**

es profesora-investigadora emérita del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO. Coordinadora de Signa_Lab ITESO.



**Elena
Reina**

es redactora de la delegación de México de *EL PAÍS* desde 2014. En 2020 ganó el Premio Gabriel García Márquez de Periodismo por la cobertura de la crisis migratoria en la frontera sur. Se ha especializado en temas de narcotráfico, migración y violencia de género.



Adrián Román

es cronista, guionista y poeta. Nació y creció al oriente de la ciudad, en Iztacalco. Ha publicado *Pinche paleta payaso*, *La noche del Sandunga* y *La piedra de las galaxias*. Tiene dos cocker negros.



Daniel Saldaña París

(Ciudad de México, 1984) es autor de las novelas *En medio de extrañas víctimas*, *El nervio principal* y *El baile y el incendio*. Es ganador del Premio de Literatura Eccles Centre & Hay Festival 2020.



Javier Sicilia

nació en la Ciudad de México. Actualmente radica en Cuernavaca, Morelos. A raíz del asesinato de su hijo Juan Francisco en 2011 fundó el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad. Entre sus obras destacan *Tríptico del desierto* y *El deshabitado*, su novela testimonial.



Wisława Szymborska

(1923-2012) es poeta, periodista y traductora polaca, galardonada en 1996 con el Premio Nobel de Literatura. Algunos de sus poemarios son *El gran número*, *Gente en el puente* y *Fin y principio*.



María del Carmen Tostado

nació en Ciudad de México en 1963. Estudió etnología y una maestría en historia. Es autora de *Álbum de plantas prohibidas* (2022).



Trino

(Guadalajara, 1961) es un caricaturista e historietista mexicano. Sus caricaturas abarcan desde temáticas infantiles hasta políticas. Ganó el Premio Nacional de Periodismo de México (2000) y el Premio Pagés Llergo al mejor caricaturista (2006).



Marcela Turati

es una periodista dedicada a la investigación de violaciones a los derechos humanos, y a la cobertura de temas relacionados con víctimas de la violencia de la “guerra contra el narcotráfico” en México, entre otros. Autora de *Fuego cruzado: las víctimas atrapadas en la guerra del narco* (2010).